Destino Estambul

Amor, honor, tra(d)ición
Inspirada en secretos reales

Josune Murgoitio

LIBRERO VIRTUAL

PARTE I
PARTE I
1. Aterrizar en Estambul
2. El Pasaje de las Flores
3. Una visita exclusiva
4. Güle güle
PARTE II
5. Madrid, un destino en duda
6. ¿Fantasía o realidad?
7. Los posos de un café turco
8. Sola en Estambul
9. Paz en Estambul
10. Se escurre
11. Anne
12. El final ya estaba escrito
PARTE III
13. En las nubes
14. Se va
15. Visa Oro y despacho
16. Un beso en la mejilla
17. Vida nueva
18. Llamadas
19. ¿Necesitas algo?
20. El escaso momento de disfrute
21. Reunión de mujeres
22. Lebrek al horno
23. La muy...
24. Egeo turco
25. Era real
26. Lluvia en Estambul
27. La retirada definitiva
28. Tía Ana
29. Pum, pum, pum
Nota de la autora
Sobre la autora
Otras obras de la autora

DESTINO ESTAMBUL

Josune Murgoitio

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Destino Estambul*
© *Josune Murgoitio*

Edición publicada en julio de 2020

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*
Corrección: *Cristina López*

Destino Estambul

Amor, honor, tra(d)ición

Inspirada en secretos reales

Josune Murgoitio

Agradecimientos

Sería necesario agradecer a muchísimas personas su apoyo y su confianza en mí y en mi trabajo. Me gustaría empezar por Selcuk, mi compañero de vida, por estar cada día a mi lado. Quiero agradecer a mi madre su fuerza, su valentía y su inteligencia. A mi padre, por su dirección de vida, por haberme inculcado el tener experiencias, el mirar más allá, disfrutar la vida y vivirla acorde a mis deseos y a mis capacidades. Te quiero, aita. A Óscar, por su apoyo incondicional. A mis hermanas, porque cada una, a su manera, hemos conseguido encontrar nuestra propia paz. A mis abuelos, que vivieron tiempos difíciles, gracias a ellos estoy aquí. A mis amigas, por escucharme. A Cristina, mi correctora, por confiar en mí. A mis lectores, por acompañarme y ayudarme; en especial, a Ainhoa, Mónica, Sergio, Aurora, María… Sois maravillosos. Y, en esta ocasión, quiero agradecerme a mí misma el haberme dado la oportunidad de sacar adelante 'Destino Estambul', aun remando a contracorriente de todas las circunstancias y, sobre todo, darme la oportunidad de escribir y ser feliz.

A todos vosotros, gracias de corazón.

~ Índice ~

PARTE I
1. *Aterrizar en Estambul*
2. *El Pasaje de las Flores*
3. *Una visita exclusiva*
4. *Güle güle*

PARTE II
5. *Madrid, un destino en duda*
6. *¿Fantasía o realidad?*
7. *Los posos de un café turco*
8. *Sola en Estambul*
9. *Paz en Estambul*
10. *Se escurre*
11. *Anne*
12. *El final ya estaba escrito*

PARTE III
13. *En las nubes*
14. *Se va*
15. *Visa Oro y despacho*
16. *Un beso en la mejilla*
17. *Vida nueva*
18. *Llamadas*
19. *¿Necesitas algo?*
20. *El escaso momento de disfrute*
21. *Reunión de mujeres*
22. *Lebrek al horno*
23. *La muy...*
24. *Egeo turco*
25. *Era real*
26. *Lluvia en Estambul*
27. *La retirada definitiva*
28. *Tía Ana*
29. *Pum, pum, pum*

Nota de la autora
Sobre la autora
Otras obras de la autora

PARTE I

Viajar es descubrir que todos están equivocados acerca de otros países.

–Aldous Huxley–

1
Aterrizar en Estambul

Sábado por la noche y tumbada en el sofá, miraba sin ver la tele, cansada del ritmo vertiginoso de una semana infinita. Se sentía exhausta entre el trabajo, los últimos detalles para diseñar el vestido de novia y el viaje programado para el día siguiente, ¡domingo! Mamá acosándola, además, por teléfono, para saber, más bien para verificar, como era costumbre, si había llamado a Helen, la diseñadora del vestido (mamá llamaría más tarde, y al enterarse de que, efectivamente, se había encargado, se haría la tonta y diría que se había equivocado), incluso se había atrevido a llamar a Guille para preguntarle cuándo era la cita para probar el menú en ese restaurante que no le convencía del todo, si es que papá arreglaba la fecha de la iglesia.

Respiraba: uno, dos, tres, cuatro. Soltaba el aire: uno, dos, tres, cuatro. Lo que más le extrañaba era la capacidad de Guille para estar tranquilo. El vestido de novia, el trabajo, las clases de yoga, cuidarse, el sexo, la vida social… ¡No llegaba a todo! ¿Era la única persona del mundo al borde de un ataque de nervios? Su amiga Eva parecía tan descansada, siempre con esa voz dulce de la casita de la pradera, con su supermegaplan de todo organizado (el *coach* que contrató su papá fue un gran acierto), los objetivos a cumplir, la dieta al milímetro… Y ella un desastre que se dedicaba a apagar fuegos. ¡Cada día había un incendio!

Guille se había ido con sus colegas, no le había quedado muy claro si de fiesta o, simplemente, a tomar un par de copas. Ella y el mando de la tele. Ella, el silencio y la tranquilidad.

Qué pereza le daba tener que ir en persona a visitar al cliente. ¡Además tenía que ser un domingo! Con lo bien que le vendría despertarse con tranquilidad, arreglarse sin horarios, dar una vuelta (el alcohol estaba prohibido, necesitaba entrar con holgura en el vestido de novia), una comida ligera y una siesta. ¿La siesta adelgaza?

Pero su jefe, amigo de papá, le había encasquetado la visita al cliente. «No es un cliente muy importante, pero debes ir, no quiero llamaditas de nadie». ¿Se referiría a llamaditas de papá? Por si acaso, no preguntó.

Al garete dormir y descansar.

Al menos, le quedaba la sensación de que el vestido de novia luciría como el de nadie. Ella, preciosa; la boda, perfecta. Sonreía. A las doce llegarían los invitados, ¿cuatrocientos o cuatrocientos cincuenta? Tendría que despertarse muy pronto, si es que conseguía

dormir (mamá le traería esas pastillas para que se relajara, era experta en esas cosas). La misa comenzaría a las doce y media. Ella llegaría en el coche antiguo de su tío y bajaría de él con una elegancia suprema, agarrada del brazo de papá. Mamá se ocuparía de colocar la extensa cola a sus espaldas. Desde pequeñita tenía claro que la cola del vestido tenía que ser muy larga. En ese preciso instante debería contener la respiración, lucirse en el vestido hecho a medida; conocía cada centímetro de él, había pasado tanto tiempo con la diseñadora que incluso ella hubiese podido confeccionarlo.

La satisfacción del trabajo bien hecho: elegir el vestido de su vida.

Lo único que faltaba era que la visita al cliente pasara cuanto antes, aterrizar de vuelta en Madrid, controlarse más que nunca con la dieta y encargarse del resto de los detalles (la fecha de la iglesia —papá le aseguró que no debía preocuparse por ese detalle—, los adornos, el menú, los minibuses para los invitados, asegurarse de que el restaurante entendía bien lo de las lucecitas en el jardín…, y, muy importante, decirle al fotógrafo que debería realizar vídeos cortitos para que los invitados pudieran subirlos a Instagram).

En la cama, moviéndose de un lado a otro, intentaba dormir. Escuchó el ruido de la puerta principal. ¿Qué hora era? ¡Las tres de la mañana y no había pegado ojo aún! El paso inestable de Guille, que entraba en la habitación forzosamente sigiloso. Guille se desvistió, colocó la ropa sobre la silla —ni borracho era desordenado— y se metió en la cama: «Hola, princesa». Ella le hizo un gesto para que retrocediese. Guille comenzó a acariciarla, ella repitió el gesto de rechazo dando a entender que tenía que levantarse en breve…

Debió de dormirse, porque al poco Guille le dio con el brazo: «El despertador, lleva sonando un buen rato. Apágalo, por Dios, son las cuatro y media de la mañana». Propició un manotazo al cacharro y consiguió acallarlo. Se frotó los ojos. Cinco minutos más: lo a gusto que estaba en la cama. Qué pereza levantarse. Se reclinó, se frotó nuevamente los ojos. Guille se había vuelto a dormir.

De camino al aeropuerto, observaba atontada el vacío de Madrid. David no podía acompañarla, así que tendría que arreglárselas sola con el cliente. El café que tomó en la puerta de embarque consiguió espabilarla: Estambul. Tenía toda la tarde por delante para descansar una vez aterrizara. Hubiese preferido volar el lunes, pero a primera hora había quedado con el cliente.

«Señores pasajeros, en treinta minutos aterrizaremos en Estambul». La capital de los imperios y de los chicos guapos (eso mismo le dijo su colega Inés). A través de la ventanilla observó el logo

de la compañía aérea en el ala del avión, que cortaba las nubes, hasta deslizarse más cerca de la amplitud del mar; parecía que el mar abrazara la tierra, muchísimos edificios nacían de la orilla; se veían las carreteras y los coches pequeñitos que circulaban y… ¡las mezquitas!

En el avión ya se percibían los primeros signos de que viajaba fuera de la Unión Europea: algunas mujeres llevaban un pañuelo en la cabeza. Una de ellas parecía rica, llevaba velo, pero la ropa combinaba a la perfección con este, y resultaba muy elegante. En verano debían de asfixiarse, aunque no podía negar que resultaba algo sexi ir tan tapada.

El aeropuerto era enorme y muy moderno. Había estado en muchos aeropuertos, incluso en Estados Unidos, pero jamás en uno que fuera tan grande y tan nuevo como el de Estambul. Tuvo que andar un buen trecho hasta llegar al control de pasaportes. ¿Era Turquía un país tan peligroso como decían? Mamá la preguntó varias veces si era posible que David, su compañero de trabajo, fuera en su lugar. ¿Y si le ocurría algo en Turquía?

Cuando le llegó su turno en el control de pasaportes, le tendió el documento junto con el visado al policía turco, extrañamente, un chico muy joven, de piel morena. Le sorprendió que fuera tan joven, en España los policías no eran chavalitos. Una familia árabe aguardaba en la fila paralela. Él con una chaqueta de cuero y pantalones vaqueros, ella con ese vestido completamente negro de los pies a la cabeza. La niña pequeña no tenía el pelo cubierto.

«Menos mal que he nacido en España. Que Dios me proteja. Señor, no dejes que me secuestren, ni que me violen, déjame volver sana y salva y te juro que no me haré la tonta, volveré a misa, no mentiré más a mamá y cuando beba pensaré más en Guille», rogó cuando le permitieron entrar en Turquía.

Menos mal que ella no era como mamá…

El aire le refrescó la cara. Se oía muchísimo ruido: bocinas y griterío de turcos. Encontró el taxi que la esperaba y de camino al hotel se quedó impresionada de lo lejos que se encontraba el aeropuerto; una carretera de seis carriles para un único sentido, casas por todos los lados, mezquitas con torres en sus extremos y una cantidad ingente de urbanizaciones con rascacielos supermodernos que se parecían a centros comerciales. Se veía a mujeres (muchas de ellas con velo), hombres y niños.

Desde el interior del taxi percibió lo diferente que resultaba de Madrid. Estambul parecía mucho más grande. Tres días de reuniones y vuelta al hogar. Ni se había molestado en informarse sobre Estambul.

Para qué. En lo que sí pensó fue en las compras: la Visa Oro y ella pasarían un muy buen rato en esa ciudad.

Últimamente estaba muy estresada y se levantaba demasiado cansada. Al salir del estudio de Helen, se había mareado y había caído al suelo. «Los nervios previos a la boda, cariño, solo es eso», le tranquilizó mamá. El médico de familia fue personalmente a casa para comprobar que todo estaba bien. «Guille te hará muy feliz, tienes un trabajo fantástico, con el tiempo podéis mudaros a una casa preciosa, allí nacerán nuestros nietos», le decía mamá acariciándole el pelo. No entendía qué le sucedía. Ella quería a Guille. Guille la quería a ella. Eran novios desde el instituto. En realidad, desde siempre.

—*Hoşgeldiniz, lütfen* —el conductor le abrió la puerta.

Giró la vista hacia la voz. El taxi había parado. La fachada del hotel era alargada y blanca, resaltaban las ventanas grandes, cuyos cortinones impedían ver qué sucedía en el interior de las estancias. El edificio parecía muy antiguo y elegante; una alfombra roja subía a través de las escaleras principales resguardadas por cuatro columnas, que daban a una gran puerta principal. Le impresionó el salón que se situaba al lado de la recepción: una moqueta roja cubría el suelo, una lámpara enorme de esas antiquísimas colgaba del techo, cuyos detalles estaban cuidados al extremo. Las paredes parecían de madera, pero con un color inusualmente blanco, y un gran mueble de madera robusta se erguía entre sillones más pequeños colocados estratégicamente para los huéspedes. El edificio tenía más pinta de *Titanic* que de *Las mil y una noches*.

Una vez que se ocuparon del papeleo, pudo instalarse en la habitación. Al poco tiempo, recibió una llamada:

—Señorita, el guía de la empresa le está esperando en recepción, pregunta si puede bajar un momento —le comunicó el recepcionista en inglés.

¿El guía de la empresa? Tenía pensado descansar un rato, darse un paseo por el barrio… La zona se llamaba Taksim, eso al menos sí que lo había preguntado, y la respuesta había sido prácticamente una conferencia exprés sobre lo europea que era la zona, los muchos bares y restaurantes que podía visitar, las tiendas europeas como Zara, H&M…

—*Hoşgeldiniz*, señorita, bienvenida a Estambul —le dijo directamente un hombre en castellano con un fuerte acento extranjero —. Dogan Construcciones me ha pedido que la acompañe a dar un paseo por la tarde.

Tardó unos segundos en reaccionar. No entraba en sus planes una

visita guiada por Estambul.

—Muchas gracias, pero no es necesario. Puedo ir sola. —Ella no era como mamá y no sentía miedo de estar en un país árabe donde las mujeres no valían nada—. Cenaré algo rápido y me acostaré pronto.

—Estupendo. La acompañaré con mucho gusto.

—No es necesario, de verdad. —Se giró hacia el ascensor. No tenía ninguna intención de dejarse engatusar por un hombre que no conocía de nada, por mucho español con acento árabe que hablara.

—*Lütfen*, señorita. Dogan Construcciones no permitiría jamás que cenara sola en Estambul. En Turquía no tratamos así a nuestros invitados.

No la iba a dejar marchar. ¿Qué significaba eso de *lütfen*? No hacía más que repetirlo.

—¿Cómo sé que es usted un guía que ha contratado mi cliente?

—Aquí tengo mi acreditación, señorita. Por favor, no podemos dejarla sola. No es una buena idea.

¿Acaso Estambul era tan peligroso para una mujer occidental? Miró la acreditación. Podría ser falsa. ¿Quería secuestrarla? Le escribiría un *e-mail* al cliente y, si le confirmaba que efectivamente habían contratado un guía para ella, aceptaría.

—De acuerdo, necesito veinte minutos para prepararme.

Subió a la habitación, miró el *e-mail* y descubrió que, efectivamente, le habían escrito para comunicarle que un guía acudiría al hotel para que la acompañara por Estambul. «Si se han tomado la molestia de ponerme un guía, debe de ser una ciudad bastante peligrosa», pensó. En ninguno de sus viajes el cliente se había molestado en enviarle un guía. Bueno, sería divertido dar una vuelta por la ciudad. Se arregló, se cambió de nuevo. No sabía si lo que había traído era lo suficientemente discreto para pasear por un país árabe…

Transcurrieron al menos cuarenta minutos hasta que bajó a la recepción del hotel.

Hasan le propuso dar una vuelta Taksim, el área donde se ubicaba el hotel. «Esta zona es una de las más proeuropeas de Estambul », «Estambul es la antigua Constantinopla», «Estambul es la única ciudad del mundo entre Asia y Europa», «Estambul fue la capital de tres imperios»…

Bla, bla, bla.

Qué le importaba a ella.

Llegaron hasta la plaza Taksim. La mezquita que estaban construyendo allí relucía más que la propia plaza, y la gran bandera turca que ondeaba le llamó la atención. Desde el hotel hasta la plaza

se había fijado en la cantidad de banderas turcas que había por todos los lados. En Madrid no se veían tantas. Mamá y papá colgaron una bandera de España en su balcón, incluso Guille lo hizo en la casa de su familia, aunque ella también vivía allí. No es que le importara demasiado que colgara la bandera, pero lo apropiado hubiese sido preguntarle.

Le impresionó la multitud de personas que se veían desde lo alto de la plaza Taksim, ni siquiera en el centro de Madrid había tanta gente. La avenida Istiklal, tal y como Hasan dijo que se llamaba esa enorme calle, se percibía hasta los topes, como si se tratara de la navidad en la madrileña Sol, donde no se podía ni dar un paso. A medida que bajaban por la avenida Istiklal lo que más le impactó fue que se veían muchas tiendas que había en España: Zara, Mango… Aquello le dio la idea de que tal vez hubiera una zona más exclusiva con tiendas más selectas… Ese era su objetivo número uno en los tres días que tenía por delante en Estambul.

Los escaparates de las tiendas vendían dulces con una disposición muy elegante, unos expuestos sobre otros, resaltaba sus formas y colores tan llamativos; muy atractivo incluso para ella, que estaba a dieta. A mamá le hubiese encantado la decoración, pero sin dejar de insistir en las calorías. Los trabajadores vestían esos sombreros de Alí Babá tan graciosos; la piel supermorena, la nariz ciertamente pronunciada, las manos ligeras. Quiso entrar para verlo más de cerca: dulces de pistachos de todos los colores (blancos, verdes, negros…), como si fueran rollitos de primavera dulces. El trabajador, muy atento, le ofreció uno para probar. Declinó la oferta. Tenía que cuidarse. Ese era su segundo objetivo en los tres días que tenía por delante en Estambul.

Dirigieron después sus pasos hacia abajo, mientras Hasan le explicaba que no se trataba de un dulce árabe, puesto que los turcos no son árabes. Ella se fijaba en el entorno, no solo se veían dulces expuestos tan deliciosos, sino también puestos ambulantes que vendían castañas asadas. Le asombró lo de las castañas, en España solo se veían durante el invierno.

«Mustafá Kemal Atatürk, el padre de todos los turcos, nos liberó de las garras de los invasores y de terminar como Irán o Arabia Saudí. Tras el derrumbamiento del Imperio otomano, erigió la Turquía moderna, alzándola hacia Europa; reconoció los derechos de las mujeres; modificó el alfabeto; prohibió la enseñanza del árabe…».

Bla, bla, bla.

Esa falda larga que colgaba del escaparate de esa tienda tan vulgar era maravillosa. Definitivamente, tenía que ir de compras.

2
El Pasaje de las Flores

La alarma sonó de repente. Sintió la boca algo pastosa, se regodeó en la cama. Recordó que se encontraba en Estambul y no en Madrid. Se levantó deprisa, con nueva energía.

Había imaginado que sería un domingo aburrido y solitario, pero resultó ser una de las tardes más divertidas desde hacía ya tiempo. Taksim la había sorprendido gratamente: muchísimos escaparates, gente por todos los lados, grafitis y muchos gatos, uno en cada rincón. Recordó el olor de las calles, no solo a comida, sino a ese famoso té que tanto bebían —Hasan debió de tomarse tres, ella rehusó por el bien de sus dientes—. Quizás lo que más le llamó la atención fueron las calles llenas de vida (personas de todas las clases paseando de un lado a otro, músicos callejeros animando el ambiente, música de comercios y restaurantes…). En cuanto a Hasan, aunque hablaba mucho, había sido no solo muy respetuoso, sino también muy divertido.

Cuando la acompañó hasta el hotel y se quedó sola en su habitación, se dio cuenta de que había disfrutado muchísimo de una tarde de domingo. Pensó en esa sombra de seriedad que últimamente caía sobre ella. Sus amigas: «No te preocupes. Es algo supernormal. Son los nervios». A continuación, un abrazo. Eran las mejores amigas del mundo, de eso no había duda; algunas de ellas también habían pasado por lo mismo. Casarse era tan maravilloso como estresante: tener que ocuparse de todo detalle, más allá del trabajo, cada día atar un cabo, y, en especial, saber que ese día —mamá se lo recordaba prácticamente a diario—, por encima de todo, debía estar perfecta.

Una tarde se sintió tan agobiada que, extrañamente, le preguntó a mamá: «¿Le diste el “sí” a padre completamente segura?». En caso de dudas, problemas o necesidad de soluciones, acudía a papá. Una llamada y un «no te preocupes, cariño, papá se encarga de todo», y la sonrisa, junto al alivio, hasta el próximo asalto de la vida. Pero con mamá…, con mamá solía ser diferente, aunque, en esa ocasión en concreto, prácticamente lo vomitó.

«Todavía recuerdo aquel momento, estaba muy inquieta, incluso me sentí un poco triste, pero después todo pasó». Las palabras de mamá la aliviaron, el rastro de tristeza y esa oscuridad que se cernían sobre ella desparecieron, al menos temporalmente, y pudo volver a dormir tranquila, hasta la semana de los últimos detalles del vestido de novia, antes de que el domingo pusiera rumbo a Estambul.

Una vez allí, nada volvería a ser como antes. Todavía sin saberlo,

esas preocupaciones e inquietudes serían el menor de sus problemas.

Había escuchado hablar de Estambul, una ciudad maravillosa, la única en el mundo que se situaba en dos continentes, Europa y Asia, etc., etc. También le sonaba ese sitio tan famoso en Turquía que era un desierto con rocas salientes que tenían forma de…

Papá le regalaba cada año, por su cumpleaños, un viaje, y, como era propio en su familia, los gastos no importaban. Pudo haber elegido Estambul, pero jamás se le pasó por la cabeza, al contrario de Nueva York, Moscú, Bali, Sídney…

Lo que más le había impresionado hasta el momento era el tumulto de personas que había visto en esa gran calle en Taksim, incluso vio un Zara. Ya le habían hablado de los centros comerciales en los países árabes, donde, al parecer, se vendía muchísimo. ¿Por qué compraban la ropa en Zara si después iban tan tapadas?

Hasan, el guía, le había insistido, se lo había repetido una y otra vez, lo del tal… (¿cómo se llamaba?, el general que había salvado a Turquía de la invasión extranjera y de convertirse en un país al estilo de Irán…). Era muy despistada para los nombres.

Le había sorprendido una callecita con numerosas terrazas llenas de gente: música a todo volumen, cerveza y gente excesivamente animada para ser Turquía. Jamás lo hubiera imaginado. Pensaba que, al ser un país árabe, el simple hecho de pronunciar alcohol ya estaría prohibido, pero lo cierto es que había muchísima gente de todas las edades, hombres y mujeres —ellas sin velo— bebiendo cerveza. No se veían copitas de vino. Más que árabe, parecía muy europeo. Debía de haber hasta iglesias en la zona.

A la espera de que le sirvieran el desayuno, ropa impoluta y maquillaje ajustado al milímetro, le pusieron un plato lleno de queso (calorías), tortilla francesa, aceitunas (¿aceitunas para desayunar?), una especie de salami que no iba a probar, mermelada en un cuenco diminuto, café (no tomaba café, suficiente arranque tenía en el día a día), té… Un sabroso desayuno que dejó prácticamente intacto. Permitirse disfrutar, sí; volver a casa con dos kilos de más, no.

En el interior del coche colgaba del retrovisor un símbolo que había observado también en el restaurante del hotel: el ojo turco. Ese símbolo le sonaba de algo, ¿era para escapar de la mala suerte?

A través de la ventanilla del coche, rascacielos, edificios más menudos, casas, gente de todo tipo por todas partes y, después, un gran puente desde el que se observaba la inmensidad de la ciudad: el agua que delimitaba barrios, los ferris que circulaban de un lado a

otro y, al fondo, un palacio que se erigía rodeado de árboles.

Era espectacular. No cabía duda. Estambul tenía cierto carácter antiguo, como si fuera auténticamente *vintage*, y resultaba un lugar con cierto misterio: se veían muchas mezquitas, había escuchado el canto del imán a la madrugada —le había dado un susto de muerte—, se veía muchas mujeres con velo por la calle y, sin embargo, en Taksim muchos jóvenes bebían cerveza y esa bebida blanca (Hasan le dijo el nombre y le explicó en qué consistía, pero lo había olvidado), lo cual resaltaba mucho en un país árabe… Árabe no, otomano.

—*Hoşgeldiniz*. —El señor que le abrió la puerta del coche le dio la bienvenida.

El edificio de la empresa, majestuoso y poderoso. Estiró bien su americana y se dejó guiar hasta la sala de reuniones. El cliente era lo suficientemente importante como para que el gran jefe (amigo de papá) le mandara desplazarse hasta allí, pero no tan importante como para venir él en persona a pegarse una buena comida.

—*Günaydin*, señorita. Es un placer tenerla aquí —dijo tendiéndole la mano.

—Muchas gracias, señor Dogan. Para nosotros es también un placer reunirnos con ustedes en persona.

—¿Qué tal fue la visita de ayer? ¿Le gustó la sorpresa? Nos parecía de muy mal gusto dejarla sola una tarde de domingo. El domingo es el día más importante en Turquía y no íbamos a dejar que lo pasara sola en la habitación de su hotel.

—Debo agradecerle su hospitalidad. Hasan me enseñó muy bien Taksim.

Estaba desconcertada ante la amabilidad del cliente, generalmente no tenían la costumbre de irse por las ramas.

—¿Fue amable con usted? —Una sonrisa de confirmación dibujaba su rostro.

—Por supuesto, no hubiese encontrado mejor guía que él.

—¿El hotel está a su gusto?

—Por supuesto. La zona, inmejorable.

—Perfecto, entonces. ¿Desea tomar un café, un té, un zumo, agua…?

Rechazó el ofrecimiento. Había desayunado lo suficiente (muesli con un poco de leche, que había rogado fuera semidesnatada, y una pieza de fruta) para aguantar como mínimo hasta el mediodía. No podía permitirse subir de talla. El vestido de boda le quedaba muy ajustado.

—Me encantaría atenderla personalmente, pero me es imposible. Mi socio Onur se encargará de los detalles de la reunión. Por favor, todo aquello en lo que la podamos ayudar durante su estancia en Estambul, no dude en hacérnoslo saber. Es usted nuestra invitada y

queremos estar seguros de que no le ocurre nada.

¿Se comportaban de esa manera con todos los clientes o le estaban haciendo la pelota? Le resultó extraño ese trato tan hospitalario, en Madrid ni siquiera se dignaban a ofrecer un café.

Contempló las vistas del estrecho del Bósforo desde Asia. No veía ni sentía ninguna diferencia respecto de Europa. «La única ciudad en el mundo que se sitúa en dos continentes: Europa y Asia», recordó las palabras de Hasan.

La puerta se abrió. Entró con seguridad y cierta delicadeza. La miró directamente a los ojos. Una mirada demasiado profunda para un lunes cualquiera. El cabello negro perfectamente colocado con un toque informal y ese pequeño bigote que le daba un aire de glamur. La vestimenta se inclinaba más hacia un estilo juvenil. Ella se recolocó la americana con disimulo y deslizó muy sutilmente el pelo hacia atrás para que quedara perfectamente recolocado, como le había aconsejado Laura, la *personal shopper* de mamá.

Avanzó, mirándola fijamente con la sonrisa tatuada en su rostro algo moreno, le dio la mano y, de nuevo, con voz firme, la bienvenida:

—*Hoşgeldiniz*. Es un placer recibirla en Estambul.

La reunión resultó menos provechosa de lo que ella se había fijado. Hablaron de todos los puntos que tenían que tratar en los próximos tres días y fijaron un día para visitar las obras donde se alzaría el gran hotel.

—Creo que es hora de hacer una pausa. —Miró el reloj—. ¿Qué le parece si la invito a comer? Hay un restaurante muy cerca de comida típica turca. Podemos proseguir después y acabar un poco antes para que tenga tiempo de conocer Estambul. —Transmitía una tranquilidad asombrosa. ¿Era así en todos los sentidos? (Vaya intensidad…)—.

—Me parece bien —qué podía decir la mentirosa de las mentirosas—. Aunque no debe preocuparse por mí. No he venido a hacer turismo, solo a trabajar.

La «princesita» sonó algo borde, en comparación con la amabilidad que se había encontrado hasta el momento. Estaba enfadada, el viaje la estaba retrasando considerablemente en todo lo que aún le esperaba por hacer. Estaba en Asia, en Estambul, a punto de comer un kebab, cuando entraba muy justa en el maldito vestido de su vida.

Se dirigieron en silencio hacia el restaurante. El tal Onur desprendía una calma inaudita: no mostraba esa necesidad absurda de hablar del tiempo o de cualquier tontería con tal de mantener una conversación, como si sobrellevara a la perfección el silencio entre dos personas que no se conocían pero estaban obligadas a estar juntas.

—No se preocupe, señorita, puede trabajar y disfrutar —le aconsejó—. No nos gustaría que construyeran un hotel en Estambul

sin que al menos conociera la ciudad. ¿Ha visitado alguna vez Turquía?

—No, la verdad es que no. Es la primera vez que vengo a Estambul, es decir, a Turquía —no mintió en esta ocasión.

El gesto de él fue de sorpresa.

—Nos encontramos en la que fue la capital de tres imperios, refugio de minorías, cultura milenaria, morada de sultanes…

Bla, bla, bla.

Definitivamente, les gustaba mucho hablar. A ella le daba igual Estambul. La empresa hotelera les había encargado diseñar el maldito hotel, y únicamente le importaba cumplir con sus quehaceres en el asunto.

Le abrió la puerta del restaurante para que ella entrara primero, como un auténtico caballero, de esos que ya no se ven, ni siquiera Guille hacía eso, y era el más bueno de todos. Se había fijado en que no apartaba los ojos de ella, aunque no resultaba lascivo, sino más bien curioso, y la bendita sonrisa impoluta, con ese bigotillo que le daba cierto aire *grunge*.

El restaurante estaba abarrotado de gente, de risas y de un ruido infernal.

—Es como un *self-service* europeo, pero de comida tradicional turca. Tal como es Estambul: tradición, y a la vez mucha modernidad —recalcó él.

Ella asintió. No supo ni qué responder. El olor a comida abrió su apetito. Los platitos que mostraban tenían muy buena pinta. Efectivamente, parecía comida tradicional. De primero, se podían elegir entre diferentes sopas, y, de segundo, ¿albóndigas?, pollo al horno, unas hojas de árbol rellenas de arroz, lasaña, pasta rellena cubierta por una salsa blanca… Todo estaría tan especiado como en Marruecos.

Tomó una pequeña ensalada que encontró justo al final.

—¿A dieta? Las mujeres turcas siempre lo están. —Volvió a sonreír—. Permítame, por favor. Yo la invito.

Le abrían la puerta, se aseguraban de que tuviera tiempo para visitar la ciudad, la invitaban a cenar y a comer… Sin duda lograría completar la experiencia por sí misma: en vez de visitar monumentos típicos, aprovecharía para visitar tiendas. A eso le llamaba ella una buena terapia antiestrés: ir de compras con la Visa Oro de papá.

Tras la comida —y el correspondiente té, que parecía digestivo, y seguidamente la invitación a limpiarse las manos con colonia de limón —, volvieron al despacho para retomar la tarea. Las horas pasaban volando.

—Creo que por hoy es suficiente. ¿A qué hora quiere salir? He hablado con Hasan y me ha dicho que ayer le enseñó Taksim.

—Estoy un poco cansada. Voy a ir al hotel a descansar. Después cenaré algo, sola —recalcó Princesita. Una ducha rápida y se iría de compras. Llevaban todo el día hablando de arquitectura, así que lo que menos le apetecía era admirar más arquitectura. Ducha y compras. Compras y cena. Mañana visita, dejarlo todo solucionado… Voló hacia la lista de tareas que le quedaban por hacer una vez aterrizara en Madrid.

—No hay problema. Podemos dejar la visita para mañana. ¿A qué hora quiere que Hasan la recoja para cenar? ¿A las siete le va bien?

—No es necesario —replicó ella, recogiendo sus papeles.

—Por favor, insisto, no sería apropiado tratándose de una visita desde España. Además, viene sola.

¿Era una ciudad tan peligrosa como para que no pudiese quedarse sola? Taksim no le dio la sensación de ser una zona insegura. Había pensado que quizás sería superpeligroso para una mujer occidental pasearse por esas calles, pero le había ocurrido exactamente lo contrario: nadie la había agredido, nadie la había mirado (a excepción de algunos chicos que miraban muy fijamente), nadie le había dicho nada que pudiera incomodarla, más bien había sucedido al contrario: en la tienda de dulces se habían mostrado muy agradables, la gente iba a lo suyo hacia arriba y hacia abajo en esta avenida gigantesca, Hasan era encantador —aunque hablaba mucho— y en el restaurante le habían preguntado sobre su visita a Estambul… Habían hablado con ella sin conocerla de nada y habían sido muy amables.

¿Qué tenía que perder ahora? Disfrutaría de nuevo, aunque esperaba que Hasan hablara un poco menos. Aceptó la propuesta.

El coche la llevó de nuevo al hotel. Atravesaron en sentido contrario el puente enorme desde el que se veía el mar, el gran palacio…, se fijó en que al otro lado había otro palacio un poco más grande; las mezquitas y los edificios, los ferris y los barquitos que surcaban para aquí y para allá… Había mucho movimiento por todos los lados.

En verdad, si se comparaba Estambul con otras grandes ciudades como Nueva York, Londres, su amada París —y su gran amiga Mathilde—…, al menos en lo que había visto hasta el momento, Estambul no tenía nada que envidiarles: Nueva York era exactamente igual que en las películas; París era glorioso, tenía una fragancia única en el mundo; de Moscú le impresionó la Plaza Roja, que parecía de cuento, y la decoración con las luces tan al milímetro cuando caía el sol; de Bali le enamoraron los hoteles a pie de playa, las palmeras que acompañaban el relax extremo en piscinas escandalosamente preciosas. Se había imaginado Estambul como Marruecos o Túnez, pero, una vez en la gran ciudad, a pesar de que tuvo la sensación de que sí había religión –incluso en la plaza Taksim, una zona tan

supuestamente proeuropea, vio esa gran mezquita en construcción—, no dejaba de tener la impresión de estar en Europa, con tanta cerveza y Zaras por todas partes.

Quizás lo que más despertaba su atención no era precisamente la cháchara de los turcos, sino la magia que desprendía la ciudad.

Sonrió para sí, dentro del coche, mirando a través de la ventanilla: la Visa Oro de papá era una de sus mayores felicidades en la vida.

Se recostó en la cama de su habitación, chateó con mamá y sus amigas; Guille tenía un día «de locos» y estaba ausente.

Se duchó pensando en qué ropa encontraría. Se sintió ligeramente mal, como si levemente se acercara a traicionar (otra vez) a Guille. «¡Tranquila! ¡No ocurre nada! Solo es una cena con Hasan, es un guía». Salir un poco. Divertirse. En realidad, recordó su descuido en esa noche loca de amigas en Marbella, y cómo después había estado a punto de estallar: no conseguía dormir más de cuatro horas seguidas, la mataba esa obsesión por bajar de talla, las llamadas constantes de mamá la agobiaban y la mirada permanente de reojo de papá… Lo peor era que no podía dejar de lucir esa sonrisa tan mentirosa en el rostro…

Se sentía, cómo decirlo, se sentía… sola.

¿Hacía cuánto tiempo no disfrutaba del sexo? (Aparte de aquella noche loca de amigas en Marbella un mes atrás, claro…). Ya lo había recordado, no había necesidad de traerlo otra vez de vuelta. Sí, de acuerdo, había vuelto a suceder: otro descuido. Eso no contaba. La preguntaba estaba, más bien, relacionada con su novio: ¿desde hacía cuánto no disfrutaba del sexo con Guille? Desde que se había mudado con Guille a casa de Guille. Había comenzado un extraño ajetreo mental y emocional, una calle sin salida que la llevaba hacia sí misma. Había días que no podía ni mirar a Guille a la cara. Lo peor era que se le acumulaba el disimulo, el bendito positivismo, que amurallaba la sucesión de lágrimas que luchaban por escapar.

¿Por qué sentía que no podía escapar? Siempre había querido a Guille y había deseado mudarse con él, incluso casarse con él. Había discutido con papá y mamá sobre ello, en especial, con papá, a quien no le parecía bien que se mudara con él sin estar casados, pero tras varios días enfadados y la intermediación de mamá —ella había logrado que papá entrara en razón— lo había conseguido: corrían otros tiempos e incluso las parejas jóvenes de familias reputadas convivían antes de casarse. Necesitaba un poco de tiempo para casarse con él (por eso había accedido a diseñar el vestido de novia aunque la fecha de la iglesia estuviera en el aire), hacer las cosas tranquila: primero, dar un paso (formalizar la relación con él); después otro paso (mudarse con él), y, por último, el definitivo (una boda que la hacía temblar y no precisamente de emoción…).

Bla, bla, bla.

Terminó de retocarse el rímel. Un par de horas de compras lo solucionarían todo.

En la recepción del hotel le explicaron cómo llegar andando hasta la calle Nisantasi, donde se ubicaban las tiendas «especiales». Había hecho su sesión de yoga, pero necesitaba más movimiento. Tantas horas sentada… El cuerpo le pedía caminar y airearse. Para ser Estambul no estaban tan lejos: 1,8 kilómetros, veintitrés minutos a pie. Debía bajar desde la plaza de Taksim hasta Besiktas, seguir y pasar justo en frente de la Facultad de Arquitectura (eso era una señal); más adelante vería el hotel Hilton (interesante que hubieran construido en la ciudad un Hilton) y seguiría todo recto hasta llegar a las tiendas lujosas.

No tenía demasiado tiempo antes de que Hasan pasara a buscarla. Al menos se había librado de ver más monumentos. Tenía ganas de estar sola; en realidad, sola del todo no, porque su Visa Oro la acompañaba (y además ahuyentaba el bla, bla, bla)…

Salió a la calle y se sorprendió de encontrar el ruido y el tráfico (parecía que allí era lo común). Una especie de Nueva York, pero con una personalidad mucho más antigua, mientras las mezquitas emitían esos cánticos que envolvían la ciudad en un misticismo inusual.

Recordaba el camino hasta la plaza de la mezquita en Taksim. Cruzó parte de la avenida Istiklal. Aún le sorprendía el gentío que rebosaba a esas horas. La Gran Vía en Madrid, en comparación, tenía la cuarta parte de esta gran arteria de Taksim. Se veía a personas de todas las edades, tanto hombres como mujeres, algunas de estas iban completamente tapadas, ¡solo se les veían los ojos! Lo más extraño era que esas viudas negras de la cabeza a los pies —algunas hasta tapaban con guantes negros sus manos— portaban bolsas de Zara y HM. Quizás montaran fiestas privadas en sus casas, puede que fueran mujeres superatractivas y sofisticadas y ese luto solo fuera para disimular miradas ajenas.

Se fijó más. No solo se veía a esas mujeres cubiertas por completo, también había otras que portaban el típico velo musulmán. Algunas se tapaban el cabello, pero a la vez llevaban una ropa muy ceñida, lo cual le sorprendía aún más.

Mientras caminaba en dirección a Nisantasi, continuó con la radiografía social. Muchas mujeres vestían normal, con el pelo siempre largo (en España era la moda entre las adolescentes), e incluso vio a mujeres que iban a la superúltima moda.

Atravesando Istiklal también vio a muchísimos hombres. En

realidad, sucedía más bien al revés: ellos la veían a ella, porque no paraban de mirarla. Algunos eran muy morenos de piel, parecían bastante presumidos; muchos llevaban las cejas depiladas («dile a un español medio que se depile las cejas, a ver qué te contesta»), y algunos iban de la mano… ¿También había gais en Estambul? Veía a más hombres dándose la mano que a parejas agarradas al estilo romántico.

La conclusión era una gran calle, repleta de gente de todos los estilos y de comercios con música a un volumen superescandaloso y nada elegante. Si desaparecieran las viudas negras tapadas de los pies a la cabeza, hubiese podido pensar que no se encontraba en Estambul, sino en alguna capital europea: ¿París? No, París era mucho más glamurosa. ¿Berlín? Podría ser…

Miró los escaparates y entró en algunas tiendas para hacerse una idea de la moda y de los precios. Había sido una buena idea escaparse sola.

El tranvía antiguo tan pequeñito estaba repleto de turistas. Le recordó al tren en San Francisco.

Los comercios servían kebabs (en algunos impresionaba lo grande que podía ser esa megabola de carne con tomate, pimiento…, que cortaban en cachitos pequeños) y se veían muchos restaurantes de comida tradicional como la que había probado con el chico guapo de la oficina.

Llegó a la plaza Taksim. Continúo dejándose guiar por el GPS.

Miró el reloj. Hasan la recogería a las ocho. Cuando iba de compras se olvidaba de todo: el tiempo, mamá, los demás, incluso ella misma. Cuando iba de compras únicamente se fijaba en qué le gustaba y qué no le gustaba.

Sacó la Visa Oro de papá y pagó en la tienda. Había encontrado prendas muy exclusivas. La tienda llamó a un taxi para que la acercara al hotel (a ella y a todas las bolsas).

Lo que más le extrañó de los comercios es que le ofrecieran una especie de colonia de limón para refrescarse las manos; la misma colonia, aunque mucho más sofisticada, sin duda alguna, que le habían ofrecido en el restaurante de comida tradicional turca y, el día anterior, en el que cenó con Hasan. En aquel restaurante, Hasan le cedió la botellita de colonia de limón antes de cenar y también después. ¿Sería tan importante mantener las manos limpias en Turquía?

Se puso el precioso vestido que se había comprado, ni formal ni informal. Resultaría idóneo para ir a cenar. No se le ocurriría a Hasan

llevarla a un kebab de esos. Dejando a un lado que debía cuidarse, Hasan imaginaría, o al menos eso suponía ella, que una chica decente requería de un lugar, digamos, más apropiado.

Se moría por tomar una copa de vino blanco bien fría. No tenía la costumbre de beber a diario, solo cuando se reunía con sus amigas, aunque fuera lunes. Estaba sola en Estambul, la ciudad mágica, la única urbe del mundo que se encontraba entre Europa y Asia… Haría una excepción a esa dieta estricta y se tomaría una copa de vino blanco en el bar del hotel.

Mamá la había llamado varias veces. Le devolvió brevemente la llamada para asegurarle que se encontraba bien. Guille no le había contestado, andaría con mucho lío en el despacho.

Dio un sorbo al vino blanco (bien frío, insistió varias veces al pedirlo), tras un día menos fructífero en el trabajo de lo que le hubiera gustado, pero con una tarde libre que le había sentado estupendamente. Miró el reloj: las ocho y cinco. En recepción había dado el aviso de que se encontraba en el bar del hotel. Aquel lugar tenía un estilo a *Titanic* que embriagaba por momentos, en especial, en la soledad de un vino blanco bien frío.

Se ruborizó.

Él sostenía su mirada a medida que avanzaba hacia la barra. La misma mirada clavada en ella, no lasciva, sí firme, el bigotillo estilo *vintage*, el cabello negro perfectamente colocado, muy informal, la tez levemente morena, las manos delicadas y los pasos seguros.

Dio otro sorbo al vino blanco.

—Buenas noches… —Le cogió la mano y le dio un beso.

Esperaba a Hasan. Se vio incapaz de responder, aturdida por el gesto galante. Había algo en él que la desconcertaba. Su templanza, pero, sobre todo, esa delicadeza tan inusualmente masculina, nunca lo había visto en ningún hombre, ni siquiera en Guille, que era más bueno que el pan. Quizás fuera más bien su atención, que la dejaba completamente traspuesta: abrir puertas, invitar a comer, presentarse sin avisar y ahora besarle la mano. En España nunca había conocido a un hombre así (estar solo había estado con Guille, pero conocer había conocido a muchos…); tampoco cuando estudió la carrera en Inglaterra, ni siquiera en esas estancias largas en Estados Unidos, aunque en aquella época era demasiado joven como para fijarse en estas cuestiones.

—Veo que te gusta el vino. ¿Puedo acompañarte? Ah, *chardonnay*…, una gran elección. Es verdad, cuando visité España me di cuenta de que los españoles bebéis antes de comer o de cenar. En Turquía es al revés, primero comemos y después bebemos. Cultivamos también nuestro propio vino, sobre todo en la región del Egeo turco, aunque por supuesto no en las dimensiones de España.

—¿De verdad? Antes de pisar Estambul pensaba que el tema del alcohol en Turquía era bastante complicado, con la religión… —no supo cómo continuar.

—Sí, muchas personas creen que Turquía es un país árabe y que nosotros también lo somos, que no bebemos alcohol y que nos casamos con tres mujeres a la vez. —Debió de pedir algo al camarero —. Turquía no es árabe. Gracias a Atatürk, nuestro padre, somos un país moderno y muy europeo.

Ese era el nombre que había mencionado Hasan. Supuso que sería el hombre que aparecía en todos los cuadros, en el hotel había visto unos cuantos repartidos en la recepción, en el salón-comedor, en el bar, en los pasillos…, con esa mirada tan de galán. Imágenes muy antiguas, en blanco y negro. Le costaba creer que Turquía no fuera árabe (mamá le había advertido que no confiara en nadie), pero no había duda de que eran muy galantes.

El camarero les sirvió otras dos copas de vino blanco. Le acercó una de las copas y la invitó a brindar:

—*Şerefe*. En su idioma creo que se dice *salud*.

Ambos brindaron, mirándose mutuamente.

—¿Qué le parece Estambul? Sé que solo ha visto Taksim y la zona de nuestro estudio, pero ¿le gusta?

—Por supuesto —afirmó rotundamente—. Es la primera vez que vengo. Me habían hablado de la ciudad, pero nunca me la hubiese imaginado de esta manera. Parece tener una mezcla de todo, los edificios tienen un aspecto muy europeo, aunque no diría que es europea, tampoco árabe.

—La pequeña Turquía, la ciudad de la libertad… —Dio un sorbo al vino, sonrió de nuevo y la miró fijamente a los ojos—. ¿Tiene hambre? Conozco un sitio muy apropiado para el vestido tan bonito que se ha puesto esta noche.

Se ruborizó. Se había fijado en el vestido. ¿Qué hombre se fijaba en un vestido?

Desde el hotel caminaron en dirección a la gran avenida Istiklal. Había un alboroto tremendo en las calles: bares y restaurantes llenos, personas que charlaban en las terrazas, músicos callejeros que alegraban el ambiente y numerosos puestos que ofrecían comida rápida a lo turco.

Charlaron mientras paseaban. Onur había visitado Barcelona y Valencia, pero no había pisado Madrid. Muchos turistas viajaban a España para visitar Barcelona exclusivamente, sin conocer la capital. A ella siempre le gustó más Madrid que Barcelona, aunque esta última

resultara una ciudad exquisita, en cuanto al arte y ese efecto que el Mediterráneo recreaba en ella. Continuaron la conversación sobre arquitectura; cómo era el trabajo en sus respectivos países y cómo habían terminado convirtiéndose en arquitectos. De ahí, saltaban a otro tema.

Ella se mostraba natural —tenía cierto aire de chica pija de papá — y tranquila. En parte parecía admirada por Estambul, pero por momentos no estaba presente, como si se desconectara. Hasan, el guía que la empresa contrataba cuando tenían visitas importantes, pudo haberse hecho cargo. Pero algo en ella le había llamado la atención, no sabía exactamente el qué. Sentía curiosidad.

—Es aquí —le señaló con una mano—. Esta es la galería Çiçek Pasaji o Pasaje de las Flores.

La entrada del edificio era imponente: un reloj marcaba la hora en su alto, se leía «Cité de Pera», (¿el nombre era francés?), y una vidriera dibujaba, a través de formas y colores, un ramo de flores. La gran puerta se cubría en sus extremos por postales y *souvenirs* para turistas.

Onur le indicó con la mano que se adelantara, como caballero que insistía en dejarle paso. Al entrar, se transportó de inmediato a épocas antiguas de elegancia y cortesía, como en esas películas donde las personas se movían en carruaje y se vestían con trajes y sombreros elegantes.

Onur hizo bien sus deberes investigando previamente la historia de uno de los edificios europeos más antiguos y más famosos en Estambul. Con esa calma tan propia de los turcos, le explicó que se trataba de uno de los primeros edificios de estilo europeo, construido en el año 1876. El patio tenía forma de ele y, como podía admirar, se trataba de un edifico *art nouveau*. En sus inicios, el edificio hospedó tiendas elegantes y negocios prósperos en sus pisos superiores (en la zona de bóveda se alzaban varios), pero, tras la Revolución rusa de 1917, la actividad cambió hacia la venta de flores. A partir de 1970 se convirtió en un lugar donde degustar comida y bebida.

La cristalera en el tejado con forma de bóveda provocaba que en el interior hiciera más calor que en el exterior. Las mesas de los diferentes restaurantes se situaban a cada extremo y dejaban un estrecho pasillo por la mitad. El interior del edificio era impresionante. Miró hacia arriba de nuevo, hacia la bóveda, que debía de proporcionar mucha claridad durante el día.

—*Merhaba, nasılsın*? —Onur saludó a un hombre uniformado de camarero elegante que esperaba de pie, junto a las mesas de uno de los restaurantes.

Intercambiaron algunas palabras en turco. Ella no entendía nada, así que observó a los comensales que ocupaban algunas de las mesas.

El ambiente era tranquilo, paradójico, dado el gran barullo que reinaba en el exterior, donde la música se alzaba estrepitosa. Las personas hablaban, comían pescado a la brasa y brindaban con vasos alargados llenos de esa bebida que era blanca: el líquido resultante de una pastilla efervescente.

—Nos sentaremos aquí. El jefe del restaurante es un buen amigo de mi padre. Al final, todo queda en familia.

Eso bien lo sabía ella. El hombre del uniforme elegante acomodó enseguida los utensilios. Otro camarero trajo agua. Un tercer camarero (bastante jovencito) acudió inmediatamente con una gran bandeja, repleta de pequeños platos de comida. ¿Cuántos camareros servían una mesa? En España había que luchar para conseguir un lugar, si no se tenía reserva, claro está, y el servicio nunca era tan inmediato.

—¿Quieres probar algún *meze* en particular? —Esta vez sí le preguntó—. En Turquía tenemos la costumbre de tomar algunos aperitivos antes de comer el plato principal.

Algo dijo en turco que resultó completamente incomprensible. ¿El turco era árabe? No sonaba tal cual, tampoco sonaba al inglés, al francés o al alemán. No conseguía entender absolutamente nada cuando hablaba turco, pero por su actitud dedujo que se desenvolvía muy bien coordinando en solitario. Eso le gustaba. Guille jamás había mostrado ese ímpetu, más bien, lo contrario: estaba constantemente pendiente de que ella tomara las riendas. Quizás por eso le impresionaba tanto la soltura de Onur.

El hombre uniformado de camarero elegante colocó, muy poco tiempo después, los pequeños platos en el centro de la mesa: dos porciones de queso cortados en triángulos, lo que parecían eran algas, y una especie de hojas de árbol enrolladas que contenían algo en su interior. El segundo camarero trajo dos vasos estrechos y abrió una botella de cristal que parecía contener agua. El tercer camarero (el jovencito) vertió el líquido en ambos vasos y seguidamente echó lo que sí era agua de otra botella de plástico. Los cubitos de hielos hicieron el típico clic. Era la bebida efervescente.

Onur alzó el vaso y la invitó a brindar:

—*Şerefe* —dijo de nuevo—. Por una agradable estancia en Estambul.

—*Şerefe* —copió ella. Sintió un fuerte sabor a anís al beber del estrecho vaso.

—Se llama raki —pronunció la i como con la boca hacia adentro —. Es una bebida alcohólica muy anisada —dijo, mientras ella asentía con la cabeza—. Lo tomamos en celebraciones o cuando salimos con los amigos. Atatürk era un gran asiduo del raki. En los hombres simboliza el honor; en las mujeres, la resistencia. —Se había puesto muy serio, como si fuera muy importante para él—. ¿Y cómo es la

vida en Madrid? —De repente cambió de tema y la seriedad se esfumó —. Ahora que te he conocido, tengo curiosidad de visitarla.

—La vida es normal, supongo, aunque creo que algo más relajada que aquí. En cierto sentido, Estambul me recuerda a Nueva York. El mar, los edificios modernos y antiguos, tanta gente por la calle…

—Curiosa comparación. Nunca lo había pensado. Ni siquiera cuando visité la ciudad hace un par de años.

«Ha estado en Nueva York. Interesante».

—Pero tú… ¿eres de Madrid, correcto?

—Sí, y mi familia también —respondió ella—. Aunque he pasado mucho tiempo fuera. Estudié la carrera en Inglaterra y conozco bien los Estados Unidos.

Él le dio un sorbo al raki y la miró sonriendo.

—Qué interesante, una viajera. Solemos tener muy pocas visitas de España. ¿Conoces a los sefardíes?

—¿Sefardíes?…

—Es la comunidad de judíos que fueron expulsados de España, creo que en el 1550. En aquel entonces Estambul era Constantinopla y el Sultán los acogió. Recomenzaron su vida aquí y conservaron su idioma. Hablan un castellano muy antiguo…

¿Judíos expulsados en el año 1550 de España que se comunicaban, a día de hoy, en un castellano al estilo de Don Quijote? Sí que estaba resultando una ciudad muy curiosa…

Onur sirvió más hielos y vertió raki en el vaso estrecho. El queso se parecía al de la ensalada griega; las hojas de árbol…, *dolma*, según explicó él, tenían un sabor muy raro.

A medida que avanzaban en la conversación, se acostumbró al sabor anisado, sintiéndose cada vez más relajada, permitiéndose disfrutar en una velada encantadora con un turco galán en una galería preciosa. El universo le había proporcionado al fin un poco de oxígeno.

—¿Y cómo es la vida en Estambul? —preguntó ella.

—Caótica, en constante movimiento, algo estresante, adictiva. Estamos en la que fuera capital de tres imperios: bizantino, romano y otomano. Nos libramos de convertirnos en Irán gracias a nuestro padre, Mustafá Kemal Atatürk, que reconvirtió el país desde las cenizas del Imperio otomano, en circunstancias muy difíciles…

Bla, bla, bla…

—Y el Ata…, perdona —se disculpó, dada la seriedad con la que él hablaba de su país, completamente convencido de lo que decía—, ¿sigue vivo?

—Atatürk murió hace muchos años, aunque siempre será nuestro padre.

Ella lo miró algo extrañada. ¿Era su padre de verdad? Quizás

también viniese de una familia de militares. Se había fijado de nuevo en todas las banderas que había en las calles, en los edificios, en la entrada de los comercios, en los balcones de las casas… Incluso en la plaza Taksim, donde estaban construyendo esa mezquita, había visto una bandera enorme. La bandera española que colocaron en Colón parecía un pañuelito en comparación con lo que se veía allí.

Recordó aquel día en que Guille sacó la bandera española al balcón, en su casa; en realidad, la casa de la familia de él. Ella también pensó en la unidad de España, por supuesto que sí, pero cuando colgó la bandera en el balcón… sintió algo raro: no había necesidad de colgar la bandera en el balcón.

—¿Estás casada? —preguntó directamente, sirviéndose el tercer raki.

—No. —No quería contarle todo el rollo de los preparativos de la boda, y lo del vestido de novia... Enfocó la energía hacia él para evitar el tema—: ¿Y cómo son las bodas en Turquía?

—Depende de la zona, la familia, ella, él… —Recordó a Merve y su obsesión por casarse—. Turquía es un país muy grande, lleno de contrastes. No todo es religión. Tampoco todo es alcohol.

Se imaginó a sí misma en el que debería ser el mejor día de su vida. Hasta aquel preciso instante había pensado en lo bonito que quedaría el vestido de novia, en el impacto que generaría en los demás, en mamá y en papá, en Guille, en sus superamigas, sus compañeros del trabajo, los padres de Guille, la familia de Guille… Pero no había imaginado cómo se sentiría ella.

—¿Eres musulmán?

—¿Y tú católica?

—Voy a misa, pero…

—Entonces como yo, aunque en mi caso no voy a una mezquita ni tampoco hago ramadán. Pero, por supuesto, respeto a quienes lo practican.

Ella se quedó pensativa. Hablaba muy tranquilo sobre algo tan personal. Guille reaccionaba como si se tratara de un ataque personal contra él.

—¿Y tienes intención de casarte? —retomó el tema.

—Primero te he preguntado yo cómo son las bodas en Turquía —cortó (¿serían al estilo de Marruecos, India…?).

Le dio un largo sorbo al raki. Algo tenía esa bebida que reactivaba el espíritu. Se sintió crecer, más libre. Las lubinas a la brasa llegaron, acompañadas de un poco de ensalada y de unas pocas patatas. Había imaginado que la comida en Turquía sería tan especiada como la de Marruecos, pero se había equivocado.

—Las bodas en Turquía cambian según la zona y lo tradicional que sea la familia. Eso sí, la boda civil es obligatoria. —Dio otro sorbo

largo al raki—. Después, puede ser religiosa. Si la boda se hace al estilo tradicional hay diferentes fases que deben cumplirse.

—¿Y los hombres podéis casaros con más de una mujer?

Le entró la risa. ¿Tenían esa imagen de ellos?

—Qué preguntas hacéis los europeos.

—¿Acaso vosotros no sois europeos? —El raki desenredaba la mente y soltaba la lengua de una manera que daba hasta miedo.

—Por lo que veo eres muy directa. —Sonrió, mirándola con cierta ternura, o al menos así lo interpretó ella—. Hace mucho tiempo que intentamos entrar en la Unión Europea, pero entre ellos y nuestro Gobierno… Espero que algún día podamos formar parte, aunque lo veo difícil. En Turquía hay mucho tonto. No todos nos hemos educado como europeos.

—¿Y cuáles son las fiestas que celebráis en las bodas? —Parecía más una periodista que una arquitecta.

—Esas fiestas se refieren a bodas tradicionales. También hay gente que se casa y hace una celebración simple, al estilo europeo, sin darle tantas vueltas. Pero…, en las bodas tradicionales, que no tienen por qué ser islámicas, sino que pueden ser simplemente civiles, hay que respetar diferentes fases. Cuando los novios deciden casarse, se lleva a cabo la pedida de mano en la casa de la futura novia: la familia de él acude a la casa de la familia de ella para pedir oficialmente su mano, los padres de ambas familias hablan un rato (se da por supuesto que este tipo de compromiso está apalabrado de antemano y ambas familias han mostrado su aceptación), hasta que el padre del novio recita algunos pasajes del Corán. Cuando acaba de recitarlos, el padre de ella da —o no— su consentimiento (se sobreentiende que sí, pero a veces se rechaza y hay que hablarlo e intentarlo una segunda vez). Ahí se inicia todo un proceso… Una vez que se ha dado el consentimiento, con el tiempo se celebra una fiesta muy grande de compromiso, después otra, la de la henna…, y luego ya llega la boda. No quiero aburrirte con nuestras tradiciones…

—No, tranquilo, me parece muy interesante.

—¿Y cómo son las bodas en España?

—Estresantes. —Suspiró, y calló respecto de su propia experiencia. Claramente hubiese dicho en alto que Guille, su novio, era muy bueno (hubiese omitido que también era aburrido) y que se conocían desde muy pequeños. La pedida de mano fue normal, lo hizo nada más mudarse al piso, tal y como les prometió a mamá y a papá.

Onur hizo una mueca al camarero, quien apartó los platos vacíos y al instante trajo dos vasitos de lo que parecía ser té turco.

—Es tradición beber té después de comer, aunque en realidad es una excusa, lo bebemos a todas horas.

El vasito ardía y era imposible tocarlo. Exactamente, igual que

ella.

3
Una visita exclusiva

Se maquilló con esmero para disimular el efecto del raki de la noche anterior. Había dormido tan profundamente que se levantó completamente descansada. Desde los ventanales del comedor se observaba el barullo de la ciudad, coches para arriba y para abajo, gente por todos los lados. Estambul, la ciudad que no dormía.

Esta mañana sí se permitiría un buen desayuno. Mamá no rondaba alrededor, así que no se enteraría de nada. Pidió un café fuerte. Apenas le dio tres sorbos y se topó con los posos. ¿Café de puchero en un hotel tan de lujo? Curioso. Se sirvió el zumo de naranja y vertió cereales en un cuenco con leche…, hubiese preferido que fuera semidesnatada.

Probó las cuatro clases de queso, que tenían una pinta deliciosa, añadió un poco de salami (hacía siglos que no comía embutido), se atrevió con el huevo cocido, incluso se aventuró con unas pocas aceitunas.

Al fin y al cabo no estaba en España. Lo que pasara en Estambul, se quedaría en Estambul. Se merecía desayunar no como una reina, sino como una sultana.

Al salir del lujoso hotel se sintió poderosa, bella y fuerte. El chófer la esperaba puntual.

En un principio, Estambul le había parecido una ciudad caótica y especial. Empezaba a acostumbrarse al barullo, al tráfico…, su segundo día en la ciudad y tenía la sensación de que había aterrizado hacía mucho más tiempo. Qué bien le estaba sentando. De camino a la oficina, se preguntaba si volvería a verlo. Y qué más daba. Un hombre que invita a una cena en un lugar bonito. De esos hay a patadas. Sobre todo, al principio, luego ya la historia cambia.

El taxi avanzaba a través del tráfico de Estambul. Una auténtica locura conducir en una ciudad tan grande. Estaban parados en una cola enorme de coches, en un tramo de la carretera, que tenía tres carriles. La congestión era terrible. Una ambulancia pitaba con insistencia desde atrás, presionando para que la dejaran pasar. El coche de al lado, nervioso por la insistencia de la ambulancia, se subió al arcén que separaba ambos carriles y condujo durante un brevísimo intervalo de tiempo por el sentido contrario. ¡Qué locura de ciudad! Ni en Nueva York había visto ese caos. Tenía algo de divertido, como

si la ciudad escapara al aburrimiento propio de la Europa, donde había tanta estabilidad.

Vaya manera de conducir la de los turcos: coches que se pegaban muchísimo, sin distancia de seguridad; motos que se metían por todos los lados como si dibujaran, con sus movimientos, pequeños laberintos… Poco a poco el tráfico acumulado se aliviaba y el taxi avanzaba ya a través del gran puente que une Asia con Europa. Tampoco percibía grandes diferencias entre ambos continentes, al menos lo que había visto a primera vista.

No recordaba con exactitud la explicación de Onur. La última parte de la noche se había esfumado de su memoria. Rezó para que no... ¿Se besaron? Se tapó inmediatamente la boca.

En la oficina se pusieron manos a la obra con todos los asuntos pendientes. Había declinado la oferta del té al menos en cinco ocasiones, y no habían abordado ni la mitad de lo que tenían que tratar.

Onur apareció más tarde, dejó sus pertenencias en la silla y se acercó, mirándola fijamente, con sus ojos marrones oscuros, y ese bigotillo tan pintoresco.

—*Günaydın* —le dio los buenos días en turco—. ¿Qué tal ha dormido? ¿Ha descansado bien?

—Sí —dijo reafirmando con la cabeza—, todo muy bien. ¿Seguimos con los puntos que hemos dejado? Tenemos mucho que hacer y nos queda poco tiempo.

Se estaba poniendo nerviosa al ver que avanzaban más despacio de lo que deberían. No tenía todo el tiempo del mundo. Se negó a bajar al comedor. Algo para picar sería suficiente hasta la cena (más que las prisas por adelantar trabajo, era también el remordimiento de la cena y el alcohol de la noche anterior, a lo que se le sumaba un desayuno de lujo). El ritmo caribeño multiplicado por mil, a pesar del tráfico caótico y el bullicio de tanta gente, el ruido ambiental. No se explicaba el contraste entre la personalidad de los ciudadanos y la de la ciudad. El día avanzaba, además, demasiado deprisa.

—Hemos organizado una excursión para usted. El chófer la está esperando para llevarla al hotel. La recogerá en dos horas.

Se quedaba tan sorprendida del impulso de esta gente para organizarlo todo que ni siquiera asintió. No le habían consultado si prefería cualquier otro plan o estar sola.

En otras circunstancias se hubiese enfadado o hubiese protestado, pero en esta ocasión —como en las anteriores— lo dejaría pasar. Para una vez que no tenía que ocuparse...

Porque ella era una mujer independiente. Era una mujer superactiva (en todos los sentidos). Era una mujer libre. Ella decidía.

En la habitación del hotel sumó algunos abdominales a su sesión habitual de yoga. Debía conservar las curvas de su cuerpo. Lo ideal sería un poco más de pecho. Su madre le quiso regalar una de esas operaciones para aumentarlo, de hecho, era lo único bueno que había comentado de Turquía cuando le dijo que tenía que venir a Estambul por trabajo. «Allí las operaciones de injerto capilar y estética están a la orden del día», siempre se ponía muy seria cuando se refería a la belleza —a la exterior, por supuesto—.

El taxi la esperaba a la entrada del hotel. Sonrió satisfecha al chófer, que le abrió la puerta del coche muy gentil. Ocupó el asiento con su vestido recién estrenado y una buena capa de maquillaje que disimulaba el cansancio y la resaca. A pesar de los gramos que intuía haber ganado (lo comprobaría en Madrid nada más aterrizar), el pelo rubio lucía con una caída preciosa, como si reflejara su estado de ánimo. Eso creía ella, aunque Guille le asintiera sin comprender esa absurda comparación.

Desde el interior del vehículo miraba el paisaje de Estambul que se abría ante ella. Era diferente al resto de grandes ciudades que había visitado… Tenía algo de magia, como si, en cierta manera, atrapara: gente y ruido por todas partes, lo que no impedía que los turcos fueran cercanos y destilaran simpatía.

En Madrid, las iglesias. En Estambul, las mezquitas. Esos cánticos que desprendían exotismo. El coche avanzaba a través de los laberintos de carreteras, inundadas por vehículos que transitaban a toda velocidad. Parecía que Estambul se extendía en todas direcciones. Las mezquitas, Europa, las mujeres con velo, otras con minifalda… Todos los extremos apretujados en la que seguramente fuera un de las urbes más impresionantes del mundo.

Desde la ventanilla del taxi, el Bósforo quedaba atrás, con el caos siempre presente en el tráfico, y, en las calles, los comercios engullían las aceras, con sus grandes carteles… Las calles lucían repletas de ellos, escandalosos, coloridos, a cuál más llamativo. Se veía a algunos ancianos sentados en sillas minúsculas que los comercios colocaban en plena calle. Bebían té y veían la vida pasar. La misma vejez, vestimenta diferente. ¿Y sus mujeres? ¿Dónde estarían sus mujeres?…

Otras personas caminaban para aquí y para allá, llevaban a sus hijos de las manos, rápido, como con mucha prisa (preparar la cena, bañar al niño, organizarlo todo para el día siguiente…). Otras chicas portaban sus carpetas, recién salidas de la Universidad. Y ellos con su

aire informal, ese atractivo tan exótico, morenos de piel, morenos de cabello, ese estilo desenfadado. En Estambul se veía a muchísimos hombres y muchos de ellos eran guapísimos. El barullo, las idas y las venidas, todo ese tumulto de gente que no se sabía de dónde salía, que continuamente invadía la ciudad, haciendo de Estambul una ciudad efervescente.

La claridad del cielo caía en picado a partir de las siete y media de la tarde. Amanecía y anochecía mucho antes que en Madrid.

Lo que quizás más le llamaba la atención, a través de la ventanilla del taxi, era que aquello que envolvía la ciudad, esa mezcla de multitud, ruido, colores, olores…, contrastaba fuertemente con el ritmo pausado de los ciudadanos.

Lo había visto en las reuniones a lo largo de estos dos días: uno hablaba y el resto callaba como si fueran benditos hasta que acababa, sin cortes, no se pisaban a la hora de expresarse. Si vieran cómo era una reunión en Madrid, saldrían espantados: en España cada cual hablaba más alto, se tapaban los unos a los otros como si la reunión fuera en realidad una competición de quién la tenía más larga. Participar en una reunión en Madrid suponía acabar con un dolor de cabeza tremendo; el ruido que llegaba a generarse, el ego de cada uno de ellos en particular y de todos en general, y ella relegada a una mera función de secretaria, a pesar de su título y a pesar, sobre todo, de ser la hija de quien era.

El taxi se detuvo. Ni siquiera había pensado adónde la llevaba. No había preguntado adónde se dirigían. Lo importante era que estaba, o al menos se sentía, espectacular, no solo por fuera, como a mamá le hubiese gustado, sino también por dentro (más al estilo de tía Ana).

El aire bailaba a su antojo en la plazoleta donde el taxista aguardaba a su lado, como si fuera su guardaespaldas. Lo vio acercarse desde una de las esquinas:

—*Hoşgeldiniz*… —Hasan se contuvo, a punto de darle un abrazo.

—¡Hasan! —exclamó ella. ¿Y esa alegría por reencontrarse con un guía?—. No te esperaba. ¿Dónde estamos? ¿Qué hacemos aquí? —Por supuesto que ni un «¿qué tal estás, Hasan?, ¿cómo ha ido en estos días?»…

—Estamos en la capital del mundo —Hasan alzaba el brazo al vuelo para presentarle el monumento que se veía a unos metros.

Oscurecía y se veía el perfil de una construcción que daba la impresión de ser una mezquita, no tan grande como las otras, aunque sí contaba con esas torrecitas que parecían ir a salir volando hacia el cosmos, como si fueran pedazos finos de naves espaciales que las

dispararan hacia arriba.

—Estamos en Sultanahmet… Aquí puede admirar tres monumentos muy importantes para nosotros: Santa Sofía, el Palacio de Topkapi y la Mezquita Azul. Más allá se encuentran las cisternas y el Gran Bazar. Pero no creo que el Gran Bazar sea de su interés…

Princesita había perdido ya el hilo de la conversación.

—Bien, pero ¿dónde estamos? —Impaciente, volvía a enfrentarse a ese cúmulo de sensaciones que le producía el no saber dónde estaba. Le gustaba tanto como le desagradaba.

—En Sultanahmet… —repitió tranquilo.

Mostraban tanta templanza, mientras Princesita se sentía como una bomba de relojería a punto de estallar y, al mismo tiempo, tan relajada, tan dejada…

—Hasan, escúchame. ¿Estamos en Europa o en Asia?

Princesita parecía descolocada.

—Estamos en Europa, en Sultanahmet. Le hemos preparado un regalo: una visita muy exclusiva para usted…

—Ah, genial —Europa era más de iglesias, si el abuelo se levantara de la tumba y le dijeran que esto era Europa… —¿Comenzamos o qué?

—Por supuesto. Estaba esperando a que… —a que ella atendiera, habría querido decir Hasan…

¿Cuántos turistas en Estambul tenían el privilegio de contemplar monumentos tan admirables en un contexto tan íntimo?

—Nos encontramos ante Santa Sofía, una antigua basílica patriarcal ortodoxa, reconvertida después en mezquita, aunque actualmente sirve de museo. Se trata de un edificio de arquitectura bizantina, construido en el año 537. Mide 82 metros. Cuando el Imperio otomano conquistó Constantinopla, reconvirtió esta catedral ortodoxa bizantina en una mezquita. Fue la catedral con mayor superficie del mundo hasta 1520, año en que terminó de construirse la catedral de Sevilla. Finalmente, en el año 1935 fue inaugurada como museo.

Bla, bla, bla.

El eco del silencio invadía la estancia. Se fijó en los detalles arquitectónicos islámicos que escapaban a su entendimiento: otra visión del mundo, de la vida, de las personas.

Observó las señales redondas con caligrafía que colgaban de las paredes. ¿Esa caligrafía era otomana? No lo sabía a ciencia cierta, hubiese jurado que aquello era escritura árabe, pero lo que sí se veía era la diferencia tan notable respecto del alfabeto latino: los grabados

parecían dibujos, el color oro de esos caracteres contrastaba con su fondo negro.

El interior de la gran cúpula contenía vidrieras en los extremos de las paredes, y cada mosaico situado en cada esquina recordaba más a Europa que a la idea que se tenía de Turquía. ¿La catedral más grande del mundo hasta que construyeron la de Sevilla?

Todo lo que se veía o, más bien, se sentía, indicaba claramente que aquello era muy antiguo. Esa antigüedad palpada en la arquitectura apenas podía percibirse en Europa y ese color amarillo tierra le encantaba: combinaba muy bien.

Hasan: bla, bla, bla. Se le veía un guía astuto, divertido, simpático, pero a ella jamás le interesó la historia, a decir verdad, ni siquiera la arquitectura. Estudió la carrera no por un impulso interno, en realidad no sabía qué era sentir un impulso interno (a excepción de compras con la Visa Oro), sino más bien el impulso externo de una madre que jamás ejerció, precisamente por la comodidad de la Visa Oro que papá le regaló cuando se casaron y debido a la comodidad de una vida de lujos diseñada desde antes incluso de que naciera.

Acaso Princesita… ¿comenzaba a sentir, a respirar, a pensar por sí misma?…

—¿Está cansada? ¿Necesita sentarse? Está bien, vayamos al Palacio de Topkapi. Es una de nuestras joyas. No la va a decepcionar.

Cómo podría decepcionarle Estambul. Se encontraba, sin saber cómo ni por qué, fascinada por esta ciudad. Estambul irradiaba algo que jamás hubiera imaginado: se percibía una nostalgia muy peculiar de un pasado que se encontraba presente en las calles, en los gestos, en las conversaciones, en el ruido y en el silencio. Estambul tenía un aire ciertamente místico. Si se observaba en su conjunto no se sabía muy bien cómo encajar todo ese cúmulo de gente diversa que se veía en la calle, el contraste entre la zona de su hotel (Taksim) y esta área (Sultanahmet), el impacto de la religión (tantas mezquitas, incluso antiguas iglesias reconvertidas a mezquitas) y la modernidad (el raki y esa obsesión por parecer europeos). Se veía un país con una mezcla de cultura mucho más exagerada que la de España (la comida que había probado tenía cierto toque a mediterránea, pero también a asiática) y, en España, más allá de ese discurso positivo sobre la riqueza y la diversidad cultural, no se entendía aún cómo no se habían vuelto a matar, tal y como ocurrió en la época del abuelo.

Cuanto más conocía de Estambul más necesidad sentía de descubrirla, como un impulso interno brutal, como si fuera una ciudad-imán que la empujara a querer descubrirla. No se consideraba una persona emocional, más bien lo contrario. En contraste con la humanidad, la atención y la cercanía de quienes había conocido en Estambul. Se había sentido extrañamente congelada, como si en vez

de ella, un cubito de hielo habitara en su interior, y fuera ese cubito y no ella, ella de verdad, quien fuera a casarse con Guille. ¿Era el impulso de mamá? ¿El impulso de la comodidad de la Visa Oro de papá? ¿El impulso de la comodidad de una vida de lujo junto a Guille, diseñada desde no se sabía cuándo?

Se sintió confusa y triste. Miró a Hasan, que conversaba alegre sobre la importancia del Palacio de Topkapi, los otomanos que conquistaron tantos lugares con su gran Imperio, ahora ya solo en el recuerdo de esta gente, cuya vida se moldeaba en la actualidad por el contraste que generaba la lucha entre la antigüedad y la modernidad, la religión y el secularismo, la tradición y la libertad, ella y Guille, ella y su familia, ella y la vida desde su cubito de hielo interno.

Hasan le preguntó de nuevo si quería descansar antes de visitar el Palacio de Topkapi y ella debió de responder, en esta segunda ocasión, que hacía ejercicio regularmente. Estaba en forma y no necesitaba descansar.

Observó la gran puerta de la entrada del Palacio de Topkapi, con sus dos grandes torres a cada lado resguardándola y con caligrafía también árabe. ¿Aquello era un palacio turco? Hasan le explicó que...

—El Palacio de Topkapi fue la sede de los sultanes otomanos desde el año 1478 hasta 1855. Fue el sultán Mehmed II quien inauguró el Palacio de Topkapi en el año 1465. Un total de veinticuatro sultanes residieron en él, cada uno de ellos lo amplió poco a poco, hasta que en el año 1856 el sultán Abdulmecid trasladó su residencia al Palacio Dolmabahçe, situado en el área de Beyoğlu. Se dice que vivieron aquí hasta cinco mil personas, aparte de los sirvientes.

Bla, bla, bla.

Una vez que atravesaron la puerta gigantesca que daba la bienvenida, se adentraron en lo que era una especie de ciudad en miniatura, erigida sobre tres niveles internos. Al pasear por los jardines interiores, las fachadas de los edificios…, y entrar en algunas estancias como aquella que mostraba las joyas, la vestimenta, los accesorios de belleza y los utensilios de comida que utilizaban los sultanes y las sultanas…, se sintió volar a un pasado glorioso donde convivían sultanes y discípulos. Le impresionó el diamante de ochenta y ocho quilates que perteneció a la madre de Napoleón, una tal Leticia Ramolino (mamá hubiese muerto de gusto al ver aquella joya).

Atravesó la que llamaban la Puerta de la Felicidad y accedió a la biblioteca del sultán. Al ser de noche no pudo apreciar lo luminosa que resultaba de día esta gran biblioteca, en comparación con otras

bibliotecas europeas antiguas, tan oscuras y frías. Al bajar las escaleras para proseguir la visita, descubrió una pequeña fuente de agua preciosa, de piedra blanca y con grabados que absorbían la atención.

Se transportó a lo que debía de ser la antigua Constantinopla antes de que el Imperio otomano se hiciera añicos y Mustafa Kemal Atatürk, considerado padre de la República de Turquía, erigiera de nuevo Turquía hacia Occidente, borrando el rastro de una aproximación a Oriente.

Hasan le aseguró que el Palacio de Topkapi era uno de los lugares con mejores vistas hacia el Bósforo —desde este lugar se controlaba el paso de las embarcaciones—. Le señaló, al frente, los barrios asiáticos de Kadiköy y Moda, le indicó dónde estaba Üsküdar, también en Asia, mientras unos pocos barcos se movían de un lado para otro (la actividad comercial disminuía durante la noche).

Continuaron la visita hasta llegar a una fuente principal que la conquistó por ser uno de los rincones más bellos del Palacio. En forma de rectángulo, la fuente de agua era señorial y se alzaba con un gusto exquisito, muy armoniosa con el propio ambiente que se recreaba en el interior de este recinto y muy serena respecto de los azulejos coloridos que la acompañaban en las paredes de las diferentes estancias.

A unos pasos de la fuente, se ubicaba una gárgola bañada en color oro de estilo completamente asiático, desde donde se observaba el barrio de Taksim y su Torre de Gálata.

Cuando volvió a la fuente tan majestuosa se dedicó a observar los azulejos, llenos de vida; combinaban perfectamente los unos con los otros, eran sutiles, pero tenían una fuerte personalidad, adornaban, pero no en exceso. Le resultó mucho más impresionante que las estancias, las joyas y los jardines interiores que había visitado.

Por primera vez en mucho tiempo se sintió agradecida de tener la oportunidad de descubrir un lugar tan bello. Indudablemente, el Palacio de Topkapi la había conquistado.

Hasan hablaba en turco con alguien cuya voz le resultó familiar. Se giró, lo miró sorprendida y le sonrió, como si le diera la bienvenida a ese *tour* exclusivo para ella. Siguió adelante para descubrir el Palacio. Al fin y al cabo, por ella lo habían abierto. Podía pasearse por él a sus anchas, como la sultana que en aquellos tiempos habitó en ese lugar. Se imaginó a sí misma con aquellas túnicas que destilaban elegancia, daba órdenes para aquí y para allá (a Princesita eso se le daba muy bien), vestía esas joyas maravillosas expuestas en vitrinas…, junto al sultán que dirigía el Imperio otomano, con fuerza y maestría, con ternura pero sin piedad, amabilidad pero amenazas sin tonterías.

—Por lo que veo, el Palacio de Topkapi le está gustando, pero desgraciadamente la cena se enfría… —Introdujo sus manos en los

bolsillos a la espera de una respuesta por parte de ella.

Qué tenía que conseguía acallarla.

—Podemos irnos cuando queráis —contestó, tanto paseo por edificios históricos le había dado hambre. Quería ver el harén, pero estaba cansada y necesitaba sentarse. No lo dijo en alto para no darle el gusto a Hasan.

Se dirigieron a la salida, sin preguntar dónde iban. Dejaría que la llevara a cualquier sitio. Era un caballero, de esos que en España ni siquiera se olían ya. Tenía ganas de beber una copa de vino blanco bien fría. Incluso quizás consiguiera un cigarrillo para rematar. Dos caladas no le ensuciarían demasiado los dientes, ¿verdad?

Onur conducía tranquilo, ella observaba a través de la ventanilla. Atrás dejaron el barrio de las mezquitas para sobrepasar el puente de Gálata. Había anochecido y ya no se veía a los pescadores. Las lucecitas verdes en los minaretes de las mezquitas adornaban la Estambul nocturna y en el mar sobresalían las de los barcos que transportaban viajeros desde Europa a Asia.

Onur no hablaba. A ella le gustaba que condujera, la hacía sentirse segura; apenas se conocían desde hacía un par de días, pero tenía la sensación de que era toda una vida. Por eso quizás, más que seguridad, le inspiraba confianza y tranquilidad.

Al llegar les abrieron la puerta del coche. Onur entregó las llaves para que aparcaran el vehículo. Resultaba interesante escucharle hablar en turco. Le gustaba esa costumbre que comenzaba a instaurarse entre ambos: la invitaba a cenar tras un día de trabajo menos productivo de lo que debía ser.

En el interior del restaurante sonaba música clásica a un volumen perfecto. Los comensales disfrutaban de una velada tranquila. Hablaban muy silenciosos, a diferencia de España, donde, incluso en los sitios de lujo, a veces se formaban unos gallineros nada elegantes.

El camarero les acompañó a una mesa apoyada en una gran cristalera que daba al Bósforo: el mar, las luces de los barquitos, el viento que empujaba a los pesqueros. La noche caía fuera.

—Es un restaurante precioso —admitió, impresionada por la espectacular vista.

—Sí, es uno de mis lugares favoritos. Muchas veces vengo solo. Aquí hay tranquilidad. —Dio un sorbo a la copa de agua con limón que el camarero había colocado sobre la mesa, junto a los primeros aperitivos, mientras iniciaba el ritual del raki—. ¿Prefieres una copa de vino o tomarás raki?

—Primero tomaré una copa de vino blanco. ¿Sirven vino aquí?

—Por supuesto. —Dio la orden con amabilidad—. ¿Sabes que Turquía tiene una gran influencia de Francia? Incluso el Imperio otomano era muy europeo. Es algo que muchos desconocen, pensando que el Imperio otomano era árabe. —Sonrió. No quería avergonzarla. Cambió de tema—. Me encanta Francia, es uno de los países más atractivos de Europa.

—Junto a España, claro, España es el mejor país de Europa. —«Y del mundo», omitió. Princesita ultranacionalista. Princesita, que no estaba muy de acuerdo con colgar la banderita española del balcón de su prometido, pero que poco le faltaba en ese momento para lanzarse a cantar la canción de «Y viva España».

—No lo dudo —asintió Onur, y bebió de la copa de raki.

Principito musulmán que bebía hasta hartarse. ¿Sería de los que se paran en seco cuando el imán llama a la oración?, se preguntó.

—Estambul es preciosa.

Miraba de nuevo hacia el mar. Siempre le gustó el mar, a pesar de que en Madrid no hubiese ni un río decente. En los lugares de mar la vida era más fresca, por eso le gustaba tanto Andalucía.

—¿Qué tal tu segundo día en Estambul? Tu marido debe de echarte mucho de menos.

A punto de acabarse la primera copa de raki, sin siquiera avistar el primer plato aún, Principito había dado un paso gigantesco.

—Él trabaja mucho. Su trabajo es bastante estresante. —La mentirosa de las mentirosas, en un ataque de sinceridad, admitía la ausencia constante de su novio—. No he hablado mucho con él, está ocupado con un nuevo caso…; en realidad, sentí que necesitaba un poco de oxígeno —soltó al fin.

La primera vez que lo admitía en alto. La boda no resultaba tan idílica como en sus sueños de fantasía porque conducía a la pequeña duda de si Guille era la persona adecuada para ella. Le angustiaba esa vaga sensación de casarse con él sin estar completamente segura de ello.

La neblina de la familia y las obligaciones, la neblina de su amor hacia él. Desde que eran pequeños había sido bueno con ella. Era un cielo. Y ahora, años después, se sentía incapaz de asomarse a la idea de que quizás no sintiera la pasión suficiente hacia él. Bebió de la copa de vino y sintió cómo el alcohol tapaba esos asomos al abismo.

—¿A qué se dedica tu marido? —preguntó, recibiendo con agrado el primer plato: apenas ocupaba la mitad de la superficie, pero olía exquisito. Era de las personas que disfrutaban comiendo fuera de casa.

—No es mi marido, aún no estamos casados —puntualizó—. Es abogado. Trabaja en uno de los bufetes más importantes de España.

—Qué interesante. Los abogados en Turquía tienen muy buena reputación. ¿Vivís juntos o esperáis al gran día?

—Hace un tiempo que vivimos juntos. Lo normal en todos los lados… ¿Y tú, estás casado?

Negó con la cabeza, mientras adoptaba cierta expresión de rechazo en el rostro:

—En la Unión Europea es algo bastante normal que las parejas vivan juntas antes de casarse, pero en Turquía, salvo quizá algunas grandes ciudades como Estambul, Ankara o Izmir, no es lo común.

—En España era así hace muchos años. Nos hemos modernizado.

—Entre la religión y el Gobierno es difícil que nosotros nos modernicemos, menos mal que tenemos a Atatürk… No sé qué hubiésemos hecho sin él. Aunque si se despertara no sé qué pensaría de la actual Turquía. ¿Sabías que Atatürk reconoció el derecho de las mujeres al voto mucho antes que España?

—No lo sabía, qué interesante… Los tiempos de Franco fueron complicados para todos —subrayó ella.

A Princesita solo le faltaba tararear el famoso pasodoble, y a Principito una de «Viva Atatürk», como si ambos estuvieran inmersos en una discusión sobre cuál era el mejor país: España o Turquía.

—Pero en España hemos avanzado mucho —continúo—, las cosas ya no son como antes: las mujeres trabajamos, somos independientes.

«La Visa Oro, Princesita, la Visa Oro…».

—En Turquía también hay mujeres que trabajan y son independientes. No es el país que los medios muestran al mundo. ¡Somos europeos! Que veas a mujeres con velo no significa que estén encerradas en casa. —Alzó levemente la voz, molesto. Se prestó a la segunda copa de raki, que conseguía aligerar la pesadez de la vida.

—Sí, se ve a mujeres de todo tipo: con velo, sin él, con minifaldas, más tapadas, de estilo clásico, supermodernas… No lo hubiese imaginado.

—Imagina un país entre Europa y Asia, por el que han pasado civilizaciones e imperios; el otomano, tan poderoso, el impacto de la religión y la grandiosa labor de Atatürk. —Onur intentaba mostrar el núcleo de ese entresijo histórico a través de las manos—. No hay un país como Turquía en el mundo.

—Vaya, has debido de viajar mucho para llegar a esa conclusión —ironizó.

—*Tamam* —se reafirmó. Un largo sorbo al raki, en honor a su gran país.

La cena continuó en esa pelea por posicionar a su respectivo país como el mejor. Él pagó la cuenta mientras ella miraba embobada a través de la ventana que daba al Bósforo, sin molestarse en hacer amago de sacar la cartera. Nunca la Visa Oro de papá había resultado tan inútil, a excepción de las compras que hizo. Se sentía tan relajada…, preciosa, única, deseada.

Él conducía por las calles de Estambul y ella jugaba a subir el volumen de la música turca en el interior del coche. Se reían y bailaban sentados, se miraban y volvían a reír. Momento ajeno a la neblina de la familia y de las obligaciones; un momento sencillo en un coche en tránsito por una Estambul a oscuras, mucho más vacía que durante el día; un no momento que surgía espontáneamente de ellos y entre ellos.

Con esa sensación se despertó ella al día siguiente, cansada por la actividad de dos días, pero más lúcida que nunca. Doble necesidad de aplicar maquillaje, sin ganas de ninguna sesión de yoga, pero extrañamente sí de desayunar. Afrontaría de esta manera su último día en la bella Estambul.

4
Güle güle

Llegó a la oficina dispuesta a finiquitar las últimas tareas para poder redactar en Madrid el (largo y aburrido) informe y entregárselo cuanto antes al jefe. Onur no apareció en toda la mañana. Ella miraba de vez en cuando hacia la puerta o afinaba el oído para identificar su nombre en conversaciones en turco, pero no entendía nada y menos aún alguna palabra en alusión a Onur.

Onur no aparecía.

Al mediodía accedió a disfrutar de su última comida en el restaurante de comida tradicional. Al fin y al cabo era su último día en Estambul. Probó *manti*: pasta, decían, elaborada de manera artesanal, rellena de carne picada y cubierta por una salsa extraña de yogur con una pizca de picante. Utilizaban el yogur, en lugar de como postre, como acompañante de las comidas. Tras la comida, tomó un único té, sin azúcar.

Onur tampoco apareció.

Después llegó a la oficina para dar los últimos retoques a todo lo que tenía que finalizar, un tanto estresada, y ellos con sus risas y sus pausas.

Onur seguía sin aparecer.

Se despidió de todos y les agradeció el trato recibido.

—Muchas gracias por todo, Emre. —Le dio la mano al jefe del departamento, quien la apretó fuertemente en señal de que había sido un placer recibirla durante esos tres días en Estambul—. Redactaré el informe y se lo enviaré cuanto antes. —Ciertamente, las clases de inglés en Estados Unidos de papá habían sido de gran utilidad.

Onur no aparecía.

—Ha sido un placer, dele recuerdos a su jefe y dígale que venga a visitarnos. —Le abrió la puerta, indicándole que pasara primero, y la acompañó hasta la salida.

—El placer ha sido mío. —Inusual la sinceridad que emanaba directamente del corazón de Princesita. ¿Verdaderamente se sentía tan fascinada por Turquía y los turcos?—. Gracias por ser tan atentos fuera del horario laboral. Lo he pasado realmente bien.

Onur seguía sin aparecer.

—Onur se ha encargado de todo, en nombre de la empresa, por supuesto. —Ahora se daba cuenta de lo acertada que había sido la decisión de Onur. Esta chica era demasiado seria para ser tan joven, pero, por sus palabras, Onur había conseguido que se fuera maravillada, por lo que llegaría encantada ante su jefe. Quizás incluso

les defendiera frente a los otros candidatos para continuar con la segunda parte del proyecto. En plena crisis económica, no podían perder al cliente, se encontraban al límite, en especial, desde el cambio del alcalde en la ciudad, quien iba en contra de las circunstancias que habían favorecido en el pasado a empresas de construcción como la suya.

El jefe le abrió cada una de las puertas hasta asegurarse de que subía al taxi que la llevaría de vuelta al hotel.

Onur no apareció.

Miró el edificio de la empresa por última vez. Reprimió un brote insensato de lágrimas que subía desde el corazón para deslizarse a través de la mirada triste y decepcionada.

El taxi deshacía el camino, más relajada, más descansada y deseada, más triste y decepcionada.

Onur no aparecería jamás.

Al menos había disfrutado, había conocido Estambul y había podido desconectar. Podía ir a pasear por Taksim, tomarse una copa de vino, cenar algo ligero… Pero le daba pereza ir sola. Se había acostumbrado a la compañía, a sentirse como una sultana, a la emoción de hacer algo diferente alejada de la rutina de Madrid; a la aventura de descubrir, el riesgo de salirse de lo conocido y lo cotidiano.

Finiquitado el proyecto, finiquitado también todo aquello, sin un mísero adiós, sin una última vez. Estaba enfadada con Onur.

Se sumergió en el agua caliente de la bañera. Se quedaría allí, sola, en una habitación triste de Estambul.

Alguien llamó a la puerta. Había dejado bien claro que no quería que la molestaran: la cena (una simple ensalada) debía llegar en una hora y media. Afinó el oído y comprobó que llamaban insistentemente. La cena había llegado.

Salió de la bañera enfadada, se puso el albornoz por encima; el agua salpicaba el suelo y el vaho escapaba hacia la habitación. Los toques en la puerta continuaban.

—Ya va, ya va. —El tono empleado en inglés no lograba rebajar su enfado. Princesita convertida en devoradora de trabajadores que cometen un error.

¿Acaso no escuchaban a las mujeres en Turquía? ¿Qué leches pasaba en este país?

—Imagino que en Turquía es costumbre molestar a las chicas de buena familia cuando se dan un baño relajante —dijo, tratando de disimular su sorpresa como pudo, con su don de complicar lo que es

simple (en lugar de un «¿por qué no has venido a la oficina?, ¿crees que puedes aparecer cuando te dé la gana?, no te he visto hoy»).

Él se rio y bajó la mirada, alzándola de nuevo con firmeza hasta toparse con los ojos de ella.

—No iba a permitir que te quedaras sola en tu última noche en Estambul. —Su acento turco a la hora de hablar inglés se movía entre lo gracioso y lo seductor.

—Las mujeres en España sabemos estar solas —resolvió ella. Únicamente le faltó soltar un «para chulo, mi pirulo».

—No lo dudo. Pero estar sola es aburrido, y más en una ciudad como Estambul. Hay tanto por hacer… ¿Quieres venir conmigo o prefieres, como buena española, disfrutar de tu soledad? –Él tampoco se quedaba atrás, un doble «para chulo chulo, yo tengo el pirulo».

No quería quedarse sola en esa habitación tan aburrida. Deseaba ir fuera y disfrutar en compañía de él. No había aparecido en todo el día, el muy cabrón, pero al fin y al cabo había venido hasta su puerta. No podía dejarlo allí, tirado. Se aprovecharía de él y se lo pasaría de maravilla, como había hecho con todos, desde siempre, él no era ninguna excepción. Se tragó literalmente el orgullo.

—Necesito una hora para arreglarme.

—¿Una hora? En eso las españolas sois como las turcas… Nos perderemos el atardecer.

—Espérame abajo. En media hora estoy.

Recorrieron las callejuelas tan animadas de Taksim, entre ese tumulto de gente pululando para todos los lados. Los restaurantes estaban ya abiertos, los bares se veían desde fuera decorados en su interior con mucho gusto y algunos de los locales de comida colocaban mesitas y sillitas en la acera; era bonito ver a ancianos y a jóvenes tomar el tradicional té turco, ya fuera a solas, como si vieran la vida pasar, o en compañía, con ese entusiasmo de querer compartirla.

Él la guiaba y la protegía de vehículos que transitaban a toda velocidad, en concreto, de taxistas imprudentes que accedían a las calles excesivamente impulsados hacia sus destinos. No alerta, pero sí atento.

Caminaban y charlaban sobre el tema que, sin querer, habían instaurado entre ambos: una «guerra» entre España y Turquía sin conclusión de cuál de los dos países era el mejor del mundo.

Él le compró los dulces turcos típicos que con tanto esmero colocaban en los escaparates de la avenida Istiklal, en dirección a una terraza *green* desde donde observar el Bósforo y beber una cerveza, o

una copa de vino bien fría, tal y como él había aprendido que le gustaba a ella.

Al subir a la terraza, ella se sintió libre y fascinada. Prepararse a toda prisa había merecido la pena: el sol rojizo bajaba con la misma lentitud que caracterizaba a la sociedad turca, en el horizonte que el Bósforo conformaba, mientras las mezquitas y el Palacio de Topkapi se erigían impecables.

—Me recuerda al atardecer en Madrid. —Miraba al sol, sostenía la copa de vino bien fría—. ¿Tienes por casualidad un cigarrillo? Me muero por dar dos caladas.

Onur levantó automáticamente la mano. Debió de darle instrucciones al camarero, porque inmediatamente ella degustaba ese humo tan exquisitamente horripilante, viendo uno de los atardeceres más bellos de su vida, en una ciudad tan fascinante como Estambul, al lado de Onur, toda una sorpresa: la había acompañado a lo largo de estos tres días, no la había dejado sola ni un momento (a excepción del último día de trabajo que no había aparecido en la oficina, eso no lo olvidaba).

Onur la había tratado como una auténtica sultana.

Aquello acababa, pensó, apagando el cigarrillo. Seguidamente el camarero vino para retirarle el cenicero con la única colilla que había depositado. Aquel detalle la distrajo del nudo que intentaba deshacer en la garganta. La confusión de no saber. Demasiada información, excesivo descubrimiento. El miedo a alejarse. El miedo a quedarse.

Aquello se acababa, para siempre. Y lo peor de todo era que tenía la extraña sensación de que estaba donde debía de estar. Le faltaba tiempo con él.

Madrid, vuelta a la rutina. A una casa ajena y vacía, llena de aburrimiento y de inercia. Al murmullo constante de mamá. A la Visa Oro de papá. A los encuentros de sus amigas en busca de las últimas tendencias; cómo mantener el tipo, cómo satisfacerlos a ellos para extraer, de ellos, exactamente lo que querían: atención, cuidado, amor…, en formato de Visa Oro. No había hablado con Guille sobre la Visa Oro. Sintió rechazo de pensar el momento: «Toma, cariño. Tu Visa Oro». Su nombre inscrito en la tarjeta. La satisfacción de papá al ver que le devolvía la Visa Oro que le había regalado cuando se hizo mayor de edad.

Por si aquella terraza *green* con música *chill-out* y vistas espectaculares a una ciudad que parecía tan vieja como moderna no hubiese sido suficiente para llenarla de fascinación, el último día en Estambul parecía subir como la espuma, en una cena exclusiva en un barco privado que surcaría el Bósforo.

Las luces que iluminaban ambos extremos del mar se veían desde la pequeña ventanilla circular del restaurante en el barco.

—¿Vendrás a Madrid?

—Es complicado. El visado, el trabajo… Nosotros no podemos viajar con tanta facilidad como los españoles.

No se había percatado de ese pequeño detalle. Quizás tuviera finalmente razón y España sí era el mejor país del mundo. No solo ser la hija de quien era le había facilitado mucho la vida, sino que además su nacionalidad le permitía moverse por el mundo prácticamente sin trabas. Onur se definía como europeo, pero si fuera de la Unión Europea viajaría a España con solo pestañear. O puede que le mintiese y toda esa patraña de dificultades para viajar fuera una excusa.

Risas, charlas, baile al son de la música tranquila en la sala del barquito. La noche llegaba a su fin con excesiva antelación. Al disiparse, se presentó el momento de la despedida.

Una auténtica pena que Onur no pudiera surcar Europa a su lado esa misma noche.

La mañana se echaba encima y debía tomar el vuelo de vuelta a Madrid.

—Ha sido un auténtico placer. —Reprimió el nudo espontáneo en la garganta, soportando la estampida de humedad en los ojos. «Por Dios, qué me ocurre con este hombre, qué me pasa en Estambul». Nunca había querido llorar de ese modo por Guille—. Muchas gracias por todo, Onur. Me lo he pasado genial… Estambul es una ciudad maravillosa.

Lo miró fijamente. Ambos se despedían en el barullo de un aeropuerto enorme, tan enorme como que era el más grande del mundo, rodeados por esa voz femenina que, en diferentes idiomas, anunciaba el despegue de aviones hacia todas las direcciones del mundo; el cansancio en los ojos de no haber dormido; en concreto, el cansancio de los ojos tristes por una despedida inminente y para siempre y, al mismo tiempo, la alegría de haber disfrutado al menos durante unos días, como hacía mucho que no lo hacía. Todo ello en ese instante de emociones tan variadas que explotaban en lágrimas que pretendían descontrolarse, en esa frialdad tan característica de lugares como los aeropuertos, que se sumaba a la propia frialdad impuesta, («contrólate, te has vuelto loca, qué te pasa»): alargar el momento para no acercarse al control de pasaportes. Onur se quedaba en Turquía, ella accedía nuevamente a la Unión Europea. Onur no podía cruzar porque no tenía visado, ella mostraba simplemente su pasaporte. La espera para no llorar, no podía llorar delante de él, la miraba con esa firmeza tan tierna, tan sensiblemente masculina, tan sutil, tan de él. La espera hacia un destino en duda. De ser su destino,

un auténtico problema («vaya mierda de destino»); de no serlo, un problema quizás mayor, la incertidumbre total de no tener destino.

—No tienes que darme las gracias. Lo he hecho encantado. Espero que Estambul te haya gustado. Vuelve cuando quieras, siempre serás bienvenida.

«Qué amable… ¿No vas a besarla o, al menos, pedirle que se quede unos días? ¿Y tú eres un hombre?».

—Tengo que irme, si no perderé el vuelo.

Se dieron la mano; ella con los ojos vidriosos, él con la voz que no le salía.

«Vamos, coño, Principito. Muévete, haz algo. Un beso, una caricia, un no te vayas… ¡Cobarde!».

Al fondo, como en desenfoque, continuaba el barullo del aeropuerto, las despedidas ajenas, las escenas de personas que dormían o intentaba dormir con escasa dignidad en las esquinas, en los bancos metálicos tan incómodos, en el suelo frío, mientras esa bendita voz femenina no callaba: una y otra vez relataba, sin parar, todos y cada uno de los números y puertas de embarque de aviones hacia todos los lados.

Onur se quedaba en Turquía. Ella volvía a la Unión Europea.

Onur hizo un gesto con la cabeza expresándole que se marchaba definitivamente. Le dio la espalda y se distanció a paso ligero. Ella reaccionó bajando la cabeza, ya no aguantaba más: lloró. Se dirigió desganada hacia la hilera de personas que esperaban para el control de pasaportes.

Antes de que ocupara el último lugar de la hilera, sintió que la agarraban del brazo. Las lágrimas surcaban ya a su antojo, no se podían controlar. Se dio la vuelta y la besó con esmero, ella respondió instintivamente con un beso largo, tocándole la cara con la mano.

«Ha debido de costarte besarla en público, Principito. Lo de esperar al último momento, eso ha sido muy turco, al límite, has aguantado durante mucho tiempo.

»Te felicito por ello, Principito revolucionario.

»Ahora sí te has portado como un auténtico caballero.

»Muchas gracias, caballero revolucionario: acabas de enviarla directamente al infierno».

PARTE II

Me encanta la sensación de ser anónimo
en una ciudad en la que nunca había estado.

-Bill Bryson-

5
Madrid, un destino en duda

El avión aterrizó puntual en Madrid. El viaje en primera clase resultó muy confortable, pero se sintió cansada: había dormido solo un par de horas. Aterrizó contenta y confusa por esos tres días tan extraños en la bella Estambul. La ciudad la había cautivado. Y Onur… No había tenido tiempo de decidir cómo la hacía sentir. De momento, tenía claro que Guille no debía enterarse bajo ninguna circunstancia.

La mentirosa de las mentirosas en ocasiones se atrevía a decirse la verdad: no era la primera vez que tenía un descuido, y en esta ocasión había sido bastante *light*. Un beso en los labios en ese frío aeropuerto, un simple beso que, sin embargo, había adquirido un significado… No sabía qué significaba, pero estaba claro que ese simple beso en los labios había cobrado un sentido especial para ella, al contrario de otros descuidos que habían ido mucho más allá, al estilo de como se acaba en España. Hasta el momento había tenido la conciencia muy tranquila con los demás deslices, pero con Onur había sido todo tan repentino, espontáneo y único… Cada detalle, cada momento juntos, esa manera de ser de él, en esa ciudad tan mística… Estaba confundida.

Recobró el sentido común: un par de lágrimas y un beso largo en un contexto de fascinación turca no significaban nada. Se recolocó en su postura de niña pija, se arregló el pelo como pudo, se pintó los labios con ayuda de su espejito para parecer más persona que lo que había sido en las últimas horas y encendió el móvil. El aparato tardó unos segundos en entender que ya no estaba en Turquía; había vuelto a España. Patria querida.

«España es el mejor país del mundo». Sonrió, recordando las discusiones con Onur.

> *Hola, cariño. Ha surgido un problema con un cliente y no podré ir a recogerte. He mandado a Alejandro para que te lleve a casa. Nos vemos allí.*

Por supuesto que le había surgido un problema. Ese era el problema de Guille: continuamente le surgían problemas.

Continuó con las notificaciones: una llamada de mamá (la dejó para después de recoger las maletas); WhatsApp de sus amigas; una solicitud de amistad en Facebook… ¡Guauuu! ¡En Instagram la seguía también! ¡¡Era Onur!!

Salió del avión con la cabeza bien alta.

Los días y las semanas en Madrid no borraban el recuerdo de Estambul. Se sentía cambiada: más viva y más guapa que nunca, sonreía como si echara chispas, y sin embargo, algo en el pecho la oprimía. Necesitaba compartirlo con alguien, recibir un consejo, quitarse la duda de qué debía hacer.

¿Irse a Estambul con él? Se estaba volviendo loca. Mamá y papá la matarían, con un turco, por el amor de Dios. Se convertiría automáticamente en la oveja negra de la familia. En realidad, se convertiría en la segunda oveja negra de la familia, ya que tía Ana había ganado la medalla.

A papá y a mamá no les había parecido correcto que se fuera a vivir con Guille sin que estuvieran casados. Papá incluso amenazó, como nunca antes lo había hecho, con retirarle la Visa Oro, pero mamá, muy en su línea de mujer callada, coqueta, respetuosa y amable, lo había convencido, en la intimidad por supuesto y de manera muy pero que muy paciente, para que accediera a que Princesita hiciera lo que hasta ese mismo momento había hecho: exactamente lo que le daba la real gana.

Por su parte, Princesita prometió casarse con Guille lo antes posible y evitar así las malas habladurías de las familias más influyentes de Madrid. No quería avergonzar a papá. En realidad, temía con todo su corazón hacer algo que, de alguna manera, pudiera infectar la buena reputación que papá se había labrado (y heredado) no solo en Madrid, sino en toda España.

Princesita conocía bien a su familia, plantear una fuga a Estambul sería la ruina para uno de los pilares de esa buena reputación que procedía de generaciones atrás (abuelos y bisabuelos) y que se fundamentaba nada más y nada menos que en el honor. El honor no solo era la divisa del abuelo, y de papá, y de mamá, sino irremediablemente también la de ella.

Por eso, plantear ese remolino que giraba y giraba en su interior, como si diera vueltas sin detenerse ni un segundo, le producía un terror inimaginable. Cómo reaccionarían papá y mamá a un sentimiento que cada día se volvía más real: no estaba enamorada de Guille, lo quería con todo su corazón, eso era real; quizás, incluso, si se lo propusiera podía llegar a amarlo, pero no le quería en el sentido…, no despertaba en ella alegría, ni pasión, ni positivismo, ni ilusión hacia la vida, sino… más bien lo contrario, a su lado se sentía continuamente, y sin razón, enfadada.

Tenía la sensación de que su lugar no estaba a su lado, de que habían sido papá y mamá, quizás el abuelo también —no estaba muy segura de lo del abuelo, era una persona reservada— los que habían

propiciado que acabara con Guille. Cada día estaba más segura de que habían dispuesto que Guille y ella estuvieran juntos y así fortalecer los negocios de ambas familias. En ese remolino de dudas, incertidumbre, rabia y enfado, lo que más le extrañaba era plantearse una cuestión en la que nunca antes había caído: ¿no tenían acaso suficientes Visas Oro?, ¿por qué tenía esa sensación tan desagradable de que estaba obligada a estar con Guille?, ¿era real o se había convertido en una paranoica sin remedio?

Si al menos pudiera hablarlo con alguien en quien confiara. Mamá empezaría con su típico discurso: «Esos musulmanes nos quieren invadir. No respetan a sus mujeres. Te tapará de la cabeza a los pies, te encerrará en casa, tendrás que dejar tu trabajo, serás una tonta a sus pies».

¿Era una tonta o una ilusa?…

Sus amigas la mirarían extrañadas y estallarían en risas nerviosas: «¿Te has vuelto loca? ¿Dejar a Guille? Llevas toda la vida con él. ¿Te mudas a Estambul con un musulmán? ¿Vas a dejar tu trabajo? ¿Y la Visa Oro? Tíratelo y punto. Puedes tener tus amiguitos por el mundo, no pasa nada…».

¿Debía conformarse con la vida que le esperaba?

Preguntas que se hacía en ese remolino interno imparable, mientras externamente fingía que todo transcurría con normalidad: trabajo, casa, amigas, mamá y papá, clases de yoga, compras por aquí, terrazas por allá…

Sin duda, lo mejor del día era cuando Onur la sorprendía, una vez más, con un mensaje de buenos días. Había transcurrido pocas semanas desde aquella solicitud de amistad de Facebook. De Facebook habían pasado al WhatsApp. Cada mañana se daban los buenos días y cada noche se contaban cómo habían sido sus respectivos días, él en Estambul, ella en Madrid. Al terminar de darse las buenas noches, ella rememoraba en la cama (al lado de Guille), esos días tan extrañamente especiales que habían culminado en un simple beso en los labios en un aeropuerto.

Onur le preguntaba si volvería de visita a Estambul. Sin poder dormir, en la oscuridad de la habitación, ella se preguntaba si se atrevería a volver. ¿Para qué volver? ¿Qué les diría a todos?

Se decidió. Mentiría. Para algo era la mentirosa de las mentirosas. En la oficina pidió dos días libres para alargarlos con el fin de semana y disfrutar de una especie de puente en Estambul. Papá y el jefe eran buenos amigos, pero no tenían la costumbre de reunirse. Habría sido muy mala suerte que hubieran coincido y, por casualidad, el gran jefe

le comentara que la niña preciosa se había tomado unos días libres.

Princesita no parecía enterarse de que no era tan importante como para que el gran jefe se molestara en asuntos tan menores como dos días libres de más de una arquitecta prácticamente novata, cuyas cualidades ni conocía ni le importaban. La admitió en plantilla para saldar un favor que papá —abogado temido en Madrid— le había prestado, cuando le salvó de conocer en persona cómo era por dentro la arquitectura de una cárcel. Lo que Princesita hiciera o dejara de hacer le traía sin cuidado.

Les diría a todos (papá, mamá, Guille y amigas) que tenía que viajar por trabajo a París, y que aprovecharía para quedarse durante el fin de semana con su amiga de la infancia Mathilde. Cuando eran niñas solían coincidir en los campamentos de verano en Estados Unidos. Y, después de tanto tiempo, seguían siendo grandes amigas.

Onur parecía tenerlo complicado para pedir un visado; ella aprovecharía la oportunidad para conservar Madrid como su territorio. ¿Cómo iba a quedar con Onur en Madrid? ¡Cualquiera podría verla! Lo mejor sería que ella se desplazara a Estambul, así se aireaba de Madrid y del ambiente vacío en una casa ajena con un Guille ausente, mientras mamá la llamaba una y otra vez para averiguar cómo iban los preparativos de una boda supuestamente en marcha. En eso también mentía bien y decía que todo iba sobre ruedas, cuando ni siquiera había empezado con los detalles.

El trabajo en la oficina continuaba normal, sin grandes altibajos ni bonitas emociones, y los momentos a solas con las amigas continuaban siendo tan rutinarios como siempre, aunque últimamente se añadía el matiz de que casi todas tenían pareja y casi nunca tiempo para las demás.

La vida protocolaria, socialmente entumecida, se abría camino ante ella. ¿Serían los inminentes treinta? ¿Iría a peor con el tiempo? No es que le horrorizara, sino que más bien la dejaba neutra, vacía de pasión, cuando pensaba que, una vez casados, un fin de semana apenas se distinguiría del siguiente, a excepción de escapadas fugaces a lugares ajenos con amiguitos esporádicos.

Así que mintió con la misma naturalidad con la que lo había hecho toda su vida y le pidió a Mathilde que comprara con su tarjeta de crédito el pasaje Madrid-Estambul. La mentirosa de las mentirosas sabía muy bien cómo no dejar rastro del cargo en su cuenta. Papá a veces le daba la orden a su secretaria (nunca a mamá) de vigilar en qué gastaba su dinero. Nunca le gustó que Princesita anduviera por el mundo lejos de su protección.

Tenía que admitir que la mentira añadía emoción a esos últimos días cotidianos en Madrid antes de partir nuevamente a Estambul. Nadie sospechó de que tuviera que viajar a París por trabajo. Más bien

la animaron a que se acercara a las tiendas para adelantarles las impresiones de las últimas tendencias. Ella sonreía: a la vuelta la mentira sería doble. No se preocupó, improvisaría llegado el momento.

Primero, se divertiría en Estambul. Segundo, comprobaría (necesitaba hacerlo) si la fantasía que se había montado era real o no.

Ilusionada, mirándose en cada cristalera que encontraba a su paso en el aeropuerto de Barajas, se subió a su vuelo y se sentó en su asiento de primera clase.

Ellos eran en realidad quienes le habían mentido a ella. Ellos eran los mentirosos de los mentirosos. Y Princesita no lo sabía.

6
¿Fantasía o realidad?

Desde la ventanilla del avión observó de nuevo las nubes, la amplitud del mar que abrazaba trozos de tierra donde había muchísimos edificios, mezquitas e hileras de coches diminutos que discurrían como hormigas en uno y otro sentido. Ya en el vuelo vio a mujeres con velo, otra vestimenta, oyó hablar en turco (no entendía absolutamente nada)… Aunque ya no le parecía tan extraño, incluso le resultó familiar esa atmósfera que comenzaba a sentir desde antes de aterrizar en el nuevo aeropuerto de Estambul.

Encendió el móvil. El aparato necesitó algunos minutos para entender que había abandonado la Unión Europea. Evitó activar los datos y así una futura factura que le llegara a papá y se enterara de que había estado en Turquía y no en París.

Se encontraría con Onur a la salida del aeropuerto, tras pasar el control de pasaportes y recoger la maleta. A pesar de sentirse cómoda en ese ambiente familiar ya, en el vuelo Madrid-Estambul comenzó a tener dudas; en realidad, antes de tomar el vuelo hacia Estambul ya tenía dudas, y miedo.

Quizás Onur fuera como Guille y en el último momento se echara atrás: no podía ir a recogerla. Entonces estaría sola en Estambul. Una mujer occidental sola en una ciudad tan grande, con tantos musulmanes… Para más inri, nadie a excepción de Mathilde sabía que estaba allí. ¿Y si la secuestraban? ¿Y si esa pobre gente sabía del dinero de papá y la secuestraban para chantajearlos? Peor aún, ¿y si él lo tenía todo organizado para secuestrarla? Peor peor aún: ¿y si él había sido el mejor actor y le había mentido tan bien que incluso ella, la mentirosa de las mentirosas, había caído en la trampa?

O si, simplemente, no aparecía y la dejaba sola…

En Estambul ella no era nadie.

Decidió enfrentar la duda con toda la dignidad y serenidad posible. Se despidió de la azafata turca (tan amable y dulce), se dirigió al control de pasaportes, recogió su equipaje y, con el corazón dándole tumbos, enderezó el paso firme hacia la salida, como le había enseñado mamá cuando era pequeña.

Al atravesar la puerta se fijó en las personas expectantes.

Agarró con más fuerza su equipaje.

Miró a la derecha: no estaba.

Se quedaría sola en Estambul.

Miró a la izquierda: tampoco estaba.

Una mujer occidental sola en Estambul.

Refunfuñó, el corazón a punto de estallar, las manos le sudaban a mares. Quién le mandaría aventurarse sola en Estambul. «Por favor, Dios, protégeme, jamás volveré a mentir».

Torció hacia la izquierda, rastreó nuevamente entre los asistentes.

Lo vio apoyado en una columna, con un ramo de flores entre sus manos delicadas, la firmeza en la mirada y la bendita sonrisa que no soltaba. Era su boca tan sensual lo que más le gustaba de él. Era tremendamente atractivo.

Se ruborizó al mirarlo. Se acercaron, y cuando iban a coincidir, Onur hizo como si no fuera ella a quien esperaba. La indiferencia en clave de humor le chocó tanto que apenas pudo reaccionar. Se volvió al instante, le dio el ramo, la cogió entre sus brazos, la alzó y seguidamente la besó en la mejilla con gran entusiasmo. Se le veía muy emocionado.

—Estás preciosa. —Lo escuchaba en persona, después de la distancia sufrida, en ese acento tan particular cuando hablaba inglés.

El tiempo que permanecieron separados le sirvió a Onur para bajarse de las nubes y comprender que, entre otras cuestiones que había tenido tiempo de pensar y de entender, aquel impulso de un beso en la boca en pleno aeropuerto había sido eso, un impulso irreprimible que no podía volver a repetirse. La hombría relegada a una tradición ancestral en Turquía: fuera de casa, jamás besarás en los labios a tu novia.

Tenían por delante cinco días para estar juntos, conocerse y descubrirse en la magia de la ciudad. Imaginó que sería extraño reunirse con él, pero, cuando lo vio, comprobó que con él se sentía en casa, como si no se hubiera separado ni un segundo y lo conociera de toda la vida.

Ese sentimiento extraño de comodidad con él ¿era debido a que habían hablado a diario por WhatsApp? Menos mal que a Guille no le daba por mirar el móvil. Extrañamente, la mentirosa de las mentirosas le había dicho la verdad, a medias claro; había admitido que tenía novio, pero no se había atrevido a decirle que estaba comprometida con Guille. Lo que tampoco le había dicho es que dudaba del compromiso. En este tiempo en el que permanecieron separados, ¿Onur tenía novia y no se lo había dicho? ¿Onur se había acostado con otras chicas?

—Te he echado de menos. —La miró con sus ojos marrones, su tono tierno en esa voz masculina.

Ella no se dio cuenta, pero él comprobó otra vez por los retrovisores: no había nadie en el aparcamiento.

No sabía con certeza lo que estaba haciendo y tampoco sabía a dónde le llevaría esa pequeña escapada hacia él, pero sí sabía que necesitaba indagar. Había venido a comprobar si esa obsesión por él era pasajera o había llegado para desequilibrarla del todo.

Tanto equilibro en su vida.

Tanto protocolo.

Sin cruzar ese límite que, a través del silencio y mensajes indirectos, le habían enseñado que no podía traspasarse.

Estaba feliz, muy feliz, de verlo de nuevo en persona, de sentirlo a su lado, de escucharlo de viva voz.

Él levantó su barbilla en un gesto para dignificarla en el silencio en el que había caído, queriéndole decir: «No te preocupes, todo va a salir bien». Se acercó, mirándola firmemente, sin mover un ápice sus ojos de los de ella, en la frialdad exterior de un aparcamiento en el aeropuerto más grande del mundo en una ciudad tan bulliciosa como Estambul. Y dentro del coche, en su calor mutuo, la besó en los labios, en esta ocasión, tranquilo, disfrutando y expresándole que en este tiempo había añorado demasiado besar en los labios a su novia.

Miraba a través de la ventanilla del coche: montones de casas, numerosas mezquitas, personas de todos los estilos. Era divertido observar el caos de Estambul: el trajín del día a día, la energía de una ciudad que se mantenía a pesar del paso del tiempo. Había echado mucho de menos Turquía.

Se preguntaba, no nerviosa, pero sí emocionada, cuáles eran los planes a seguir. Hasta ese momento no habían hablado sobre dónde se hospedarían.

—¿Adónde vamos? —¿Un hotel? ¿Su casa?

—A mi casa. —Deslizó la mano derecha del volante para acariciarle la cara.

Se entendía que los dos se quedarían juntos, ¿verdad? Estas cosas se hacían en Turquía, ¿verdad?

—¿Vives solo?

Inclinó la cabeza en respuesta afirmativa. Y condujo, tranquilo. Subió el volumen de aquella canción que ella bailó tan entusiasmada aquella noche cuando salieron del restaurante pijo. Condujo a través de Estambul hasta llegar al aparcamiento de su barrio en Moda, en la parte asiática de la ciudad, alejado de su familia (en Beyoğlu) .

Sería bueno para los dos alejarse de ese infierno.

—*Hoşgeldiniz*.

Abrió la puerta y la invitó a pasar.

En la entrada de la casa había zapatos. Le prestó unas zapatillas de casa (tenía bastantes pares en el armario). La sala era enorme. Todo estaba ordenado y limpio. En el coche, cuando se besaron, sintió su fragancia. Ese mismo olor se esparcía por la casa.

—¿Quieres beber un café o un té?

—No tendrás por casualidad… ¿vino blanco?

Extrajo del frigorífico una botella de vino blanco *chardonnay*. El vino estaba frío. Tal y como a ella le gustaba. Onur encendió el aparato de música y sonó una canción que mezclaba melodía turca con ritmo electrónico.

—¿Qué tal ha ido todo por Madrid? —Se sirvió un vaso de esa bebida anisada, de pie, apoyado en la encimera de la cocina.

—Bien, bien. Todo bien. —Volvió a dar un sorbo largo—. Todo normal. El trabajo, las amigas, las clases de yoga…

—¿Haces yoga?

—Sí, me encanta.

La mentirosa de las mentirosas no sabía por qué extraña razón él aniquilaba ese papel de buena actriz que había aprendido desde pequeña.

—¿Qué tal todo por la oficina? ¿Qué tal está el gran jefe?

Él se rio y bebió. Ella hizo lo propio.

—Bien, todo normal, como siempre. El trabajo es el trabajo, ya sabes, demasiado, mucho lío en la oficina. —Volvió a dar un sorbo—. Te he echado de menos.

No respondió un «yo también te he echado de menos». Sabía que le gustaba, para ser más exacta, estaba enganchada a él, o puede que fuera a sus conversaciones diarias, o quizás ¿a su atención? Primero, en Facebook. Después, en el WhatsApp. Se había acostumbrado a levantarse a diario con un mensaje de *günaydın* (había aprendido que significaba buenos días) y a que le escribiera en sucesivas ocasiones a lo largo del día, cada día, sin una sola excepción.

¿Dónde se encontraba algo así en España? Le entró la risa solo de pensarlo. Además de no avergonzarse de expresar lo que sentía, sonaba muy sincero. Eso no se veía en un español. Esa elegancia. Ya puedes esperar a que un español te abra la puerta para dejarte pasar. Los detalles. ¿Un español va a recibirte al aeropuerto con un ramo de flores?… ¿Un español va a reprimirse y a aguantarse un simple beso en la boca, aunque el deseo lo consuma?… ¿Un español va a invitarte a su casa, más limpia y ordenada que la tuya, y va a tenerte preparada una botella bien fría de tu vino favorito? ¿Y un español va a decirte, con una sinceridad que espanta, sin pestañear siquiera y con un atractivo que encandilaría hasta a tu madre, mirándote a los ojos, que

te echa de menos?

De todas formas, no tenía la certeza de que esa sensación de bienestar tan plena a su lado se debiera exclusivamente a que él fuese turco. A su lado el día tenía más brillo: se divertía, aprendía, se ilusionaba. Y no sabía muy bien si ocurría porque era turco o, más bien, y creía que ahí estaba el quid de la cuestión, porque él era simplemente Onur, con independencia de su nacionalidad.

Se limitó a beber de la copa de vino y pidió que le sirviera más.

—¿Quieres echarte un rato? El viaje ha debido de cansarte.

—Sí, estoy un poco cansada. —Bebió la segunda copa de un solo sorbo y lo miró atontada—. ¿Vienes?

Se levantó y se dirigió hacia el pasillo, en busca del dormitorio principal, sin preguntarle siquiera si ese era el lugar que le correspondía. ¿Y si tenía novia pero aún no vivía con ella? Desde aquella primera cena en esa galería tan mona en Taksim no habían vuelto a sacar el tema.

Desde la habitación escuchó el tintineo del vaso al colocarlo en la encimera y sus pasos hacia el dormitorio decorado a lo turco: una cama de matrimonio (o de pareja, como se decía en la actualidad) muy grande, con un cabecero que destacaba y unas cortinas que le daban a la habitación un toque de sofisticación, pero sin caer en el exceso.

Ambos se quedaron de pie, uno frente al otro, a los pies de la cama. Él la besó suavemente y la atrajo para sí con sus fuertes brazos. Cayeron sobre la cama, matándose esta vez a besos, desnudándose poco a poco. Por la forma en la que se sentía ella, supo que hoy era el día, después de hacía mucho tiempo, en que llegaría: sintió las cosquillas iniciales de todo el proceso que culminaba en el clímax.

No había duda. Las cosquillas se lo confirmaron: había echado de menos a su hombre, no solo en este tiempo alejados, sino a lo largo de toda su vida.

Salieron a dar un paseo por el barrio. Onur saludó a una abuelita que entraba en el portal. Cogió su mano, se inclinó para besarla y después la acercó a su frente. Ella no entendía nada ni de lo que hacía ni de lo que hablaban. La abuelita vestía muy moderna para su avanzada edad y, por sus rasgos, no parecía turca. La miraba sonriendo. Adivinaba palabras clave como *Ispanya* o Madrid en la conversación que estaban manteniendo.

—Dice que eres muy guapa —dijo Onur, traduciendo las palabras de la abuelita sonriente.

Le dio las gracias en inglés. Cuando salieron al exterior del edificio, Onur le explicó que se encontraban en Moda, en la parte asiática de la ciudad: callejuelas que se intercalaban con calles más grandes donde transitaban coches y personas de todas clases, con comercios y bares muy cucos. Caminaban mientras retomaron su conversación habitual sobre qué país era el mejor del mundo: ¿Turquía?, ¿España?…

—¿Te imaginas que Turquía entrara en la Unión Europea? Ellos no quieren porque saben que seríamos demasiado grandes. Y además el Gobierno que tenemos… Veo muy difícil que Turquía pueda entrar algún día. ¿Te imaginas una Turquía superdesarrollada? Seríamos pura competencia para Francia y Alemania. Aunque en Turquía hay mucho tonto que vota a quien vota y nos lleva cuesta abajo. —Su ánimo se rebajaba a medida que hablaba de la realidad.

—¿A ti te gustaría?

—Por supuesto, así podría ir a verte cuando quisiera, sin necesidad de tramitar visados que solo nos roban tiempo y dinero.

La besó en la mejilla y le pasó suavemente el brazo por encima de su hombro.

—¿Tienes hambre o sigues con esa dieta de no comer nada?

Por primera vez en mucho tiempo se permitiría el lujo de olvidarse del vestido de novia.

El restaurante se situaba en una especie de pequeño palacete ubicado en un diminuto malecón en Moda, de forma que la cena se componía principalmente de una vista maravillosa al mar. Le encantaba observar las puestas de sol tan espectaculares en Estambul: el sol amarillo y redondo se enrojecía con pasión a medida que se descomponía en un cielo despejado, justo en el perfil de un mar azul que reflejaba como un espejo sus colores cambiantes y su forma menguante.

El camarero les condujo inmediatamente hasta una mesa que estaba colocada en una cristalera desde donde se observaba el reflejo del atardecer en la inmensidad del mar.

Ni siquiera Madrid conseguía encandilarla de esa manera.

El camarero les sirvió dos vasos de agua con limón. La carta de menú estaba en turco, por lo que no entendía nada. Tampoco es que le importara en exceso. Degustaba el placer de no encargarse absolutamente de nada. Suficiente hacía ella en Madrid, en su casa, en realidad la casa de Guille, más concretamente la casa del papá y la mamá de Guille.

Bebía de esa agua con limón y lo miraba, después giraba la vista

hacia la inmensidad del mar. El camarero acudió al poco con unos *meze*, entrantes que se dividían en platos pequeños: una especie de salsa alioli adornada con aceite de oliva, queso embadurnado con perejil (¿o quizás menta?), algo granate (¿remolacha?)…

Onur le llenó la copa de raki. Repitió la misma operación: primero vertía el líquido en los dos vasitos alargados, después el agua que lo volvía efervescente y finalmente el hielo que lo enfriaba. Le explicó que el raki era una bebida que era un símbolo nacional para quienes se sentían europeos y rechazaban un estilo de vida a lo árabe. Repitió que en los hombres significaba honor, y en las mujeres, resistencia.

Honor y resistencia le iban de la mano a Princesita. Eso bien lo sabía ella.

Hablaron sobre el trabajo y el proyecto de hotel, pero a él no parecía interesarle el tema.

—Aún no me has hablado de tu familia. —Hasta el momento no habían intimado en ese aspecto—. Cuéntame un poco.

—No hay mucho que decir. Papá es abogado y mamá no trabaja. Vengo de una familia de militares y comerciantes.

—¿Militares? En Turquía tenemos muchísimos soldados. ¿Tienes hermanos?

—No. Soy hija única. —Se había dado cuenta de que él preguntaba mucho pero no contaba nada. Era su turno—. ¿Y tu familia?

—Una familia normal. Mi madre y mi hermana viven en la parte europea de la ciudad, en Beyoğlu. Yo vivo aquí para estar más cerca del trabajo. El tráfico de Estambul es horrible. Dos o tres horas de atasco al día. Estaba cansado de pasar tanto tiempo en el coche para ir y volver del trabajo. Me mudé hace unos meses a Moda.

—¿Y tu padre? —preguntó. Se le había olvidado mencionarlo.

—Murió hace tiempo de un ataque al corazón. —Le dio un sorbo largo a la bebida.

—Vaya, lo siento —contestó sinceramente ella.

—No pasa nada, no te preocupes. —Cayó dos segundos en su propia melancolía—. Dejémonos de seriedades y cuéntame, ¿qué planes tenemos para estos días?

—No había pensado en nada. —El raki parecía surtir efecto porque se sentía más relajada—. Me da igual. Elige tú.

¿Era el efecto que Onur surtía en ella? ¿O, tal vez, el preciso instante de subidón del raki? Había pensado en todo y, en realidad, en nada. El turismo en Estambul le daba exactamente igual. Quería averiguar si esta historia era real o una fantasía. Las cosquillas hacia el clímax le habían indicado que sí, estaba en el buen camino, si por buen camino se entendía hacerle caso al corazón.

—¡Onur, Onur! —Una morenaza guapísima gritaba desde la

entrada del restaurante con ese tono de voz tan cantarín de las turcas, alzando la mano muy efusiva—: *¡Abi, abi!*

La primera reacción de Onur fue de bloqueo. ¿Sería su novia secreta? Lo más probable es que *ella* fuera la novia secreta, temió. Les fulminó con la mirada. Onur se levantó y le dio dos besos. El rostro de bloqueo se había relajado. Hablaban en turco.

—Te presento a mi hermana.

—Bienvenida. —La hermana se acercó a darle un gran abrazo y dos besos, excesivamente cariñosa para un primer encuentro—. Onur nos ha hablado mucho de ti —dijo en un inglés impoluto y, girando un poco el rostro hacia él, añadió—: Es muy guapa.

Quiso responderle que ella también era muy guapa, pero estaba desconcertada. No porque dudara de la belleza de la hermana. No, por Dios. Se había fijado, en la calle y en los sitios que había visitado: tiendas normales, de lujo, hoteles, restaurantes, bares, calles… Si de algo se había dado cuenta era de que, a pesar de las diferencias de clase —solo con mirar a una persona sabía si era rica o pobre—, de religión (según la vestimenta), de ideología (mujeres más conservadoras frente a mujeres más liberales), todas ellas tenían algo en común: se arreglaban muchísimo.

La hermana era guapísima, la melena perfecta con esa caída libre que parecía tan natural (seguramente le había llevado tiempo conseguir ese resultado), las cejas perfectamente marcadas, las pestañas largas, el pintalabios correctísimo y largos los dedos de sus manitas delicadas (lucía un anillo que deslumbraba), decorados con una manicura que debía de ser de ese mismo día. Por no hablar de una figura espectacular y una firmeza en la pose. Quizás solo le faltaba un poco de altura.

Pero, por el tono en el que hablaba, por cómo intentaba acaparar la atención de su hermano, monopolizando una conversación ajena, por el tono de su risa, y por cómo la miraba tras esa máscara de perfección, Princesita intuyó que se encontraba frente a otra mentirosa de las mentirosas.

—Un gusto conocerla —respondió, con rostro de sentirse encantada.

—Sentaos, por favor. Ya le he comentado a Onur: una amiga y yo hemos quedado para cenar. Nos apetecía cambiar de zona, así que hemos venido al barrio de *abi*. —Sonrió medio abrazándolo—. ¿Hasta cuándo se queda? —preguntó mirándole otra vez a él.

—Hasta el domingo. —Onur dio un sorbo largo al raki, sonriendo aún.

No había dudas. Las mujeres como ella invadían espacio, monopolizaban conversaciones, manipulaban a su antojo. Se había criado entre ellas y las identificaba a distancia.

—Tienes que traerla a casa, *abi*. A *anne* le encantará conocerla. *Abi*, tráela el domingo para desayunar. Así estaremos la familia al completo. —Sonrió de nuevo, cogiéndole del brazo.

Guapísima, atractiva, aparentemente perfecta… Pero esa mujer mandaba hacia su terreno.

—Por supuesto, *tatlum* —contestó él sonriendo—. Allí estaremos el domingo por la mañana.

Lo que ella presenció no fue tan diferente de lo que había visto en muchas ocasiones en Guille: ciega obediencia. Se quedó con el detalle, pero continuó con la velada como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal. Era demasiado pronto para decir nada.

En ese instante, identificó en su interior una pizca de enfado por la actitud de ella y la obediencia ciega de él, y al sentirlo tan… sombrío respecto de su preciosa hermanita, sintió entonces la necesidad de defender su territorio: sin quererlo ni pretenderlo, estaba conociendo al hombre de su vida.

Salieron del restaurante, alegres por el raki, entre risas cómplices y con muchas ganas de continuar la noche.

Onur la condujo hasta un bar donde había música en directo. El cantante estaba de pie sobre un pequeño escenario y detrás de él se situaba el resto de los músicos. Los asistentes estaban sentados alrededor de sus respectivas mesas… En Madrid la gente no solía sentarse en los conciertos en directo, sino que se bailaba a lo loco.

Les asignaron una mesa y pidieron una cerveza. Le llamó la atención que Onur no tuviera ninguna prisa por irse a casa, ni siquiera mostraba un atisbo de inquietud porque tuviera que despertarse en seis horas para ir a trabajar. Al día siguiente ella aprovecharía para hacer turismo hasta que él saliera, lo antes posible. No tenía ninguna prisa por marcharse.

Onur tampoco tenía ninguna prisa por irse porque disfrutaba con ella, lejos de las actitudes tiquismiquis que solían mostrar las turcas, exigiendo a diario los buenos días por escrito a primera hora de la mañana, enfadándose si por el motivo que fuera (excesivo trabajo, cansancio, olvido…, la mente en otro mundo) no se les escribía para desearles un buen día. Ella, sin embargo, no le había exigido nada desde que se conocieron. Quizás fuera porque tenía novio. Había husmeado en las fotos que había colgado en redes sociales y se veían muchas posturas de yoga, algo de alimentación sana, viajes, muy poca

arquitectura y alguna imagen contada con un tipo que se llamaba Guille…

¿Al ser española sería diferente? ¿O más bien era como la mayoría de las turcas y al principio se hacía pasar por mujer independiente y comprensiva hasta tenerlo suficientemente agarrado como para mostrarse tal y como era en realidad?

Celosas y obsesionadas con el matrimonio, agotadas en solicitar una atención exclusivamente centralizada en ellas, histéricas si no les prestaba la entrega que exigían. Eso lo había vivido con Merve. *Anne* (madre) y Cansu (hermana) lo habían presionado para que se casara con Merve. Pero no había soportado la idea de casarse con alguien así, dispuesta a abrazar, a pesar de su aparente modernidad, la vida al más puro estilo turco. Los protocolos, el drama, los *shows* y el cotilleo le aburrían en extremo. Y la insistencia de *anne* y Cansu no hicieron más que reventar el hartazgo. La dejó. En realidad, forzó que ella lo dejara a él. Fue consecuencia de sus ausencias constantes, no solo de no escribirle cada mañana, sino ausencia en todos los sentidos, cuando su vida se llenó de raki.

En Turquía no podía decirse muy abiertamente, con algunos amigos sí, pero no se podía decir a la ligera. Cómo iba a admitir un hombre, el cabeza de familia, que se había sentido tan solo y carcomido, con una carga tan pesada… Había días que no lograba encontrar una salida al agujero emocional en el que se encontraba.

Y a Cansu no se le había ocurrido otra idea que aparecer precisamente la primera noche en la que podía disfrutar con su novia, después de un tiempo separados, que se le había hecho eterno. Le gustó la actitud de ella, intentaba disimular que no le había gustado el gesto. Merve no se habría cortado.

Allí estaban, disfrutando de un concierto en Moda. Había venido a verlo a él, a Estambul. Y era preciosa, parecía descarada, y le gustaba jugar.

¿Querría jugar nuevamente en casa? Al llegar lo comprobaría.

7
Los posos de un café turco

Onur le había dejado una rosa en la encimera de la cocina junto a una nota que le indicaba que se había tenido que marchar pronto a la oficina. Intentaría salir del trabajo sobre las cinco de la tarde, aunque le prometió que intentaría escabullirse antes. Tenía todo el día por delante para descubrir Estambul.

Encendió el móvil y al conectarse recibió un WhatsApp de Onur:

Günaydın. Disfruta mucho del día y ten cuidado. Te echaré de menos…

Se duchó y bajó a la cafetería de la esquina para desayunar en una terraza. El sol brillaba y el barullo de la ciudad engullía el entorno. Por fin estaba sola.

En Madrid no había parado, entre el trabajo, las clases de yoga, las amigas, mamá y papá. Sintió una pizca de tristeza por Guille. Cómo iba a mirarlo a los ojos… No estaba bien que estuviera en Estambul. Tampoco estaba bien sentir esas cosquillas que la lanzaban directa al clímax. No estaba bien disfrutar, reírse, explotar junto a Onur, mientras con Guille las cosquillas se apagaban nada más intuir su cercanía. Con Guille se sentía fea, gris, triste.

Lo que hacía excedía de un descuido esporádico, no podía evitarlo; en realidad, lo que le ocurría era que no quería evitarlo, como si una fuerza la impulsara hacia Onur y hacia Estambul. Esa fuerza la llenaba de vida. Había sucedido, además, sin querer. ¿Cómo sería la reacción de mamá y papá cuando se enteraran de que se había enamorado de Onur? Sentía pavor de pensar en la tempestad que iba a desatar. Pavor de las lágrimas de mamá (¿se metería otra vez en la cama sin salir?). Pavor de la mirada lastimosa y en silencio de papá.

La mentirosa de las mentirosas no lo sabía aún: la tempestad que estaba a punto de desatar era tan real como ella misma.

Se dirigió a la estación del ferri en Kadiköy para cruzar a Europa. Iba acostumbrándose a la idea de que en Asia la gente, la decoración, etc., no se supeditaban a la visión asiática que se tiene en el mundo occidental.

Caminaba guiándose por el itinerario que le marcaba el mapa de Estambul que se había descargado en el móvil, mientras miraba las fachadas de los edificios típicos, los grafitis en las paredes, las

tiendecitas de comida, los bares y cafés, los coches, la gente paseando…, entre tanto ruido y olores de toda clase.

Esta zona parecía más urbana que Taksim y no se veían tantos turistas. Se estaba adentrando, sin quererlo también, en la auténtica Estambul: caminaba maravillada por la libertad de descubrir un nuevo mundo. Onur le ofrecía una perspectiva de vida tan interesante… Además de la atención, la alegría, el disfrute, la compañía y las cosquillas deliciosas.

Eso pensaba Princesita mientras caminaba encandilada por ese nuevo mundo, pero, en realidad, lo que Onur le había ofrecido —y ella había aceptado— sobrepasaba todas esas virtudes. Lo que ocurría es que todavía no lo sabía.

Desde el banco exterior del ferri se escuchaba el baile del mar y las gaviotas que revoloteaban sobre el barco. Al frente, a un lado se veía la Torre de Gálata y al otro el Palacio de Topkapi. Aquella visita privada tan exclusiva en el Palacio… y esa velada tan íntima que compartieron en aquel barquito cuando ni siquiera se habían besado.

En esta ocasión, visitaría el Palacio Dolmabahçe y de allí subiría andando hasta la Torre de Gálata. Onur había insistido en llamar a Hasan para que no estuviera sola. «Ten cuidado», debió de repetírselo al menos diez veces.

En contra de la creencia generalizada de que Turquía era un país inseguro (los medios mostraban atentados e intervenciones en guerras que no entendía), paseaba muy cómoda por la ciudad. Se sentía muy segura en Estambul, por eso, le sorprendía la insistencia de Onur de que tuviera cuidado. Princesita aún no conocía el trato protector de los hombres turcos hacia las mujeres turcas y el choque cultural que suponía que una mujer viajara sola.

El ferri desembarcó en Europa y se dejó llevar por las indicaciones del GPS hasta el Palacio Dolmabahçe.

Al pagar la entrada divisó una puerta gigantesca que los visitantes debían atravesar para acceder a un patio interior. Le llamó la atención el estilo, no era nada árabe, sino más bien europeo. La puerta era preciosa y daba la impresión de que escondía un lugar auténticamente antiguo.

En el centro de los jardines había una fuente y al fondo un edificio de estilo europeo. Se acercó a la entrada principal, donde se veía a turistas que accedían al interior del edificio. Antes de llegar a la entrada principal, a la izquierda, se conservaba otra puerta enorme y preciosa de color blanco que daba a la carretera que se situaba a las afueras del museo. A la derecha, sin embargo, una puerta más

menuda, blanca también, con una gran barandilla, daba directamente al mar. Aquello que se veía al otro lado del mar debía de ser Asia.

El Palacio Dolmabahçe sustituyó al Palacio de Topkapi como residencia de los sultanes desde el año 1856 hasta el año 1924. Año en el que, al parecer, se abolió el califato. Le impresionó la mezcla de estilos occidentales barroco, rococó y neoclásico con el otomano.

Se colocó unas bolsas de plástico por fuera de los zapatos para no ensuciar el interior. Siguió el itinerario que se marcaba a través de las salitas y dependencias gubernamentales, subió unas escaleras que desembocaban en una segunda estancia. Continuó el recorrido y vio más salitas y un gran salón donde al parecer continuaban celebrando eventos oficiales. Todos los relojes del Palacio seguían parados desde la hora exacta de la muerte de Atatürk. Onur hablaba en un tono tan serio y admirado de él… No solo los relojes continuaban parados, sino que la cama donde había muerto Atatürk estaba aún plastificada.

Lo que más le impresionaba era que Atatürk había sido un militar y, por lo que Onur le había contado y lo poco que había leído sobre Turquía, intuía que era un país muy militarizado.

En Madrid, le preguntó a papá si había viajado a Turquía (él sentía una gran admiración por los militares, dado que el abuelo había sido una estrella en el ejército). Papá respondió muy tosco que no tenía ningún interés en visitar un país que no respetaba ni a su dios ni a su cultura. Le chocó la reacción, puesto que papá había viajado a muchos países árabes. Sí, de acuerdo, Turquía no era un país árabe, sino de origen otomano. Pero papá había visitado Jordania, Egipto, Túnez… ¿Intuía algo de lo que ocurría con Onur y por eso había reaccionado tan tosco?

Terminó la visita bajando unas escaleras que daban al exterior. El emplazamiento del Palacio era impresionante: el mar se abría ante sus ojos.

Desistió de la idea de visitar el harén. Tenía ganas de sentarse a tomar algo tranquila. Se había cansado de ver tanto monumento.

Onur le había hablado de una zona muy cercana al Palacio Dolmabahçe, Ortaköy, donde podía visitar una mezquita muy famosa que se situaba a escasos metros del mar. La mezquita debía de ser especial, no solo por su antigüedad e historia, sino también por el contraste que generaba la modernidad que deslumbraba la zona con el gran puente que se situaba a sus espaldas uniendo Asia con Europa.

Le daba mucha pereza acercarse hasta Ortaköy. Iría directamente a Taksim y volvería a la terraza *green* que Onur le había enseñado. La terraza se situaba muy cerca de la salida de un metro que estaba más

o menos a la mitad de la avenida Istiklal. Sería relajante tomar algo allí, disfrutar de las vistas de la ciudad, conectarse a la wifi y hablar con Onur.

Al salir del Palacio, cruzó la carretera y esperó a que un taxi la llevara a la plaza Taksim, desde donde podría recomponer el camino hasta la terraza *green*: debía bajar a través de la gran avenida Istiklal e identificar aquella parada del metro que se situaba en una de las callecitas a la izquierda (del nombre no se acordaba). En esa callecita debía continuar recto y en la esquina se situaría el precioso hotel en cuya terraza se situaba la terraza.

Mientras esperaba a un taxi, observó que en la misma pared de la calle se extendía una especie de exposición de fotografías donde el protagonista central debía ser Atatürk. Sí que debía de ser un hombre muy importante: estaba muy presente, en restaurantes, en el hotel donde se hospedó, ahora también en la calle…

Posaba a solas, en grupo o en visitas a lugares y a personas, en imágenes en blanco y negro. En uno de los retratos en los que aparecía a solas, se le veía con un gorro alto ¿estilo ruso? Camisa y corbata. La mirada hacia arriba y un bigotillo. Parecía guapo, al menos era atractivo, quizá, más que atractivo, carismático, como Onur lo había descrito. ¿Estaba casado? Onur hablaba mucho de él, pero no había mencionado ni a su mujer ni a su familia.

En otra fotografía aparecía acompañado de soldados y hombres vestidos de gala. Todos muy elegantes, en especial él, que portaba en sus manos un sombrero de estilo, esta vez, europeo. Ciertamente, tenía un *look* muy europeo.

Onur hablaba maravillas de él: un militar intelectual que había salvado Turquía de convertirse en Irán. Ella no lo decía en alto, nunca hablaba de este tipo de cosas, pero… ¿lo había hecho todo tan bien? Los militares sacrifican humanidad en pos del honor y de la patria.

Eso bien lo sabía Princesita: el honor y la patria siempre van de la mano, por delante de la humanidad y de las mujeres.

Aunque no lo dijese en alto, ella lo sabía bien.

Dejó de entretenerse e hizo un gesto al primer taxi que divisó (en realidad habían pasado unos cuantos).

Princesita no lo sabía aún, pero los militares, el honor y la patria la seguían como si fueran su propia sombra.

La plaza Taksim estaba medio vacía; la mezquita en construcción avanzaba a toda prisa y una hilera de tanques militares se situaba a un extremo. La bandera turca gigantesca ondeaba en su máximo esplendor y al lado de la salida del metro se divisaba otra exposición

de fotografías al aire libre. Recordó la explicación de Hasan sobre el fatídico intento de golpe de Estado de un hombre turco que al parecer trabajaba para la CIA, como si de una película se tratara.

Cuanto más conocía Turquía, más peculiar le parecía el país.

Bajó a través de la avenida Istiklal. Se fijó en que uno de los primeros edificios correspondía a la embajada francesa: ofrecían cursos de francés y películas en versión original. La bella París. Quizás después llamara a Mathilde. Había prometido contarle todo lo que sucediera.

Para ser un día entre semana había muchísima gente: jóvenes que portaban bolsas de compras, turistas que paseaban con su cámara mirando hacia todos los lados, familias árabes que comían un helado (ellas tapadísimas de los pies a la cabeza), mujeres con velo, mujeres sin velo, grupos de chicos jóvenes que caminaban…

No podía asegurar que el aspecto de aquella avenida fuera árabe… Se corrigió otra vez, recordando a Hasan: estilo otomano. «Turquía no es árabe, tiene un origen otomano». Hubiese apostado un ojo de la cara a que la arquitectura otomana se asemejaba a la árabe. Pero aquello parecía Europa, los edificios tenían un aire europeo.

Recordó entonces que, en una de sus peroratas en las que ella solía desconectar —le sucedía muy a menudo cuando alguien se ponía en modo conferencia—, el mismo día en que pisó por primera vez Estambul, Hasan le explicó que en esa avenida vivieron griegos y armenios.

No se veía queso feta por ningún lado, más bien mucho kebab y los dulces típicos turcos que se mostraban en los escaparates de esa manera tan atractiva. Pero allí no había rastro que indicara que en este lugar habían habitado griegos. Respecto de los armenios, tenía que admitir que no tenía ni idea. Ni siquiera sabría situar Armenia en el mapa.

Era muy curioso ver las luces que colgaban de extremo a extremo a lo largo de la avenida. Durante el día estaban apagadas, pero cuando paseó con Onur aquella noche las vio encendidas. En Europa las lucecitas solo se ponían para la navidad.

Además, los cartelitos de las diferentes tiendas que parecían competir entre sí por llamar la atención de los consumidores, y todas las banderas turcas que recordaban que aquella avenida era Turquía.

Al alzar la vista y ver a toda la gente que caminaba, la gama de colores que sus ropas tan variadas conformaban, como si fuera un gran arcoíris en tránsito, los edificios de estilo europeo, la luz del sol que se reflejaba en algunas ventanas, los cartelitos y los escaparates…, sumado al ruido ambiental y la música de cafeterías y tiendas, le daban la sensación de que caminaba sola plácidamente (sin riesgo de por medio) a través de la que, probablemente, fuera una de las calles

más transitadas del mundo.

Embriagada por esa libertad, identificó la callecita que estaba buscando. Agradeció que estuviera menos transitada que la avenida, torció a la izquierda y bajó para contemplar a unos metros la entrada del hotel que escondía aquella maravillosa terraza.

A escasos metros del hotel el cartel de una cafetería llamó su atención. El cartel indicaba, en inglés, que leían el futuro. Se quedó con el dato en la cabeza: tenía tiempo y espíritu de aventura, así que retrocedió unos escasos pasos y entró a que le leyeran el futuro.

Quizás obtuviese alguna pista sobre qué hacer en ese maravilloso infierno de emociones e ideas en el que había caído desde que conoció a Onur.

La cafetería era luminosa y estaba decorada con mucho gusto. Se sorprendió de no haberse encontrado, dado el servicio que anunciaban, con un espacio oscuro: una habitación cerrada, escasamente iluminada con una luz tenue llena de amuletos, y objetos extraños por todos los lados, en cuyo centro se situaría una mesa redonda. Una pitonisa de edad avanzada y pinta muy extraña acudiría a ella, quien esperaría con la palma de la mano abierta, chirriando de nervios, a que la anciana extravagante le leyera su futuro, negro…

Fue un alivio no haber caído en el típico escenario de película. Varias personas ocupaban algunas mesas en el interior de la bonita cafetería, pero no tenían las palmas de las manos abiertas ni había cartas del tarot ni instrumentos parecidos, sino que simplemente bebían café y charlaban en voz bajita.

Ocupó una de las mesas y una camarera con el brazo tatuado se acercó para preguntarle, en turco, qué quería. Reaccionó en inglés, como en inglés estaba escrito el anuncio en el cartel.

—Fuera he visto que leen el futuro. ¿Cómo funciona?

El precio no le interesaba. Quería saber si estaría expuesta, dada su sensibilidad hacia su propio futuro, al resto de personas que bebían café.

—Una de nuestras profesionales acude a su mesa, beben un café y hablan sobre su futuro —le respondió, con total normalidad.

Llevaba sola algunas horas. Además el café la espabilaría. A los pocos minutos apareció una mujer algo bajita (las turcas no eran muy altas), una melena negra espectacular, un cuerpo que parecía retocado (mamá y sus amigas eran expertas en diagnosticar operaciones de cirugía estética), mofletes acentuados, cejas esculpidas a la perfección y *eyeliner* que destacaba sus ojos negros.

Le dio dos besos y le dijo lo guapa que era, en inglés. Se presentó.

Le pareció muy cariñosa: el tono de voz sereno, los gestos muy amables. Entablaron la típica conversación, a excepción de un tema que no tocaron: el trabajo. En Europa era prácticamente la segunda pregunta que se hacía nada más conocer a alguien.

La camarera le preguntó cómo quería el café: ¿con mucho, poco o sin azúcar? Declinó. Tomaba sacarina desde siempre.

Bebió el café. Dos sorbos y ya se sentía el poso. Continuaron con la conversación: el turismo en Estambul, cuánto tiempo se quedaría, por qué había venido a Estambul («por trabajo», mintió).

—Ya puedo leerle el futuro. —La pitonisa señaló la tacita de café.

La miró extrañada. ¿Debía extender la palma de la mano?

Se rio:

—En Turquía leemos el futuro en los posos del café.

—¿En los posos del café?

¿Y si leía algo malo? ¿Y si su futuro era una desgracia? ¿Y si algo terrible la esperaba?

—¿Se ha enfriado?

La pitonisa tocó la tacita. Efectivamente, estaba fría. Colocó el platillo de su tacita y le dio varias vueltas como si lo girara en el aire. Le indicó que hiciera lo mismo.

Allí estaba ella, una española de buena familia, una mujer occidental sola en una cafetería cualquiera de una ciudad tan grande como Estambul, dejándose leer el futuro por una mujer completamente desconocida. No sabía si reír o llorar.

La pitonisa le señaló que lo dejara reposar. Después, se levantó y se colocó a su lado, tocándole el hombro en señal de que todo marchaba bien. No debía preocuparse. Levantó la taza y comenzó a mirarla en silencio. El fondo de la taza de quien ha bebido el café turco representa su corazón o su casa, de forma que si tras beberlo ha quedado poso significa problemas en el corazón o en la casa, y si no ha quedado rastro de él, hay limpieza tanto en uno como en el otro.

Miraba con atención, ladeaba la tacita y volvía a mirar.

—Veo a una mujer mayor con un bastón. —La miró seria, cariñosa pero seria.

¿Una mujer mayor con un bastón? Su abuela había muerto hace ya algunos años y no usaba bastón.

—Esa mujer tiene mucha fuerza. ¿Ves la forma en ese lado?

Asintió. Al beber el café, el poso había dejado una forma que podía interpretarse como un bastón.

—Veo un mueble. Quizás un viaje a algún lugar.

Asintió de nuevo. Había escuchado las cosquillas, no era tonta. Pero más allá de ese pequeño detalle no lo había pensado, vivía día a día, y en lo referente a hacer planes, únicamente pensaba en la cuenta atrás que le quedaba para despedirse de Onur antes de tomar el vuelo

de vuelta a Madrid. ¿Más viajes a Estambul? Dios del amor hermoso… O quizás ¿Onur en Madrid?

—El mueble tiene una forma de… —no lo dijo en alto, pero el dibujo que dejaba el poso podía analizarse como un mueble alargado y estrecho, tal vez, un ataúd, aunque no lo dijo en alto, pues pensó que ella parecía asustada—. La mujer del bastón está muy cerca, como si golpeara el mueble.

¿Una mujer con un bastón golpeando un mueble? Esta pitonisa se inventaba la mitad de las cosas.

—Vas a discutir con una mujer. Veo rivalidad. —Señaló con el dedo la forma de la que supuestamente había concluido aquello.

«Será con mamá». Le diría que la había deshonrado. «El honor es mi divisa». Se ponía a temblar solo de pensar en la frasecita que estaba inscrita en la sepultura del abuelo. Mamá le preguntaría qué habían hecho mal para que su preciada hija dejara a un español de tan buena familia para arrejuntarse con un musulmán medio pobre que no podía garantizar su futuro, ni respetaba a su dios, ni siquiera a las mujeres.

—Veo una superficie de dolor, daño y sufrimiento. Debes sacar esa superficie.

Señaló el fondo: el poso se extendía en toda la superficie inferior de la tacita, como si fuera un minúsculo terreno embarrado que la engullía hacia su interior. Esa capa gruesa marrón oscura lo cubría todo. Un impulso repentino de llorar subía y subía, como si se descongelara parcialmente por dentro.

—Veo la forma de Turquía.

Le señaló, en una de las paredes internas de la tacita, lo que parecía un dibujo de las fronteras del país. ¿Dejar a Guille y mudarse a Turquía? Por Dios… Aunque Estambul le gustaba, quizás demasiada gente y excesivo tráfico, pero era una ciudad muy interesante y debía de haber muchas cosas para hacer. Además no tenía la sensación de que fuera una ciudad insegura (a pesar de las constantes advertencias de Onur de que tuviera cuidado) y la situación de la mujer no parecía tan desastrosa, aunque se vieran a mujeres con velo…, algunas de ellas llevaban ropas más ceñidas que las que ella misma utilizaba. No tenía la sensación de que fueran mujeres aprisionadas a las que se les negaba todo.

La mujer miró con más ahínco. Tomó el platillo que suele ponerse a juego con la tacita del café, volcó el poso sobre él y lo removió con el culo de la tacita.

—Veo otra vez la fuerza de una mujer con un bastón que golpea el mueble en la forma de Turquía. Debes prestar atención a eso. Es la manera de barrer la capa de dolor y sufrimiento.

Bla, bla, bla.

¡Ya le había dicho aquello! ¿Era una estafadora? Por supuesto que sí, la pitonisa turca se aprovechaba de chicas pobrecitas que acudían a que les leyeran el futuro en épocas en las que se sentían muy sensibles.

Decidió cortar la situación de cuajo e irse a la terraza a observar las vistas preciosas de una ciudad que no sabía si sería su próximo hogar.

Y así fue como Princesita se recompuso en su figura de mujer Hitler que para en seco aquello que le huele mal. La mentirosa de las mentirosas salió de aquella cafetería convencida de que había sido una auténtica estupidez la absurda idea que había tenido de que le leyeran el futuro. Además en los posos del café. ¡Vaya estupidez! Menos mal que nadie la había visto.

Después, en la terraza *green*, algo más calmada, la mentirosa de las mentirosas supo que, en el fondo, ella era la que se mentía a sí misma. Pidió otra copa de vino bien fría para olvidarse esta vez, también, de sí misma.

Agradeció el frescor en su rostro y el gusto de la copa de vino bien fría. Las vistas de la terraza eran tan espectaculares que la llenaban de nueva energía y la inducían a un estado más en calma.

Conectó el móvil a Internet:

> *Desaparecida, ¿qué tal por París? Seguro que no pararás por casa. Ten cuidado con Mathilde, sabes que es peligrosa. Un beso.*

Un WhatsApp de Guille. Por primera vez en su vida, se sentía verdaderamente mal. No estaba en París con Mathilde, sino que estaba en Estambul y lo peor era que estaba disfrutando como nunca no solo del destino, sino de un hombre tan guapo y atento… y de las cosquillas deliciosas, por supuesto. Ella quería a Guille, sabía que él también la quería, siempre se había portado bien con ella, jamás le negó nada, la cuidaba, la seguía allá donde fuera. Era cierto que había estado con otros… Bla, bla, bla. Pero cuando apareció Onur, no sabía cómo, la neblina se impuso. Se sentía cubierta por una especie de neblina y, a pesar de la confusión, sentía de corazón que le faltaba tiempo con Onur, todo el tiempo del mundo, todo el tiempo que se tiene a lo largo de una vida, al contrario de lo que le sucedía con Guille: le sobraba tiempo por los cuatro costados.

Observó el Bósforo, que se extendía al frente de su mirada, donde los barcos circulaban. En el lado europeo identificó el Palacio de Topkapi. Aquella visita privada que tanto disfrutó: el Palacio, la huella

de los sultanes, el grandioso Imperio otomano, los azulejos, las diferentes salas, la fuente maravillosa que se alzaba como si del libro de *Las mil y una noches* se tratara…

Onur le escribió en ese preciso momento. Le preguntaba qué tal había ido el día. Intercambiaron mensajes sobre la visita al Palacio Dolmabahçe. Había conseguido llegar a la terraza *green* tan *cool* que le había mostrado la última noche de aquel primer encuentro fugaz. Omitió lo de la pitonisa turca.

Salgo en dos horas. Te echo de menos, askım…

El corazón bombeaba a todo ritmo. No supo qué responder.

Se puso en marcha para volver a la parte asiática. Dos horas en Estambul eran como diez minutos en Madrid. Había muchos taxis y el transporte público (extrañamente) funcionaba muy bien, pero al ser una ciudad tan grande, se necesitaba tiempo para moverse de un lugar a otro. Se apresuró para pegarse una ducha antes de que Onur saliera de trabajar.

Onur le había aconsejado tomar un taxi en la plaza Taksim hasta Kadiköy. El mapa de Estambul decía que la parada de Kadiköy —tenían la costumbre de terminar con sufijo *–köy* los nombres de los diferentes barrios— estaba relativamente cerca. Debía volver a la avenida Istiklal y dirigirse en sentido contrario a la plaza Taksim, es decir, bajar y bajar, hasta alcanzar uno de los extremos del puente de Gálata desde donde tomar un ferri directo hasta Kadiköy.

Ladeó la cabeza cuando pasó frente a la cafetería bonita de la pitonisa turca; no quería acercarse a aquel lugar. Se sumergió, nuevamente, en el alboroto de la avenida Istiklal y en el tumulto de gente tan variada que se extendía por todo el ancho de esta calle, respetando el paso de ese tranvía tan antiguo que transportaba a más personas.

Los músicos animaban la atmósfera y había numerosos grafitis estampados en las paredes de edificios antiguos que albergaban en sus bajos tiendas de ropa, cafeterías, librerías, restaurantes…

No se veían bares. En Madrid dabas una patada y salían mil. En Taksim parecía que estaban más bien escondidos, aunque beber, bebían.

Divisó la entrada de la galería donde Onur la había llevado por primera vez a cenar. Echó un vistazo rápido a su interior y volvió a tener la misma sensación que había tenido en aquella primera ocasión: se trataba de un lugar único.

Cuánto había cambiado su vida desde aquella primera vez que cenó con Onur: le había abierto una nueva puerta. ¿La sublime puerta de Oriente?, bromeó para sí, retomando el paso. Y qué poco le quedaba a su lado: la cuenta atrás para abandonar Estambul avanzaba a toda prisa.

Más adelante encontró tiendas de música donde se vendían instrumentos y una especie de guitarra que le resultó extraña; tiendas de artesanía turca que vendían preciosas cajitas alegres que contenían jabones hechos a mano, adornadas con estos tulipanes que mezclaban el rojo, el azul y el verde, una mezcla exquisita de formas y colores; cuadros de cerámica de colores tan llamativos como el rojo, la mano de Fátima y el ojo turco.

Hubiese comprado un cuadro, pero se dio cuenta de que no tenía una casa donde colgarlo, así que se inclinó por un jaboncito y una libreta. Al salir de la tienda de artesanía se dio cuenta de que se encontraba en una callecita que se inclinaba hacia abajo repleta de tiendas de *souvenirs* y pequeños comercios que vendían zumo de naranja recién exprimido, así como de grafitis por todos los lados, una acera estrecha donde se apretujaban los turistas y un paso central por donde circulaban algunos coches, a una velocidad nada prudente.

Paraba en algunas tiendas, pero se fijó en que casi todas vendían lo mismo: toallas enrolladas para el spa o la playa, más jaboncitos, imanes… No pudo resistirse a entrar en algunas tiendas donde vendían collares y pendientes muy originales.

Al continuar hacia abajo, se encontró con un monumento que había visto muchas veces desde la distancia, ya fuera desde el Palacio de Topkapi o incluso desde Asia: la Torre de Gálata. Se acercó a sus pies y la percibió más imponente de lo que parecía desde lejos. Algunos comensales ocupaban las terrazas de los restaurantes. Dos turistas se reían más allá, a causa de las bromas de un heladero: el heladero les quitaba de las manos, con un palito metálico que manejaba a su antojo y con mucha gracia, el cucurucho que sujetaba el helado que les había servido. Era muy divertido ver lo bien que se lo pasaban.

Había una larga cola para subir a la terraza de la Torre de Gálata. Ya había observado suficientes vistas desde la terraza *green*. Quedaba una hora para que Onur la recogiera fuera de la estación del ferri de Kadiköy.

Se había entretenido demasiado. Bajó a toda prisa y buscó la manera de cruzar al otro lado del puente de Gálata. Entonces escuchó las cosquillas deliciosas: «Tranquila, puedes ducharte con él. No hay prisa». Al escuchar el sabio consejo se relajó, activó la sonrisa y disfrutó del Bósforo, mientras lo cruzaba de Europa a Asia, en aquel ferri rodeado de gaviotas y el sonido del mar, y donde la gente,

extrañamente, bebía otra vez té.

Aquella debía de ser la torrecilla solitaria de la que le habló Onur: la Torre de la Doncella. Al parecer, un sultán encerró allí a su hija, una princesa, para protegerla de la mordedura de una serpiente.

Sí, pasaría a buscarla en la estación de ferri de Kadiköy.

Sí, la llevaría a casa.

¿Se ducharía con él?

Así fue como besó a su turco en la mejilla, en el interior de un coche que la llevaba directamente a una ducha que sería tan relajante como estimulante.

Onur propuso ir a cenar en coche hasta un aparcamiento cercano al parque de Moda, pero ella prefería ir andando. Le encantaba callejear por Estambul. Le pidió que fueran a un restaurante normal, resultaba mucho más divertido que esos sitios lujosos tan tranquilos; si podía ser, a una terraza, para así disfrutar del aire libre.

El centro de Kadiköy estaba hasta los topes. Llegaron a las calles centrales, en cuyas paredes se veía también mucho grafiti. No se veía a mujeres de negro de la cabeza a los pies (Onur le explicó que las mujeres tan tapadas no eran turcas, sino turistas que venían de Arabia Saudí y países similares). Tampoco se veía a tantas mujeres con velo. Al contrario, el lugar rebosaba de gente muy turca de todas las edades que ocupaban bares (aquí sí se veían bares), cafeterías y restaurantes, tiendas de ropa, de muebles de segunda mano… Grafitis en las paredes y tatuajes en los cuerpos. Parecía una zona muy *cool*. Le impresionó la diferencia con Taksim. Esta zona parecía mucho más turca.

Quiso tomar una copa de vino antes de cenar, al estilo de España. A Onur le llamaba la atención esa tradición de beber antes de comer. Se sentaron en una de las terrazas de un pequeño bar justamente en uno de los puntos más concurridos de Kadiköy (nada más salir de la estación del ferri, seguir adelante y girar a la derecha).

—El Palacio Dolmabahçe me ha encantado —admitió—, aunque me gustó más el Palacio de Topkapi. Es muy interesante la vida de los sultanes, las vistas, los azulejos… Allí todo parecía de cuento.

Onur sonrió, recordando lo que le costó que su contacto le permitiera realizar una visita privada tan exclusiva. No era una mezquita ni un museo al uso, sino un palacio imperial.

—Lo que más me ha sorprendido es que pararan los relojes del palacio justamente cuando Atatürk murió.

Onur reaccionó alerta.

—Si hoy viviera Atatürk, si viera hacia dónde vamos… No hay

líder en el mundo igual que él. Fue un hombre tan extraordinario… Salvó a Turquía y nos salvó a todos, eran tiempos muy difíciles. Toda Europa estaba en guerra. Nos querían quitar todo.

Ni siquiera en España había visto a militares (y conocía a muchos) que hablaran con esa firmeza y esa sinceridad. Pero las palabras de Onur no se entendían en una clave agresiva o violenta, sino que emanaban de su corazón; lo decía con total seguridad y, sobre todo, lo decía con la misma ternura que tanto le caracterizaba.

Intercambiaron opiniones sobre política, economía, sociedad… Un pasito más allá de la guerra sobre qué país era el mejor del mundo, en esta ocasión, reconociéndose el uno y el otro a través de sus respectivos países.

Se dirigieron después a un restaurante a degustar un buen kebab. Pidieron una botella de raki y unos *meze*. No era uno de esos *döner*-kebab que se ven en locales cutres de comida rápida en Europa. Se trataba de mostrarle el verdadero kebab en Turquía: exquisito, elaborado a fuego lento, carne de primera calidad (hay que elegir el lugar adecuado), servicio exclusivo e inmediato, en ese el ritual que lo hace único; pan de masa madre fino tostado sobre una brasa con sabor permanente a delicia, a veces acompañado de yogur, un poco de arroz, tomate, pimiento y cebolla braseados y ensalada fresca que se aliña con limón. No había un único kebab en Turquía, sino que los diferentes kebabs correspondían, con sus nombres, a diferentes ciudades del resto de Turquía. Onur pidió Adana kebab y ella Manisa kebab.

Onur le preguntó si quería tomar sopa, pero ella negó.

—Nuestra gastronomía es única, aunque en Europa se vendan esos kebabs que están malísimos… —No le habían gustado esos kebabs tan cutres que se vendían en Barcelona en comercios que se hacían llamar *Istanbul Döner Kebab*. Esos kebabs poco tenían que ver con Estambul. Aunque en Berlín sí probó un kebab que estaba muy bueno, al que extrañamente le habían puesto queso feta, pero claro, en Berlín había muchos turcos. En Turquía utilizaban un queso similar para el desayuno o como acompañante de las charlas a las que invitaba el raki —. Es una falta de respeto hacia Turquía que vendan esos kebabs tan malos…

—No lo había pensado, pero es cierto —contestó ella—. Aunque, si te sirve de consuelo, la gente cree que todos los españoles bailamos flamenco, nos pasamos el día de fiesta, a todas horas bebemos sangría y dormimos la siesta en vez de trabajar.

Onur se rio. Les había hablado a sus amigos de ella y le habían

mirado con cara de sorprendidos, no solo por haberse liberado definitivamente de Merve, sino porque dieron por supuesto que al ser española sabía bailar flamenco.

Las risas y las confidencias continuaron hasta que los platos y la botella de raki quedaron vacíos.

Al entrar en un bar para disfrutar de música en directo, el camarero los ubicó en una mesa alta con dos banquetas en uno de los extremos del local. La gente disfrutaba sentada de canciones típicamente turcas. El público acompañaba al grupo cantando y bailaban sentados, algunas mujeres alzaban los brazos para moverse al son de la música.

La noche a lo turco le resultó divertida, muy diferente a la de España. Si aquel bar estuviera en Madrid, el local estaría abarrotado de borrachos de pie que bailaran, tirándose la copa y cantando como si no hubiera un mañana. Pero esta gente tenía una visión bastante inocente de lo que era salir de fiesta.

Entre risas y bailes alzando los brazos se miraban, se agarraban de la mano y se daban besos en la mejilla, y Onur disfrutaba cantando —resultaba muy sexi— esas letras que para ella eran completamente desconocidas.

Al día siguiente irían de excursión a las Islas Príncipe. Onur le mostró algunas fotos en Internet. Parecía que era un remanso de paz: árboles, mar y mansiones antiguas con un encanto muy especial.

De camino a casa, el móvil de Onur sonó. Reaccionó con un gesto de preocupación al mirar la pantalla. Respondió serio, como si intentara disimular la borrachera. ¿Medio discutía?… Al colgar el teléfono y le dijo que mañana no podría acompañarla. *Anne* se encontraba mal y debía llevarla al hospital, Cansu tenía que trabajar y no podía hacerse cargo.

La mentirosa de las mentirosas comprobó que la noche a la turca ya no resultaba tan inocente.

8
Sola en Estambul

Onur invertiría su día libre en llevar a *anne* al hospital. Se disculpó mil veces por fallarle justamente el día que se había tomado libre y le prometió que la llamaría en cuanto acabara con el asunto de *anne*.

Ella aprovecharía para visitar la mezquita de Eyüp y el café Pierre Loti. Quería descubrir otras zonas en Estambul que no fueran Sultanahmet y Taksim. Le molestó que Onur tuviese que irse, pero lo vio tan apurado que sintió pena por él. Decidió ser lista. Era demasiado pronto para hablar sobre cuestiones familiares.

Escuchó atentamente las explicaciones de Onur de cómo llegar a Pierre Loti: la llevaría hasta Eyüp para que no anduviera sola por esa zona que no le hacía ninguna gracia (no lo dijo explícitamente, pero se le notaba en el tono de voz y en las mil preguntas que le hizo de por qué no iba a Taksim o se quedaba en Kadiköy o en Moda). Gesticulaba de tal manera que parecía rechazar esa parte de la ciudad…, como si se diera un aire de que él era turco, turco europeo, turco musulmán europeo, turco musulmán europeo laicista.

Onur conducía atento pero relajado en dirección a Eyüp, miraba continuamente por ambos retrovisores (el tráfico en esta parte de la ciudad era terrible) y le contaba sobre la mezquita. Los turistas pensaban que la mezquita más importante de Estambul era la Mezquita Azul, pero no era cierto: la mezquita más importante de Estambul era precisamente la mezquita de Eyüp, la primera mezquita que construyeron los otomanos. Además de considerarse, a día de hoy, uno de los templos más sagrados del islam.

Durante el trayecto volvió a preguntarle otras tantas veces si estaba segura de ir sola y le pidió, otras tantas veces, que por favor tuviera cuidado. ¿Era una zona sensible? Al repetirlo tanto se asustó. Onur le aconsejó que una vez bajara de Pierre Loti tomara un taxi a Taksim.

Al llegar a las cercanías, le indicó dónde estaba la entrada de la mezquita. Antes de salir del coche, hizo un amago de darle un beso de despedida; él puso la mejilla y la miró con ternura.

La entrada de la mezquita de Eyüp estaba abarrotada. Pasó a través de un arco y se encontró en un patio interior donde se alzaba un gran árbol. A escasos metros se situaba un edificio, cuyos azulejos

tan coloridos eran preciosos. Se cubrió la cabeza con un pañuelo que sacó del bolso y entró en silencio y con mucha precaución de no hacer ruido en esa pequeña construcción. La atmósfera era de respeto absoluto: fieles rezaban con las manos apuntando hacia el cielo ante una tumba que estaba protegida por rejas. El ambiente religioso le produjo un escalofrío interno. Volvió al patio para entrar en esta ocasión en la mezquita de Eyüp, donde se deleitó con la paz que se respiraba en su interior, los azulejos que tanto llamaban su atención por su color y sus formas y la caligrafía tan extraña que pendía de las paredes. Las mujeres rezaban en una zona separada.

Le producía mucha curiosidad imaginar las vidas de los musulmanes. Ella provenía de una familia herméticamente católica. ¿Cómo sería la vida de esas mujeres y hombres musulmanes?

No había mucho más para ver, así que siguió las indicaciones para tomar el teleférico que la llevaría a lo alto de la colina donde se situaba el café Pierre Loti. Onur le había aconsejado que subiera en teleférico y bajara andando a través del cementerio, cuyas vistas al Cuerno de Oro eran impresionantes.

Desde el interior del teleférico vio el gran puente que unía la zona religiosa con la zona más laicista de la ciudad, los edificios de diferentes alturas a un lado y al otro, incluso se divisaba la capa de polución que cubría Estambul.

Al llegar a Pierre Loti ocupó uno de los asientos de la gran terraza, extrañamente, atestada de turistas. *«Bir tane americano, lütfen»,* pronunció, orgullosa de haber pedido su café americano en turco. Onur le había enseñado bien. Se tomó el café, mientras miraba el paisaje (no tenía Internet en el móvil), y a los turistas que también tomaban café o té, algunos de ellos intentaban captar la esencia de Estambul con unas cámaras muy grandes. Pensaba en todo lo que estaba viviendo durante estos últimos días. La cuenta atrás continuaba avanzando sin dar tregua. Le agobiaba pensar en cómo se consumía el escaso tiempo que tenía para estar con él.

Al mismo tiempo, pensaba en la vuelta. Solo de imaginar la conversación con Guille le entraban ganas de llorar, y la llamada inmediata de mamá le hacía temblar.

Bla, bla, bla.

Se aburrió de observar las vistas y siguió al tumulto de turistas que abandonaba el lugar. Bajó a través del camino empedrado en dirección a la mezquita de Eyüp. El cementerio se alzaba sobre una colina donde las tumbas se ubicaban en diferentes niveles y algunas de las lápidas, irregulares en sus formas y dimensiones, miraban hacia la mezquita, otras hacia el Cuerno de Oro.

Algunas lápidas eran mucho más alargadas que las de los cementerios católicos, otras eran más pequeñas y cuadradas. Las

lápidas alargadas contenían inscripciones, supuso, en árabe; las lápidas cuadradas, sin embargo, mostraban los nombres y las fechas de defunción, supuso también.

Al pasear por allá, pensó en cómo serían las vidas de esas personas, cuyos restos yacían aquí. Qué extraño hubiese sido nacer, criarse y vivir en Estambul, en vez de en Madrid. ¿Sería una de esas chicas con velo y ropa tan ceñida? Más probablemente, intuyó, hubiese nacido en época de sultanes, destinada a pasearse por el palacio y ser lo suficientemente astuta como para ganarse el favor del sultán. ¿Hubiese conocido en aquella vida a Onur? ¿Onur sería sultán? Se rio otra vez. O, tal vez, ¿arquitecto del sultán? Le emocionó la idea.

Tanto la vida como la muerte —y, por consiguiente, los funerales — eran una cuestión universal.

Le alegró haberse decantado por ese lugar, a pesar de que Onur insistiera en que fuera a visitar otro palacio. ¡Ya estaba harta de ver palacios! Y Onur… ¿dónde estaría? Hacía apenas unas horas que se había despedido de él y ya lo echaba de menos.

Miró el móvil, pero no vio una llamada ni un mensaje, tal vez le había escrito un WhatsApp. Le había pedido que no la llamara al móvil ni le escribiera mensajes; no quería que papá se enterara antes de tiempo de su pequeña escapada a Estambul.

En las cercanías de la mezquita de Eyüp vio un cartel en un restaurante-kebab que anunciaba «WI-FI». Se sentó en la terraza. Pidió en esta ocasión un té («*Bir tane çay, lütfen*»), y se conectó a Internet. Empezaba a sentirse medio turca bebiendo tanto café y té.

> *¿Dónde estás, askim? Estamos esperando al médico. Le han hecho unas pruebas. Conéctate en una hora para saber dónde podemos quedar. Te echo de menos…*

Le había escrito hacía diez minutos. Le sorprendía la atención que le prestaba. En Madrid había estado convencida de que Onur se olvidaría, el tiempo engulliría el recuerdo, se quedaría en una historia que despegó súbitamente con aquel beso en el aeropuerto. Pero le escribía todos los días.

No solo atento, sino dulce y tierno, sensible, a su entera disposición, y tan atractivo. Parecía que el amor era muy importante para él, se extrañaba de que un hombre se expresara de una manera tan abierta en cuanto al amor. Pero al mismo tiempo era una persona muy lógica, como si caminara en línea recta, a pesar del impulso de las emociones. Además estaba lleno de confianza en la vida y eso le encantaba: hablaba y vivía con serenidad y confianza. Todo ello le daba un aura misteriosa: por la forma en la que hablaba daba a entender que respetaba la religión, pero por sus palabras dejaba muy claro que no le gustaba ver signo alguno de religión en la calle. Qué

extraña dualidad entre ternura y lógico, entre atención y serenidad, entre laicismo y religiosidad.

Se agotaba el tiempo que les quedaba para estar juntos. La cuenta atrás para despedirse de él avanzaba rápida.

Lo que le impulsaba hacia adelante era, en especial, esa sorpresa diaria de comprobar que él permanecía, a pesar del sinsentido, la distancia, los obstáculos de la familia…, él permanecía, constante. Eso le sorprendía una y otra vez.

¿Era por eso por lo que se había enamorado perdidamente de él?

Aún tenía cincuenta minutos antes de la próxima conexión a Internet. Se dirigió a la callecita donde Onur la había dejado para tomar un taxi.

En la terraza del kebab había mirado brevemente en Internet los lugares imprescindibles de Estambul: Palacio de Topkapi, Santa Sofía, la Mezquita Azul, el Gran Bazar, el Bazar de las Especias, la Torre de Gálata, el Palacio Dolmabahçe, el Museo Arqueológico de Estambul…

Hasan nombró en una ocasión el Gran Bazar. Según leyó se trataba de uno de los lugares más turísticos de Estambul donde adquirir artesanía turca, alfombras, joyas… Uno de los mercados más antiguos del mundo ¡con hasta veintidós puertas distintas para acceder a él! ¿Por qué dijo Hasan que ese lugar no le interesaría? Daría una vuelta por allí para ver si encontraba algo especial. Le encantaban las compras.

El taxi la dejó justamente en una de las entradas del edificio.

Le fascinaron las formas de bóveda pintadas de diferentes colores en los techos tan altos. El suelo, con ese azulejo blanco de hospital, era feo. Cada una de las tiendas, pegada a la siguiente, ocupaba con sus productos cada milímetro de su diminuta parcela. Una tienda vendía camisetas un poco cutres, otra tienda vendía pañuelos, colchas y almohadas, otra esas lámparas tan típicamente turcas que debían de decorar más que alumbrar, en muchas otras se veía joyería fascinante protegida tras un cristal…

En una de las callecitas del Gran Bazar encontró una cafetería al estilo de *Las mil y una Noches*. Le daba un aire muy místico a esta miniciudad, que creaba un laberinto interno de callecitas atestadas de turistas y teterías donde descansar la vista de la luz artificial… y del jaleo de los gritos de vendedores para atraer a compradores que no tenían mucha idea de regatear.

Miró el reloj del móvil y se dio cuenta de que el tiempo había volado. Buscó deprisa una salida. En el exterior, entró en el primer restaurante que encontró con wifi. Tenía varias llamadas perdidas y

WhatsApp de Onur.

¿Dónde estás, askim? ¿Estás bien? Te estoy llamando, pero no respondes…

—Onur, soy yo. Perdona. He entrado en el Gran Bazar y me he despistado. —Onur parecía verdaderamente preocupado—. No, no, no te preocupes, estoy bien, no me ha pasado nada. Tranquilo. He venido al Gran Bazar. Sí, estoy bien, tranquilo. ¿Dónde quedamos? De acuerdo, en la placita del Bazar de las Especias. Si está cerca, iré andando. No hay problema. Sí, yo también te he echado de menos. No, tranquilo, estoy bien. Sí, tranquilo, tendré cuidado.

El Bazar de las Especias estaba a tan solo 700 metros. Siguió las indicaciones del GPS del móvil: la calle *Tarakçi Cafer*, torció a la izquierda en la calle *Hoca Hani*, y más adelante, giró a la derecha en la calle *Yeni Cami*.

¡Había llegado ella solita! Se movía estupendamente y con total libertad por Estambul. Con esa gran victoria, poderosa, libre, capaz, abrazó a su querido y le dio un beso en la mejilla.

Le dio otro beso en la mejilla al darse cuenta del poco tiempo que les quedaba juntos. Lo había echado de menos a lo largo del día, pero al mismo tiempo le había sentado realmente bien pasearse, moverse, arreglárselas sola, como si se hubiese demostrado (una vez más) que tenía la capacidad de valerse por sí misma, sin necesidad de una persona, un hombre para ser más exactos, que la guiara y la acompañara allá donde fuera.

Onur parecía más tranquilo. *Anne* tenía un fuerte dolor de cabeza que no la abandonaba y sentía flacidez en los músculos. El médico le había recetado, simplemente, reposo.

Le propuso entrar en el Bazar de las Especias. El techo era maravillosamente alto y estaba cuidadosamente adornado con diferentes formas y colores. La parte superior de cada pared tenía el dibujo de un arco. Por debajo de cada arco se situaba cada una de las tiendas (todas con una pequeña bandera turca): cerámica turca, al estilo de lo que había visto en el Gran Bazar; té turco, infusiones que se indicaban en inglés (había una muy graciosa que hacía referencia a un elixir sexual), y, quizás lo que más le llamaba la atención, el cúmulo de especias tan variadas que se vendían a granel y que conformaban en su conjunto una explosión de colores y olores que en Europa ni se adivinaban.

Recorrieron uno de los pasillos de este mercado. Era mucho más pequeño que el Gran Bazar. Onur le contaba que se trataba de un

edificio muy antiguo, restaurado recientemente, aunque no tenía mucha idea de su historia. Muchos turistas y muy pocos turcos acudían allí para comprar productos típicos como las especias, los dulces o los frutos secos. Onur nunca venía a esta zona de la ciudad.

En un arrebato de saber más sobre el lugar, Onur miró en Internet: la construcción de este lugar databa del año 1663, y la denominación de Bazar Egipcio se debe a que Estambul era la última parada de la ruta de la seda y sede de distribución de toda Europa.

¡Guauuu! Al escuchar la ruta de la seda saltó de la emoción. Todos esos comerciantes, en una ciudad tan antigua como Estambul, puente entre Asia y Europa… ¿Cómo sería la vida en aquella época?

Nada de lugares lujosos ni de exquisiteces. Optaron por un restaurante en los bajos del puente de Gálata que escondía una hilera de restaurantes donde humeaba el pescado. Salieron con ganas de un *raki-fish*: comer pescado y beber raki.

Pidieron una botella de raki con *meze* y *lebrek*, una lubina fresca a la brasa que traía ensalada y cebolla cruda.

Charlaban sobre Turquía: el contraste entre los diferentes barrios, la gente, la gastronomía… Después saltaban a Europa: la imagen que se tenía de la Unión Europa en Turquía, el sueño de muchos jóvenes de vivir en Europa con mayor libertad, sin tantas ataduras de la religión, sin tener a la familia todo el día encima.

Ella se sorprendió de comprobar otra dicotomía en él: ansias de ser europeo, incluso en ocasiones parecía forzado, pero, al mismo tiempo, musulmán. A ella le encantaba ser española (teniendo en cuenta que es el mejor país del mundo, bromeó para sí); también le gustaba ser europea, aunque Europa no era ningún lugar idílico: había también religión (recordó a su familia y a sus amigas en España), y la familia también estaba encima (las llamadas constantes de mamá, el peso de la mirada de papá, la presencia obsesiva de sus abuelos…); a pesar de que sí creía, y esto no lo podía decir muy en alto delante de los suyos, que se había avanzado en libertad, pero a ella le parecía que tanto en Europa como en España había un poso —recordó a la pitonisa turca— que apestaba, al igual que intuía ocurría en Turquía.

La botella de raki bajaba muy discretamente, entre risas, charlas, bromas, besos espontáneos en la mejilla y dedos que se entremezclaban por encima de la mesa.

El restaurante en el bajo del puente de Gálata estaba a rebosar. Un par de músicos se acercaban mesa a mesa y tocaban una pieza de música tradicional turca a cambio de una propina. Por allí pululaba también una mujer gitana. Sí: Princesita se sorprendió al comprobar

que en Turquía también había gitanos. Vendía rosas solitarias en las mesas en las que veía amor. Onur le compró una rosa y se la regaló a Princesita.

—¿Y qué ocurre entre nosotros? —preguntó aprovechando la escena. Era listo.

—¿A qué te refieres? —Evitó responder. Quizás le arrebatara sinceridad, pero no había llegado a anular su capacidad para complicar cuestiones que son muy simples.

—¿Eres mi novia?

Por poco se atragantó al escucharlo tan nítidamente. Le sobrevino un ligero temblor en el cuerpo que subió hasta el rostro.

—Tranquila, respira. —Leyó el pánico atroz dibujado en su rostro. La tomó de la mano, la acarició y la levantó con esa delicadeza suya para besarla con ternura.

—Creo que me va a dar un ataque de pánico. —Bebió con esmero la fuerte bebida anisada. Sentía ganas de abandonar la mesa, los bajos del puente de Gálata y Estambul.

—Tranquila, no pasa nada, solo respira. —Continuó acariciándole la mano con mucha ternura.

Se obligó a serenarse. Se centró en la respiración: uno, dos, tres, cuatro. Se tomó unos segundos.

—Antes debo solucionar… —Se pausó—. Necesito algo de tiempo.

—Sí, por supuesto. Tómate el tiempo que necesites…

Dio un trago fuerte y miró hacia el mar, como si de repente toda la magia de la fantasía de viajar a Estambul se hubiese esfumado.

—Estoy comprometida con mi novio. Llevo toda la vida con él. Le he puesto tantas veces los cuernos que no sabría ni decirte con cuántos he estado, pero son muchos… —Se sirvió otra copa de esa bebida que conseguía abrirle el alma, y, por consiguiente, el habla—. No sé por qué he venido a Estambul. No puedo decirte que te haya echado de menos. Hoy sí, pero en Madrid todo es diferente de cuando estoy aquí. He venido porque estaba agobiada y necesitaba respirar. Y no sé cómo ha pasado… Pero creo que… me he enamorado de ti. No ha sido queriendo. Lo juro. Solo te puedo decir que eres la primera persona de la que me he enamorado, aunque no creo que tengamos futuro. No sé si será esta ciudad que me descentra o eres tú, que pareces tan malditamente perfecto, y ya no puedo y tampoco quiero desengancharme. Pero no le veo ningún futuro.

Dio otro gran trago, tomándose su tiempo. Estaba vomitando todo aquello sin caer ni en mentiras ni en esa costumbre de complicar cuestiones simples. No le importaba que la descifrara. En esta ocasión era ella quien lo miraba firmemente:

—No sé cómo voy a dejarle —continuó—. No solo ha sido mi novio de toda la vida, ha sido y es también mi amigo. A mi familia no

le va a gustar. Además, no creo que lo nuestro vaya a ningún lado.

—Piensa en ti. Yo estaré a tu lado. —Le acariciaba aún la mano. Le dio otro beso lleno de ternura.

—Tú estarás a 3.000 kilómetros. —Ya se sentía sola. Qué tristeza despedirse de él en el aeropuerto.

—Yo siempre estaré contigo.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

La distancia era una locura. Y además ese sentimiento de que le faltaba tiempo con él. Ese maldito sentimiento de que ni una vida llegaba para disfrutar de él y con él. Y el tiempo se iba… Otro día más se iba… Ya quedaba menos para despedirse de él. Qué tristeza.

—Poco a poco. No te preocupes. Aún nos queda toda la noche y mañana todo el día y pasado mañana hasta el mediodía.

—Pasado mañana hemos quedado con tu familia…

—Será poco tiempo y te van a caer muy bien. *Anne* tiene muchas ganas de conocerte.

Oooh, ¡otro mentiroso de los mentirosos! Hasta el momento se había presentado como hombre sincero, apuesto y comprensivo…

Sonrió y reprimió las lágrimas que se arrejuntaban a medida que la cuenta atrás para despedirse de él avanzaba. Era agobiante tener tan presente esa cuenta atrás que funcionaba prácticamente como un reloj biológico: nada más aterrizar piensas ya en el tiempo que te queda para despegar. Después, el vacío, la soledad, el no saber. Y únicamente queda el recuerdo, que no entiende de burocracias que imponen obstáculos, en este caso hispanoturcos, justamente en las fronteras tan defendidas por ambos de los dos mejores países del mundo.

9
Paz en Estambul

No se escuchaba el ruido de coches que transitaban y pitaban, y apenas había gente que caminaba por las calles o se sentaba en terrazas de cafeterías y restaurantes. Sin lugar a dudas, Büyükada, la isla más grande de las nueve que componen las Islas Príncipe, era un remanso de paz. Desde el ferri que tomaron en Kadiköy, habían dejado atrás el horizonte infinito que componían las nuevas edificaciones de una Estambul extendida hacia todos los lados, kilómetros y kilómetros de edificios que se amurallaban en el mar.

En el trayecto hacia Büyükada pidieron un té y fumó un cigarrillo. Fumaba cuando estaba muy relajada. Onur la sujetaba por la cintura, le daba besos en la mejilla y le contaba viejas historias: en una ocasión vino con sus amigos a Büyükada, un lugar típico para pasar los domingos o las vacaciones, y empezaron a nadar desde donde estaban a otro punto de la isla pensando que llegarían pronto, cuando en realidad estaban lejísimos. O aquella noche que se emborracharon y perdieron el barco de vuelta y tuvieron que dormir en plena calle, y un cocinero, borracho también, les ofreció dormir en la cocina para evitar la intemperie.

Era gracioso escucharle hablar de todas esas «gamberradas» con tan buen humor (se reía solo) y con ese toque tan tierno. Ella le daba un beso en la mejilla. Le gustaba que le contara esas historias tan inocentes.

—Aquí hay mucho oxígeno. Antes se podía dar un paseo en caballo, pero el nuevo alcalde de Estambul los prohibió hace algún tiempo —afirmó, en señal de lo bien que lo estaba haciendo el nuevo regidor—. Podemos alquilar una bicicleta. Los coches están prohibidos.

Al llegar a Büyükada dieron un pequeño paseo por el centro, donde había restaurantes, tiendas, bancos… Parecía el centro histórico de un pueblecito costero. La gente comía helado y entraba en las tiendecitas de *souvenirs*. Algunos restaurantes se situaban en el extremo que daba al mar, de forma que podía disfrutarse de unas buenas vistas.

Alquilaron una bicicleta para alcanzar un alto donde disfrutar de una de las puestas de sol más bonitas que pueden observarse en Turquía. Pasearon por la calle Cankaya, repleta de casas de madera muy antiguas. Onur paró de pedalear para enseñarle la casa en la que se había exiliado León Trotski, después de que Stalin forzara su destierro de Rusia y Turquía le ofreciera asilo.

Siguieron pedaleando hasta el edificio de madera más grande de toda Europa. Onur le explicó que se trataba del orfanato griego Prinpiko. El edificio parecía muy viejo y estaba muy abandonado. Según leyeron en Internet, el orfanato fue construido en el año 1898. En un principio fue un hotel y un casino para la compañía que operaba el Orient Express.

«Orient Express», le sobrevino, llena de fascinación. Aparcó la bicicleta y se aproximó al edificio enorme: conseguía mantenerse erguido, aunque daba la impresión de que iba a caerse en cualquier momento. El paso del tiempo había carcomido el color de la madera y la mayoría de los cristales de las ventanas estaban rotos. Muchas de estas habían sido tapiadas. Un lugar tan bello hecho añicos.

Continuaron en bicicleta hasta alcanzar el alto. Allí compraron una cerveza y se sentaron a observar la inmensidad de Estambul: impactaba ver el contraste entre la serenidad del verde de la isla y del mar y el desarrollo arquitectónico de Estambul. Se veía al fondo una manta de construcciones de diferentes alturas: rascacielos, oficinas, edificios gubernamentales, casas…

Onur le contaba todo lo que había cambiado y crecido Estambul en los últimos años: muchas personas habían llegado y aún continuaban llegando de sus pueblos en busca de mejores condiciones de vida. Estambul era un lugar en el que alcanzar un sueño. «Si abres un negocio en Estambul y no funciona, ese negocio no puede funcionar en ningún otro lado». Lo dijo orgulloso, firme, exitoso.

Debía de ser entonces como Nueva York en Estados Unidos: Estambul debía de ser el lugar donde luchar y cumplir el gran sueño turco. Aquello recordaba al sueño americano. Y Estambul, según relataba él, era la ciudad de la libertad de muchos turcos.

Si era la ciudad de la libertad, ¿cómo serían esos lugares de los que la gente provenía?

Llegaron a casa cansados. Una ducha rápida e irían a cenar para disfrutar de su última noche en Estambul. Al día siguiente a la tarde, ella tomaría el vuelo de regreso a Madrid. La cuenta atrás recordaba que no había tiempo que perder. Intentaba esquivar el momento temido de la despedida en el aeropuerto: ¿cuándo volverían a verse?, ¿en qué circunstancias? Se asomaba al barranco de la incertidumbre total.

Al otro lado de la puerta principal del piso de Onur sonaban unos zapatos de tacón. Abrió inmediatamente y entró con algo de cuidado. Había luz en la sala y se escuchaban voces de mujeres.

—*Abi, abi.* —Cansu se levantó rápidamente hacia Onur para darle

un abrazo y dos besos.

—*Yerim ben seni*.

Cansu bebía vino (*su* vino frío) con una rubia imponente que fumaba un cigarrillo largo en la sala. Odiaba el humo del cigarrillo dentro de las casas.

Onur y Cansu hablaban en turco. Ella se dirigió a la habitación para deshacerse de la mochila. Después de todo el día, le pesaba como un demonio. El demonio en realidad estaba allí afuera, en la sala de estar de su novio, en la última noche que tenían para compartirse mutuamente, ante la tormenta que le esperaba una vez aterrizara en Madrid.

Se concentró en la respiración: uno, dos, tres, cuatro. Se quejaba de su familia en Madrid, pero la familia de Onur era mucho más pesada. Uno, dos, tres, cuatro. ¿Era normal verlos tan a menudo en una ciudad tan grande? Uno, dos, tres, cuatro.

Onur entró en la habitación:

—Han venido a descansar un rato —le informó—. Se marcharán enseguida.

Dio las gracias. Respiró, esta vez sí, aliviada.

—¿Tomamos algo con ellas?

—Por supuesto. Será un placer.

La mentirosa de las mentirosas salió a la sala de su amado, preparada para la batalla.

Los demonios se habían bebido la botella de vino. Primera batalla perdida. Recordó al maestro de yoga: «No violencia hacia ti, no violencia hacia afuera». Respiró: uno, dos, tres, cuatro. Por fuera sonreía erguida, transformada en su mejor versión. Una actriz preciosa, dulce, comprensiva y algo tajante, tal y como mamá le había enseñado.

Onur le abrió una cerveza de la marca Bomonti y se sentaron en el sofá libre.

—¿Y qué te parece Turquía? —le preguntó Cansu, siempre tan atenta y cariñosa, pero se había tomado la botella de vino fría que había reservado para cuando volvieran de la excursión.

—Estambul me gusta mucho. Creo que es una ciudad fascinante, llena de historia, magia… Tiene mucho encanto.

—Oh, sí, por supuesto —dijo Cansu sonriendo—; sobre todo, si vives aquí. Una ciudad llena de tráfico, invadida además por tontos que vienen de todos los pueblluchos de Turquía. *Abi* te habrá enseñado muy bien Estambul. La conoce tan bien…

La insinuación cayó como un jarro de agua fría, pero se controló

para no crear un *show*. Era demasiado pronto para hacer visible la batalla. Buscaba provocarla para crear una reacción que espantara a Onur. Sonrió más enérgicamente y respiró: uno, dos, tres, cuatro. Seguidamente le dio un sorbo a la Bomonti, que no estaba del todo fría. Apoyó la mano sobre la pierna intranquila de Onur: cesó ese movimiento nervioso.

—¿Qué significa *abi*? —No hacía más que escucharlo.

Todos se rieron. La pregunta había sonado a ingenuidad.

—En turco utilizamos muchos nombres para llamar a los familiares. Como Cansu es mi hermana pequeña, me llama *abi*. Yo llamo *abi* a mi tío o a amigos de confianza que sean mayores. Es una especie de señal de confianza.

Intercambiaron inglés y turco, hasta que se levantaron medio borrachas para tomar un taxi que les llevara a un bar de buen ambiente, en la parte europea. Se despidieron hasta el día siguiente, a la hora del desayuno en casa de *anne*.

Empezaba entonces la verdadera fiesta.

10
Se escurre

La cuenta atrás para la despedida se aceleraba tanto que intentaba agarrarse desesperadamente a cada minuto que le quedaba con él. En la cama, a su lado, lo miraba y pasaba los dedos finos por encima de su rostro, sin tocarlo; quería recordar cada facción cuando estuviera de nuevo en Madrid. Deslizó sus dedos por encima de sus orejas y su pelo moreno.

Dormía plácidamente, ajeno a la cuenta atrás que, a primera vista, la sofocaba solo a ella. Lo miraba y sonreía, se acercaba, lo besaba esta vez en los labios, despertándolo a momentos, pasaba su brazo sobre su torso cuando se giraba, sentía su calor y su olor tan particular.

Recordó la primera vez que lo vio, en aquella oficina luminosa; sus ojos y aquel bigotillo *vintage* que después se había quitado. Rememoró cada momento con él, cada gesto grabado en conversaciones que habían tenido sobre sus respectivos países. Recordó la visita al Palacio de Topkapi, cómo disfrutó al imaginarse una sultana, el descubrimiento de la terraza *green* y la sorpresa de aquel *tour* privado en barco. Y, después, aquel primer beso entre lágrimas de despedida.

Se rio sola, en la cama. Onur le había abierto una puerta hacia una nueva vida. Había aprendido muchísimo de él. Le había enseñado lo que era la paciencia, la espera, el amor, en esa manera tan particular que tenía de entender el mundo.

Ella, que siempre había sido tan fría, tan marimandona, tan controladora… Con él la frialdad, las órdenes y el control se escurrían, de la misma manera que ahora, en su última mañana allí, él también empezaba a escurrírsele. Una lágrima caía sobre su mejilla. Él seguía durmiendo, sin prestar atención a la presión de la cuenta atrás.

No solo se escurría él, sino todo a su alrededor: el estilo de vida que había conocido hasta el momento, ambos novios (hasta ahora Guille había sido el novio oficial, con los descuidos esporádicos…), la casa donde vivía, la ciudad donde se había criado, esta ciudad que la había acogido… Todo se le escurría sin ser capaz de parar aquel desastre.

Onur se despertó sorprendido al verla de esa manera tan lamentable: llena de lágrimas. La atrajo hacia sí, abrazándola: «*Tatlum*», «*Yerim ben seni*», «*askim*», le susurraba, como si quisiera decirle que estuviera tranquila. La besó. No podía salvarla de esa tristeza de despedida. La cuenta atrás se imponía ya con mucha

fuerza, incluso Onur la sentía. Vio la alarma en las lágrimas de ella.

11
Anne

La maleta se quedó en el interior del coche aparcado en el barrio de su madre, en Beyoğlu, dentro de la zona europea de Estambul. Desayunarían así con *anne*, Cansu (probablemente vendría también el tío Kemal) y después irían al aeropuerto. El nuevo aeropuerto quedaba mucho más lejos que el de Atatürk, ya en desuso, aunque al ser domingo no habría tanto tráfico.

No había pensado en el momento de la despedida, pero se sintió mal de verla tan desconsolada, estallando en ese mar de lágrimas. La echaría mucho de menos. No sabía cuándo volverían a verse, si es que Carla no daba marcha atrás y lo borraba de su vida. ¿Haría eso? No estaba del todo seguro. Habían hablado sobre su relación, pero no se quedó tranquilo, la veía confusa y algo nerviosa.

Llamó al timbre de *anne* agarrado de la mano de Carla, en señal no solo de su amor hacia ella, sino también de que su historia con Merve se había acabado definitivamente. No quería escuchar nada al respecto.

Señales que, sin duda, se dirigían a *anne*. Suficiente había discutido con ella de camino al hospital por una supuesta dolencia que ni el médico supo diagnosticar. Aún no lograba entender por qué no quería darle una oportunidad a Carla. ¿Porque era española? Quizás fuera lo que más le sorprendía de su madre: siempre fue abierta hacia Europa, los había educado en Europa, aborrecía, sin decirlo explícitamente, a los turcos negros. ¿O acaso porque no era musulmana? *Anne* era una auténtica laicista en la calle y una devota musulmana en casa, pero Carla era de una buena familia, ¿no contaba eso? *Anne* adoraba a Merve. Era un secreto a voces en toda la familia.

Ni siquiera *baba* consiguió sacarle esa idea de la cabeza. Aquel fatídico ataque al corazón que acabó con su vida… Tras la muerte de *baba* tuvo mucho tiempo para pensar cómo se había comportado con él. *Baba* quiso separarse de *anne*, pero Cansu y él no se lo permitieron. En aquel momento era demasiado joven y creía firmemente que preservar el honor de la familia era mucho más importante que cuatro discusiones que habían tenido a lo largo de la vida. Se opusieron, sobre todo él: él se opuso y salió en defensa de *anne*. Le daba tanta pena pensarla como una mujer sola que se pasara el día viendo la televisión… Le daba tanta pena ver a su madre reducida a la diversión de chismorreos constantes en esas reuniones estúpidas que solía tener con sus amigas…

Ya era hora de avisarles a todos de que la bromita de toda la vida

no le hacía ninguna gracia. «Merve y Onur se casarán cuando sean mayores. Merve es para Onur». Había escuchado ese comentario infinidad de veces, siempre en clave de risa, como una broma infinita. De tanto escucharlo, él también se había reído, infinidad de veces, incluso había asentido, hasta que tras la muerte de *baba* comenzó a dudar de todo y, en concreto, de la relación con Merve, porque Merve no era lo que él buscaba. Tampoco comprendía por qué buscaba algo más que afianzarse en un matrimonio, algo más que tener hijos que después tendrían la obligación de cuidar de ellos y algo más que un hogar que él pagaría. Tras la muerte de *baba* se había dado cuenta de que buscaba una compañera.

Estaba harto de ese comentario que se repetía constantemente desde que era pequeño. ¿Cuándo fue la primera vez que lo escuchó? ¿A los cinco o seis años? Merve estaba en esa sala de estar decorada tan pulcramente, como si fuera una sala de exhibición para las visitas que venían: había que mostrarlo todo perfecto, limpio, ordenadito, si no las miradas ajenas recaerían sobre su familia, las amistades hablarían más de la cuenta. Merve estaba allí, con su cara bonita, tan tierna, tan obediente, y se acercaba tan graciosa para preguntarle cuándo le pediría matrimonio. Él simplemente sonreía y le hacía un gesto de gracia, pero nunca contestaba. Esa omisión de respuesta le hizo reflexionar en los tiempos farragosos del raki tras la muerte de *baba*.

Esas dudas lo aniquilaban: ¿hacer caso a *anne* y a Cansu o hacer caso de lo que le decía el corazón? Tras la muerte de su padre se encontraba tan mal que empezó a beber más raki de la cuenta y se comportaba tan mal que Merve terminó rompiendo con él.

Baba, de tanto callar, se ahogó. Esa frase le venía muchísimas veces a la cabeza. Ese fatídico ataque al corazón fue porque su corazón se ahogó. «El corazón representa la alegría de la vida», leyó en alguna parte. Él le había impedido separarse de *anne* porque en aquel momento estaba tan enfadado con *baba* —se jugaba el dinero de la familia al póker— que no sintió más opción que confiar en *anne*. A pesar de que desde bien pequeño no mirara a *anne* con confianza, sino más bien al contrario; desde bien pequeño tenía la vaga sensación de que *anne* manejaba algo que a él le afectaba, como si no pudiera confiar en ella, incluso llegó a escribirlo, lo recordaba perfectamente, como lo recordó mil veces tras la muerte de *baba*. Lo escribió en un papel que no sabe dónde guardó, pero estaba tan enfadado, *baba* callado, ella manejando…, que lo escribió en un papel: «Alá, protégeme, por favor. No puedo confiar en *anne*».

La pregunta que se hacía tras la muerte de *baba* era («el corazón representa la alegría»)…, si él no se hubiera opuesto a que *baba* se divorciara de *anne* («el corazón representa la alegría)…; la posición de

Cansu daba igual, ya que él era el varón de la familia («el corazón representa la alegría»); la pregunta que se hacía era: si él no se hubiese opuesto a que se divorciara de *anne*…, ¿*baba* seguiría vivo?

La respuesta que recibía de su corazón, de su intuición, prácticamente de sus entrañas, era un sí. Y ese sí creó en él una chispa que terminó en un gran incendio que arrasó con todo lo conocido hasta el momento: se preguntó qué hacía al lado de Merve, nunca la había querido, ni siquiera cuando era pequeño le había respondido que sí a esas ansias de que le pidiera matrimonio; se preguntó qué hacía tan atado a *anne*, porque si *anne* no le hubiese amargado la vida…, ¿*baba* seguiría vivo? La respuesta que obtuvo nuevamente de su interior fue «sí». Y él había defendido a *anne* y no a *baba*.

El incendio derivado de aquella chispa devoró el sueño que tenía *anne* de ver a su único hijo varón casado con una chica turca tan idónea como Merve.

Tras la muerte de *baba*, además, él se había ocupado de todo: había sacado a la familia adelante, incluso se encargó del asunto del tío Kemal cuando se jugó todo su dinero en aquella estúpida partida de póker. No sabía qué les pasaba a los hombres de su familia, pero todos acababan mal.

¿Y cómo se lo agradecían? *Anne* no respetaba ni le daba una oportunidad a Carla, obligándole a casarse con una turca a la que no quería ni quiso nunca, al menos, no de la manera en la que quería a Carla.

Con Carla todo era fácil, no había discusiones, no era una tiquismiquis como Merve, que siempre estaba quejándose de todo, nunca estaba nada a su gusto, nada era suficiente. Él no lo soportaba: esa presión, ese aire de obligación, esa pesadez que caía sobre él. Merve estaba además obsesionada con esa manía de mostrarse como una mujer proeuropea, tan abierta de mente, pero siempre tan obsesionada con el día en que le pidiera matrimonio.

Pocas veces se enfadaba y decía las cosas muy claras, pero desde la muerte de *baba* sintió una furia que no controlaba… Empezó a hablar sin filtro alguno, en especial, en los momentos del raki; los momentos del raki empezaron a ser excesivos, era lo único que le evadía de esa ronda de preguntas internas que se hacía una y otra vez. Hasta que su *kanka* (su mejor amigo) se sinceró con él diciéndole que últimamente bebía demasiado y que quizás necesitaba ayuda. Acudió entonces a un psicólogo (colega de la mujer de aquel), que le recomendó tomar distancia respecto de la familia: tenía a *anne* demasiado metida en la cabeza.

Por eso, aquel día en el que llevó a *anne* al hospital porque supuestamente estaba enferma y Cansu no podía hacerse cargo, le recordó en el coche que no quería escenas ni discusiones de ningún

tipo. Había elegido estar con Carla. Por su parte, *anne* intentó responderle, pero él, extrañamente, tuvo el impulso de cortarle, pidiéndole por favor o incluso suplicando con la mirada vidriosa, que respetara su elección y aceptara a Carla.

En aquel momento *anne* giraría su cabeza para esconder su enfado. Pudo haber alegado muchas razones: «No es musulmana, tampoco es turca, ni siquiera es de las nuestras» o «¿Se quiere casar? ¿Quiere tener hijos? No respetan a la familia»… Pero la única razón de peso que tenía para contradecirlo es que ella había elegido a Merve para su hijo, y su hijo, es decir, él, estaba obligado a aceptar esa elección, porque lo había parido y le había dado la vida, y de la misma manera que le había dado la vida se la podía quitar. Le debía respeto, era su *anne*, y le daba exactamente igual esa aventurilla con una española que se abría de piernas a la primera de cambio. Pero se calló y se giró, sonriéndole.

—*Merhaba, hoşgeldiniz*.

Cansu les invitó a pasar al interior de la casa, notablemente emocionada.

Les dio un abrazo muy caluroso, haciéndoles saber que eran muy bienvenidos. Cansu le dijo a Carla lo guapa que estaba. Él se quitó los zapatos y Carla lo imitó: se le había olvidado ese pequeño detalle de quitarse los zapatos antes de entrar en una casa turca. Cansu cogió los zapatos de Carla, los colocó en el interior de un armario y le dio unas zapatillas. Cogió también su chaqueta para colgarla.

Los llevó hasta la sala principal. La primera impresión que tuvo al entrar fue que estaba en un set de rodaje: la decoración no es que fuera fea, pero sí excesiva. La típica estancia en la que uno no se atreve ni a moverse, no vaya a ser que rompa algo, ni tampoco a tocar nada, no vaya a ser que estropee ese intento de armonía exagerada. En el salón había dos sofás enormes acompañados de dos butacas más pequeñas, cada una de ellas colocadas entre una mesita, cuya lamparita tenía una forma muy original. Había un gran ventanal que daba a unas vistas espectaculares de la ciudad, las cortinas fuertes y pesadas que cubrían los extremos del ventanal proporcionaban a la estancia un aire de antigüedad. El resto de las paredes estaban pintadas de un rojo medio anaranjado y cubiertas por un espejo cuyo marco parecía de oro, y muchísimos cuadros con letras árabes o quizás otomanas que Carla no entendía, fotografías en blanco y negro donde aparecía *anne*… Todas las imágenes eran de la madre de Onur en bodas y de niña. Al fondo del gran salón se situaba una gran mesa de comedor repleta de platitos pequeños. Olía a comida.

El tío Kemal se levantó del sofá para saludarlos. Onur le cogió la mano, la besó y se la acercó a la frente. Carla, que no entendía de muestras de respeto hacia los mayores en Turquía, le dio simplemente

dos besos. El tío no hablaba inglés, por lo que no había manera de entenderse.

Carla miraba a su alrededor, pensando en lo curioso que le resultaba la decoración turca. La cuenta atrás apretaba ya demasiado: les quedaba juntos muy poco tiempo. ¿Cómo harían a partir de ese momento?

Le siguió a la cocina, donde *anne* y Cansu ultimaban los platos para un desayuno que parecía un *brunch* al estilo alemán.

Anne se giró sonriente, radiante y muy guapa, aunque las arrugas empezaban a notarse. Él se acercó e hizo lo mismo que con el tío Kemal: tomarle la mano, besarla y acercarla a la frente. Carla repitió la operación anterior, ajena a las tradiciones de Turquía; le dio simplemente dos besos, pero ningún abrazo; resultó, sin saberlo, algo fría para las costumbres de Turquía, y además tan radiante, con su melena rubia y el maquillaje natural que se había aplicado para borrar las huellas de las lágrimas de la cuenta atrás.

Anne lanzó la pregunta en turco, sin mirar directamente a Onur, de si la invitada no tenía respeto hacia los mayores; no le había tomado la mano, ni la había besado ni tampoco se la había acercado a la frente. Onur suspiró y muy paciente le dijo: «Es extranjera, no conoce nuestras costumbres, no tiene importancia». Miró a Carla, ajena a todo lo que hablaban.

La llevó de vuelta a la sala y se sentaron en uno de los sofás. Cansu trajo, seguidamente, dos tés y rellenó el vaso vacío del tío Kemal. Él hablaba con el tío y Carla observaba detenidamente la decoración. Qué podía hacer en esa situación, no entendía nada de turco.

—Mi tío pregunta qué tal está tu familia.

—Muy bien —respondió extrañada—, gracias.

Le he dicho que tu padre es un abogado importante en Madrid. Y que vienes de una familia de militares. Dice que en Turquía tenemos muchos soldados que luchan contra el terrorismo y defienden la patria.

«*Abi, abi*», sonó a lo lejos. Se levantaron para acomodarse en las sillas que rodeaban la mesa central. Carla los siguió. Cansu vertió más té en los vasitos de cristal. Al agarrarlo tenía que soltarlo y esperar a que se enfriara. Tomaban el té verdaderamente caliente, tan caliente que la tacita le ardía entre los dedos.

En la mesa había muchos platitos: queso de diferentes tipos, aceitunas, una especie de revuelto con tomate (*menemen*), patatas fritas revueltas con pimientos fritos, una especie de jamón (*pasterma*), huevos fritos, mermelada, mantequilla, miel, nueces…

La madre llegó al fin y se sentó. «*Afiyet olsun*», repitió Carla como pudo, imaginando que se referían a «buen provecho». Picoteó de aquí

y de allí. *Anne* y el tío Kemal le preguntaron sobre Estambul: qué había visto, si le gustaba…; después saltaron a su familia: cómo era, si tenía hermanos —Carla se dio cuenta de que preguntaban por los hombres, pero no por las mujeres—, a qué se dedicaba su padre, qué había estudiado, cuántos idiomas hablaba… No le preguntaron si ella trabajaba o no, pero dedujo que él les había informado de que era arquitecta y de que se habían conocido, precisamente, en el trabajo.

Carla respondió a todo correctamente, aunque estaba algo tensa. Cansu miraba para un lado y para otro, se levantaba y volvía de la cocina para reponer algunos platitos, vertía más té en los vasitos de cristal que quedaban vacíos y mareaba la escasa comida que ponía en su plato.

Onur respiraba aliviado, tras la conversación que había mantenido con *anne* en el coche.

Los hombres se levantaron para sentarse nuevamente en el sofá, mientras *Anne* y Cansu recogían la mesa. Carla se sentó a su lado, reposando la cabeza en su hombro para descansar un poco: la presión de la cuenta atrás, los nervios por volver, tanto idioma turco… «Cierra un poco los ojos, *askim*, descansa», le susurró Onur, y continuó charlando con su tío Kemal, hasta que este tomó la palabra y únicamente se le escuchaba a él.

—¿A ti te parece normal que venga a esta casa con esa minifalda y se tumbe así en el sofá delante de tu tío? Tiene muy poco respeto. —*Anne* era lista y evitaba utilizar palabras del tipo española para que Carla, aun dormida, no pudiese entenderla—. Además, no ha ayudado a poner la mesa ni a recogerla.

La miró desconcertado. Era extranjera, no conocía las costumbres, no tenía tanta importancia, además, era una invitada: ¿desde cuándo las invitadas en Turquía ayudaban a poner la mesa o a recogerla? En Turquía era muy importante cuidar bien al misafir (invitado, en turco). Hay que tratarlo bien, no solo por hospitalidad, sino también porque el invitado después habla, eso *anne* lo sabía muy bien: el invitado califica cómo ha sido la visita y cómo sirve el anfitrión, y, por supuesto, comenta después (sobre todo las mujeres con sus amigas) el nivel del servicio ofrecido al invitado en cuestión. ¿Pretendía que Carla ayudara a recoger la mesa? La acababa de conocer.

Despertó a Carla suavemente y le dijo que tenían que irse. Se dio cuenta de que en la postura medio recostada en la que se había dormido lucía sus piernas ante un hombre mayor, quien le confirmaba con la mirada que *anne* tenía razón y su querida *askim* era una auténtica maleducada.

Anne fue más allá y, en un tono de reproche, dijo: «No solo enseña las piernas a un hombre mayor, sino que duerme antes que él», y se dirigió nuevamente a la cocina porque sabía que no podía ser

demasiado descarada delante de Onur, tenía que ser precavida.

Recordó, en sus tiempos, cuando ella estaba casada con Emre y visitaban a sus suegros en la casa de ellos, tenía que ser superamable y prácticamente no moverse. Aquello le irritaba hasta límites insospechados, aunque jamás se expresara en alto. Cuando estaban de visita en casa de sus suegros, tenían que esperar a que el *baba* de Emre se fuera a dormir. En una ocasión estaba tan cansada que los párpados se le caían sin poder controlarlos. No podían dormir antes que su suegro porque debían respeto a las personas mayores.

Una cosa era que determinadas tradiciones fueran desapareciendo —ella jamás obligaría a Merve a esperar a que ella se fuera a dormir —, y otra muy distinta era que su hijo trajera a una prostituta a su casa que no respetaba absolutamente nada y que, seguramente, se había acercado a Onur y lo había seducido para quedarse con el dinero que tenía la familia y de paso convertirlo a su religión. Su Onur, devorado por esa víbora que además, seguro, quería convertirlo al catolicismo.

Carla se despertó, se estiró levemente y se despidió de todos ellos.

Si algo no echaría de menos de Turquía sería, sin lugar a dudas, a esa panda de gentuza que tenía como directora a *anne*.

12
El final ya estaba escrito

La cuenta atrás se dispara definitivamente de camino al aeropuerto, como un reloj de arena al que se le da la vuelta y se observa cómo resisten los últimos granitos por caer. La cuenta atrás cae ya sobre ambos, quizás y más bien, como el cúmulo de gotas que terminan por derramar el agua del vaso.

Onur no sube el volumen de la música, sino que hace lo contrario, no necesita más ruido del que ya proviene de su cabeza. Carla mira a través de la ventanilla sin querer girarse hacia él, evitando su mirada, anhelando ya, al mismo tiempo, su presencia. Aún no se han dicho adiós.

Dicen que lo peor que le puede ocurrir a una pareja no es discutir, sino más bien que caiga sobre ellos un manto de silencio que los envuelva en sí mismos por separado. Esta es la atmósfera del coche que transita en dirección al aeropuerto, mientras los edificios grandes, medianos y pequeños de Estambul quedan atrás: una cuenta atrás superacelerada y un manto de silencio que lo cubre todo.

Carla piensa qué va a hacer en ese desastre de vida en el que se ve: confundida, triste, decepcionada.

Onur piensa en cómo va a levantarse al día siguiente sin ella, en la contradicción que le produce *anne*: enfadado, triste, humillado y avergonzado.

No sabe qué más puede decirle para que no se vaya. Le ha pedido perdón, pero ha comprendido que no es suficiente. Carla le dijo que estuviera tranquilo, extrañamente no reaccionó ni con enfado ni con rabia, sino más bien con mucha tristeza, como si desistiera de librar esa batalla que no sabía por qué se producía.

Aparcan el coche y se dirigen hacia el mostrador de la compañía, en esa cuenta atrás que llega prácticamente a su fin. Carla hace los trámites correspondientes para tomar el vuelo: esperar la cola de los *priorities*, mostrar el pasaporte, obtener el billete, facturar su maleta. Onur espera a su lado. En silencio. En la cuenta atrás.

Es extraño, porque no se había percatado de la existencia de esa medida de tiempo que advertía lo rápido que transcurrían los días, a su lado no conocía el aburrimiento y cualquier cosa que hicieran era sinónimo de diversión, emoción, alegría. Pero ahora, a punto de despedirse en ese lugar tan frío, los minutos transcurren eternos, y el momento definitivo tan temido se extiende porque no termina de llegar, como si se deseara que acabara de una maldita vez, pero sin querer enfrentarlo.

Llega la hora de separarse.

Qué tristeza no verse mañana junto a él, no escuchar su voz en persona, no poder mirar directamente esos ojos que irradian tanta ternura, no sentir la calidez de sus manos tan delicadas. No poder besarlo ni sentirlo dentro de ella. No oler ese aroma tan particular de él.

Qué tristeza no escuchar su leve ronquido, ni despertarse bajo su atenta mirada —a veces la encontraba llorando en silencio—, no poder aprender más de ella, sin presiones, sin dificultades. Al final todo se ha torcido. Sabe que hay algunos problemas: el choque cultural, *anne*, las dificultades de la vida, pero jamás imaginó que todo pudiera torcerse de tal manera.

—No te vayas, quédate —le suplica cogiéndole de las manos.

—No puedo, Onur. Es mejor que me vaya. Ha sido…

No tiene más palabras. Se vela su capacidad del habla. Estalla ante el hombre de su vida, Carla siente que Onur es el hombre de su vida, y tiene que decirle adiós en un lugar tan frío como este maldito aeropuerto enorme que tanto odia: el alboroto alrededor, el cansancio mental por lo vivido, la cuenta atrás de los últimos días, la mujer del micrófono que relata los números y los destinos hacia todos los lados del mundo, a excepción de Estambul; *anne*, ella, Onur, Estambul.

Estambul significa partida, no llegada.

Estambul significa aventura, descubrimiento, fascinación, dejarse llevar, pero no rutina.

Y la vida es rutina, si no ya se encargan ellos de recordártelo.

Estambul…

Onur la abraza con fuerza y mucho calor, le susurra al oído que la quiere, como no ha querido a nadie en su vida, le suplica otra vez que no se vaya, por favor, no es necesario que lo haga, pueden solucionarlo todo desde allí, los dos juntos, en Estambul.

Carla le responde llorando que ella también le quiere, que nunca ha querido a nadie como a él y… Se calla, le duele tanto verlo de esa manera, tan deshecho, se olvida de sí misma y le dice que esté tranquilo: todo va a salir bien, aunque se separen, todo va a salir bien.

Tal es su incapacidad para verlo de esa manera, tan alejado de su sonrisa habitual y de su ternura, de la templanza que tanto le caracteriza, que se obliga a serenarse… Vuelve Carla la Hitler, la mentirosa de las mentirosas. Se despega de él, lo mira fijamente y le besa por última vez en los labios.

A la mierda las tradiciones que coartan, a la mierda las personas que les acosan con sus tradiciones, tradiciones ajenas a ambos y, sin embargo, tan empapados de ellas que los ahogan.

Y se va, sin más, perdida la batalla, con las lágrimas hacia delante, sin girar la vista hacia atrás.

Y él se queda solo, tan solo…
El final ya estaba escrito.
En ese aeropuerto frío, con los labios aún calientes.

PARTE III

Invertir en viajar es invertir en uno mismo.

–Matthew Karsten–

13
En las nubes

Las nubes permanecen esponjosas fuera de la ventanilla del avión que la lleva de vuelta a España, a diferencia de las escenas sobre lo vivido en Estambul, que pasan de principio a fin por sí solas.

Anne tenía otros planes para Onur. Los planes de *anne* para Onur incluían sin duda a Merve. Y Merve ha ganado. Ella fue tan estúpida que ni siquiera pudo prepararse ante una contrincante que había jugado muy bien sus cartas; en silencio, con la paciencia y ayuda de su querida *anne*. Merve fue más lista que ella. Y, por consiguiente, ha ganado. Era una batalla perdida, como bien le dijo aquella chica latina.

Qué ingenua fue en aquella primera ocasión en la que fue a casa de *anne* a desayunar. Tras aquel primer encuentro hace ya tanto tiempo, se despidió tan inocentemente de Onur… Ni siquiera sospechaba de la gravedad de esa batalla que estaba perdida desde el principio. En cambio ahora, tras todo lo sucedido, la despedida ha sido sustancialmente diferente: ya nunca más volverá a verlo. En aquella ocasión tenía la ilusión de continuar en la distancia con Onur, ahora ha perdido cualquier destello de esperanza.

Las nubes se disipan y aparecen a su antojo. En el cómodo asiento de su billete de primera clase, en dirección otra vez a Madrid, una media sonrisa y los ojos resecos. Al menos, *anne* está lejos. Aún no puede entender cómo Onur ha podido permitir que ocurriera todo lo que ha ocurrido.

Aquel arrebato de ira que le permitió por primera vez en su vida el sinsentido de dejarlo todo e irse a Estambul con él. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder. ¡Qué locura! Estaba tan enfadada con padre y madre que no podía ni mirarles a la cara, así que decidió llevar a cabo su propia revancha, le daría a padre exactamente donde más le dolía: se mudaría a Estambul para vivir con Onur. Qué ingenua fue al pensar que mudarse a Estambul supondría una nueva vida llena de aventura, risa y alegría. No incluyó un factor en sus planes: *anne*.

Las facciones de su rostro, su pelo moreno, sus manos delicadas. La costumbre que tenía de tomarse la vida con risa. La costumbre que tenía de tratarla como a una sultana. Las cosquillas deliciosas.

Y ahora, a través de esta ventanilla, ahora…

Una lágrima se vierte al pensar que jamás volverá a repetirse esa pequeña rutina que era tan bonita. La rutina que crearon de besarse. Se limpia el rastro de la lágrima. Nunca más volverá a besarlo. Otra lágrima cae, las nubes esponjosas que vienen y van, a través de la

ventanilla de este avión. Ahora que deshace el camino, de vuelta a Madrid, físicamente aún está cerca de él, mucho más alejada de lo que nunca estuvo.

Él, que era como una brisa cálida, ligera, agradable y divertida que entraba en su vida. Ahora las lágrimas caen de pensar que lo ha perdido; el enfado y la tristeza hacia Onur, que no ha sabido enfrentar a su *anne*, la maldita *anne*, a la que odia con todas sus fuerzas, por hacerle la vida imposible, por atacarla cuando estaba más sola que nunca, más indefensa que nunca, en otro país, sin entender el idioma, sin amigas a las que acudir y con la familia deshecha.

¿A partir de ahora?…

Otra lágrima surca su rostro, como si fuera una pequeña gotita que se desliza por la diminuta ventanilla del avión que la lleva de vuelta a su hogar.

A partir de ahora, ya nada volverá a ser como antes.

Cómo cambian las situaciones una vez que te atreves a vivirlas. Resulta tan diferente a pensarlas, imaginarlas, deducirlas; existen variables invisibles que no se podían adivinar, ni imaginar, porque la burbuja del querer es tan grande… En esta vuelta definitiva a Madrid, sin más idas y venidas Madrid-Estambul, piensa en lo que supone una relación internacional, tan divertida, se aprende tanto… Incluso a sufrir: la distancia, la duda, la incertidumbre, el cómo hacer. Pero jamás se piensa en la variable de *anne*.

En esta vuelta definitiva a Madrid, la imagen mental de la penúltima vez que se despidió de Onur aparece ante ella, cuando se dirigía también a Madrid tras pasar cinco días con él, en aquella escapada fugaz a Estambul para averiguar si lo que sentía era realidad o fantasía, si debía hacer caso a su corazón y dejar a Guille. Incluso después de despedirse de él y sentir el peso de la soledad y la incertidumbre que caía sobre ella, se sentía llena de esperanza y de vida, no como esta última vez, una despedida tan cruel, donde a pesar del enfado y la tristeza se ha obligado a serenarse. Ni siquiera ha podido mirarle a la cara, pero lo quiere tanto que tampoco ha tenido agallas para recriminarle nada. Lo ha dejado marchar.

¿Por qué no se enfrentó a *anne*? Ella lo dejó todo para estar con él: acabó con Guille, se enfrentó a padre y a madre, se despidió de Madrid. Onur le prometió que en Estambul todo iría bien, debía tener paciencia, *anne* no era mala ni pretendía separarlos. ¿De verdad pudo ser tan iluso?

Ahora volverá con Merve, estará con ella, es imposible que no suceda, porque en Turquía la tradición es la tradición. Recuerda las

palabras de *anne*: «Si me hubieras escuchado… Tenías que haberte casado con otro». Por el amor de Dios, si ni siquiera estaba casada con Onur. Solo eran novios, pero *anne* estaba obsesionada con que se habían casado en secreto y quería robarle su dinero y, probablemente, pensara también que quería convertirlo al catolicismo.

Qué diferente volver a Madrid ahora, de aquella última vuelta Estambul-Madrid, cuando todo parecía tan posible, tan fácil….

En aquel entonces, tras aquellos cinco días juntos, había dormido lo justo en las cuatro horas de vuelo Estambul-Madrid.

Pero estaba contenta, por todo lo vivido. También muy nerviosa.

En aquel entonces no tenía ni idea de cómo transcurrirían los acontecimientos una vez soltara la bomba: había vuelto dispuesta a decir la verdad, dejar a Guille para siempre e irse de esa casa.

Después, ya se vería…

Nada más aterrizar en Madrid, en aquella ocasión, tras los cinco días maravillosos (a excepción del desayuno-comida tan protocolario en casa de *anne*), había encendido el móvil y al conectarse a Internet había recibido sendos WhatsApp de Guille y de Onur.

Aquella época tan lejana en la que aún estaba con Guille. ¿Qué tal le iría todo? No ha vuelto a tener noticias de él. En aquel momento, recuerda que abrió primero la conversación de Onur:

> *¿Has llegado, askim? Avísame cuando hayas aterrizado…*

Sí, había aterrizado en Madrid y se dirigía a casa. Omitió que Guille la esperaba fuera.

> *Hola, cariño. Estoy aquí fuera, en la plaza de papá. Me acerco ahora a salidas.*

El corazón le bombeó de pensar en lo que iba a hacer. Qué bueno era Guille (tras la tempestad descubriría que no era tan bueno), se sentía como una zorra traidora por haber disfrutado tanto con Onur en Estambul.

Caminó a través del aeropuerto y escuchó conversaciones en castellano… Todo volvía a ser muy familiar, la atmósfera caótica de Turquía había desaparecido: el barullo, las personas con otras facciones y ropas, un idioma completamente diferente, que no sonaba ni a árabe ni a europeo; mujeres con velo, mujeres completamente cubiertas, mujeres sin velo. Faltaba Onur. ¿Estaría de nuevo en casa? Todo volvía a ser español, incluso la mujer del megáfono que anunciaba las llegadas a Madrid.

Anne al principio había sido educada, de eso no había duda. Cansu también. Ambas parecían tan serviciales… Y ella no era lista, antes pensaba que sí que era muy lista, de hecho, la más lista de todas las

listas, se había criado entre mujeres «actrices», a excepción de la tía Ana, que era muy zen, pero el resto… Mujeres que se comportan con arreglo a un estatus, una educación, una corrección, mujeres que se disfrazan bajo la máscara de que son mujeres modernas, cuando, detrás de ese papel de mujer perfecta…, manipulación, egoísmo, dolor. Ahora es más consciente que nunca, pero en aquel momento su intuición ya le decía que *anne* y Cansu eran del estilo de mamá: tan serviciales como demandantes.

Recogió la maleta. Guille la esperaba de frente, sonriéndole, alzaba la mano. Había retrasado una reunión importante para ir a buscarla. La conocía lo suficiente para darse cuenta de que estaba distanciada. ¿Había estado realmente con Mathilde en París? No tenía manera de saberlo. Un día estaban en el sofá y le llegó un WhatsApp a Carla y vio «Onur», pero Carla escondió rápidamente el móvil. Algo ocultaba. ¿Quién era ese tal Onur? Ese nombre no parecía francés. ¿Alguien de la oficina?

Notaba que últimamente lo esquivaba, como si escapara de él, con esa risa falsa que le salía cuando mentía. Pero ¿en qué le estaba mintiendo? No sabía desde cuándo la sentía en otro mundo, más inquieta y nerviosa de lo habitual, como si estuviera muy lejos, cada día aún más lejos.

Churri era una chica guapa, muy guapa, para él la chica más guapa del mundo. Desde pequeñita ya la quería, y siempre supo que ella sería para él.

Por eso había consentido tantas veces. Por eso no le había dado importancia ni a sus escapadas ni a sus descuidos. Por eso había preferido ignorar, como bien decía su buen amigo Carlos, el último que tuvo; sería algo pasajero, como los descuidos que tenían todos (él no, él no podía con ninguna otra, sólo la quería a ella, sus amigos se reían de él, pero le daba igual, no podía). Y Carlos le decía que todas eran iguales, tenían sus descuidos como ellos (a excepción de él), pero daba igual, los descuidos daban igual porque el que permanecía era él, Guille.

Desde que se fueron a vivir juntos y ella tuvo que prometerles a Ricardo y a Gloria que se casarían cuanto antes, estaba rara, triste. Él no entendía mucho de estas cosas —para algo era abogado y no psicólogo—, pero el asunto empezaba a preocuparle. Cuando de adolescentes eran ya novios, había vivido en el miedo de que ella le abandonara, por eso intentaba complacerla tanto, pero en este último tiempo en el que ella estaba tan rara, tenía la sensación terrible de que no le quería tanto como él a ella.

En el aeropuerto, en llegadas, Churri reaccionó extrañada al beso que le dio en los labios. ¿Acaso no era lo más normal del mundo besar a tu novia después de un tiempo sin haberla visto?

Eso en Turquía no se hacía. Onur no la hubiese besado en los labios, en pleno aeropuerto, solo le hubiese dado un beso en la mejilla.

Guille no agarró la maleta ni se la llevó al coche. Guille tampoco tuvo el detalle de abrirle la puerta del coche.

Una vez en el interior del coche, en el gigantesco aparcamiento del aeropuerto de Madrid-Barajas, Guille sí la miró y con tono sincero le dijo:

—Te he echado de menos, Carla.

«No puedo decir lo mismo. Lo siento, Guille, de verdad que lo siento», pensó en ese instante. Le tenía demasiado cariño para mentirle.

14
Se va

Él conducía y Carla miraba los edificios de la entrada a Madrid. Había muchísimo menos tráfico que en Estambul y no se veían mezquitas, ni abuelitos que tomaban un té en esas sillas y mesas bajas que colocaban a la entrada de los comercios, mientras veían la vida pasar. Tampoco se veían a mujeres con velo. Madrid parecía mucho más relajado y en calma, como si hubiera un orden propio en el ambiente.

Quiso decirle a Guille que se callara. No había necesidad de hablar. Él podía conducir, ella podía mirar a través de la ventanilla. Vio el edificio de su casa ajena. Él tampoco llevó su maleta a la casa ni hizo gesto alguno para que ella entrara primero.

Se acomodaron en el sofá del salón. Guille tampoco le ofreció una copa de vino bien fría. Le acarició el pelo. Carla dijo que quería ducharse y acostarse, estaba cansada del viaje.

—¿Cansada de un vuelo desde París? Por el amor de Dios, Carla, ni que vinieras de EE. UU.

Le invadió la autocompasión de verse encerrada en aquella jaula de barrotes de oro.

—Tenemos que hablar. Quería esperar a mañana, pero creo que no puedo…

Sonaba seria. Eso era verdaderamente extraño. Churri solía llevar un velo de ironías, bromas maliciosas y chismorreos nada inocentes, pero nunca seriedad, ni mucho menos franqueza.

—¿Qué pasa, Churri? Te has puesto muy seria. —Intentaba quitarle hierro al asunto.

—Es en serio Guille, déjate de tonterías. Tenemos que hablar. Y no me llames Churri, sabes que no me gusta.

—Vale, vale… A ver, cuéntame, ¿qué ha pasado? ¿Has discutido otra vez con Mathilde? ¿Has quemado la Visa Oro de Ricardo y no sabes dónde esconderte?

Cada vez que discutía con Mathilde (montaban unos *shows* tremendos) él terminaba consolándola. Cada vez que se pasaba con la Visa Oro de Ricardo y llegaba llorando a casa, como si aún fuera una niña, la tranquilizaba y le daba consejos sobre qué decirle a su padre. Conocía desde hacía muchos años, en realidad, desde toda la vida, a su ya prácticamente suegro, y Carla era la niña de sus ojos. Ricardo era un hombre seco y recto, muy serio, profundamente de derechas, como Dios manda (no como su mujer, que no lo era tanto como decía ser). Ricardo llevaba dentro a esa figura que tan bien caracterizaba a

su estirpe: un militar. Podía llegar a asustar, su tono tan directo y sin rodeos, pero Carla no se daba cuenta de que hacía con él lo que quería.

—Tienes cara de seria. ¿Qué pasa, te ha dado un pronto y quieres dejarlo todo e irte por ahí? —Se rio nervioso.

No le gustaba la situación, y cuando se sentía acorralado le daba por hacer bromas muy malas.

Ante una crisis de pareja, la dinámica se repetía: había un problema, el que fuera, él se mostraba compresivo, cercano, cariñoso… Carla se ponía muy nerviosa, no podía hablar claramente… Él la tranquilizaba, ella se relajaba, hablaban y vuelta a la vida normal sin crisis de por medio. Pero en esta ocasión Churri no parecía nerviosa, sino que más bien hablaba perfectamente, con una actitud de seguridad nada común en ella.

—Esto no funciona, Guille —lo soltó de repente, a secas.

—A ver, Churri. Qué dices… —Se levantó como impulsado por un resorte y volvió a sentarse en el sofá—. ¿Qué te pasa?, ¿estás en esos días de las chicas? ¿Te has agobiado por la boda? Ya te dije que te lo tomaras con calma…

Bla, bla, bla. Esa verborrea insoportable cuando se ponía nervioso.

—Guille, para y escúchame. —Se acercó hacia él en el sofá.

Él seguía hablando sin parar.

Bla, bla, bla.

—Guille, ¡cállate y escúchame! —Alzó la voz dando una orden clara y concisa.

Se calló finalmente.

—Esto no funciona, Guille. Nosotros, esta casa, la boda…

—Pero si la casa está en el mejor barrio de Madrid y a tus padres les encanta. Aunque a tu madre…

Bla, bla, bla.

Ella lo miró como preguntándole si estaba de broma. Por Dios, gustarle esta casa a mamá. No conocía a mujer más difícil de satisfacer. ¿Gustarle esta casa a papá? Por Dios, aparte de la abogacía, los negocios y la caza, no sabía qué le gustaba a papá, a no ser que fueran los soldaditos en ejércitos poderosos y el dinero en negocios también poderosos.

—Guille, cállate y escúchame. No podemos seguir con esta historia. Tú te mereces algo mejor. —Rectificó, centrándose en ella—: Y yo también.

—Pero ¿qué historia? —Cuando se hacía el despistado era insoportable.

—Nosotros, Guille, nuestra relación, esta vida juntos, vivir en esta casa, casarnos sin… ¿Es que no lo ves, Guille? No me fastidies, porque sé que a ti también te pasa, jolín, ¿no lo ves? Ellos nos lo han metido

en la cabeza. Eso ahora da igual. Se acabó —remató aliviada, como si al fin hubiese expulsado un peso que llevaba desde hacía demasiado tiempo en su interior.

—Pero ¿qué dices? —Se levantó, medio gritando—. ¿Dónde has estado? ¿Estás paranoica o qué te pasa?

Bla, bla, bla.

Se quedó en silencio, sentada aún en el sofá de esa sala que también era grande y luminosa. Los padres de Guille la habían reformado para ellos. Habían olvidado incluir esas bonitas cortinas turcas que daban un toque tan sofisticado, como las de la casa de Onur, incluso la de *anne*. La sala tenía un aire tan moderno que los cuadros de artesanía que vio en Taksim quedarían feísimos en este lugar tan impolutamente soso.

—Guille, no sé si entiendes lo que te estoy diciendo, pero te dejo. Rompo contigo, y esta vez es para siempre.

Él se calló mirándola, con cara de asustado, parecía que iba a echarse a llorar en cualquier momento.

—No hablarás en serio… No puedes dejarme, Carla, estamos hechos el uno para el otro…

Bla, bla, bla.

¿El uno para el otro? Ni siquiera estaba segura de que fuera así con Onur, pero con seguridad no era así con Guille.

—Esta semana recogeré mis cosas. Llamaré a la tienda y a todo lo que hayamos adelantado y lo cancelaré todo. ¿Estás de acuerdo?

—No puedes hablar en serio. ¿Dónde has estado? —De la verborrea había pasado a cierta agresividad, para acabar en esa vena controladora que había heredado de su madre. En los casos del despacho le ocurría igual, cuando intuía que estaba perdiendo, preguntaba por cada detalle para identificar los resquicios que pudieran salvarlo. Siempre había resquicios. Y no le gustaba perder, eso lo había heredado de su padre—. Te lo pregunto de nuevo: ¿dónde has estado?

Pudo haberle respondido «París» pero estaba tan harta de ser la mentirosa de las mentirosas… ¿De verdad iban a hablar ahora de Onur? Si hubiese sido un descuido esporádico quizás incluso lo hubiese admitido o puede que, con el mismo gesto y el mismo tono, le hubiese mentido a la cara, como muchas otras veces había hecho. Pero Onur era Onur, y en esta ocasión no iba a mentir ni sobre dónde había estado ni sobre lo vivido.

Así que prefirió callarse. ¿Omitir era mentir?

—¡Te he preguntado dónde has estado! —Se quedó un momento callado a la espera de la respuesta, se levantó y se acercó al minibar a servirse un *whisky*, como hacen los hombres cuando tienen problemas. Estrenó la botella y las copas de cristal.

—Eso da igual. Tranquilízate, Guille. Sé que es muy triste. A mí también me da mucha pena. Pero lo superarás y yo también. Y serás feliz, muy feliz. Encontrarás a otra chica que te quiera de verdad.

No se lo estaba poniendo nada fácil. ¿De verdad era tan ilusa de creer que se iba a librar de él a la primera?

—No me has contestado. Quiero saber dónde has estado. No soy tonto, Carla. Crees que soy tonto, pero de tonto no tengo un pelo. ¿Hay alguien más? ¿Crees que no sabemos lo que os traéis entre manos? ¿Crees que no sabemos lo que hacéis cuando os vais todas juntas a esas escapadas de mierda?

¿Sabía de los descuidos en las escapadas con sus amigas? Hasta el momento nunca le había comentado nada; ni un reproche, ni un solo gesto. ¿Mentía? Tuvo ganas de reír, al final iba a resultar que no era la mentirosa de las mentirosas, tal y como la llamaba el abuelo cuando era pequeña y le hacía cosquillas.

—No sé de qué hablas… —Al recordar a su abuelo se posicionó otra vez en lo que le decía que jugara a ser, la mentirosa de las mentirosas, pero se dio cuenta de que ya no quería continuar jugando, y decidió decirle la verdad—: He estado en Estambul. Necesitaba irme de Europa para recapacitar.

Reinaron segundos de silencio.

—Es ese tal Onur, ¿verdad? ¿Vas en serio? Sabes que esto tendrá consecuencias, ¿no? ¿Me estás dejando por un turco?

Estaba sorprendida del Guille que se mostraba ante ella. No supo qué contestar. ¿Mentirle de nuevo? ¿Omitir la verdad otra vez?

—Dejémoslo así. Esta semana recogeré mis cosas y me marcharé.

Quiso irse de esa casa cuanto antes. Pero la cuestión era, ¿adónde? ¿Vuelta a casa de mamá y papá? Hizo una mueca de rechazo al pensar en esa casa inundada de silencio y protocolo. ¿Alquilar un piso? No sabía ni cuánto dinero tenía en la cuenta; nunca se había preocupado de esas cosas.

—Quiero que te vayas de mi casa ahora mismo. María empaquetará todo y te lo enviará. No quiero volverte a ver ni saber de ti. Jamás te perdonaré que me dejes por un árabe.

«No es árabe», quiso responderle, pero se calló. Lo miró con tristeza, a ese nuevo Guille que no conocía. Agarró el bolso y se marchó dando un portazo. Salió a la calle y miró el móvil. Tenía cuatro llamadas perdidas de Onur y varios WhatsApp.

> *Askim. Kiz. Tatlum. ¿Dónde estás? ¿Has llegado a casa? ¿Estás bien?…*
> *Askim. ¿Dónde estás? Estoy preocupado. ¿Por qué no respondes a mis llamadas?…*

Contestó a Onur diciéndole que estaba solucionando el tema y que le escribiría nuevamente cuando todo acabase.

Sola, cansada y sin casa. Acababa de romper con su novio de siempre y el hombre de su vida estaba a más de 3.000 kilómetros y fuera de la Unión Europea. Miró para un lado y para otro. Madrid estaba desierto en un domingo por la noche. Había silencio.

El móvil sonó de nuevo; no era Onur, sino mamá.

15
Visa Oro y despacho

Lucía abrió la puerta de casa de madre y padre. La invitó a pasar y le preguntó en susurros, con cara de preocupada: «¿Estás bien, nena?». Carla la abrazó. Lucía le señaló el salón principal, donde mamá aguardaba inquieta. Papá tenía un caso importante y se había encerrado para dar un último repaso. Había dejado muy claro que nadie le molestara bajo ninguna circunstancia.

Entró en el salón: los dos sofás enormes seguían en el centro de la estancia, la chimenea posaba con la formalidad de las dos espadas atravesadas en la pared superior y las cortinas parecían de antaño, pero eran las mismas de siempre, con ese toque a la época de Napoleón.

—Peque, ¿qué ha ocurrido? —Se levantó erguida con esa voz fina, como si fuera a romperse en cualquier momento.

—Madre. —Se echó a sus brazos y lloró.

—Cariño… —la consoló—. ¿Qué ha pasado?

Omitió que Guille la había llamado. Ya intuía algo raro en Peque: desde que se mudó a esa casa cutre del barrio de Salamanca supo que algo no iba bien. Conocía a Peque y la sentía estresada, irritable, poco natural. La había traído a este mundo y sabía que era un poco bastante consentida: quizás la habían protegido demasiado.

Dejó que hablara. ¿Estambul? ¿Un turco? De qué estaba hablando… ¿Su niña bonita con un musulmán radical? Un escalofrío se apoderó de ella. Se anticipó al murmullo social que se originaría, no solo por la ruptura de dos *niños* de su nivel social, sino también y sobre todo por la ruptura de un sello de dos familias, causada por una aventurilla amorosa con un musulmán de pacotilla.

¡Un musulmán! Por el amor de Dios, ¿se había vuelto loca? ¿Era tan egoísta como para pensar solo en ella? ¿Qué habían hecho mal? Sintió que la tormenta acechaba: Ricardo se enfadaría muchísimo. Peque estaba tan desconsolada que Ricardo solo empeoraría la situación; confió en que no saliera de su despacho.

Dios mío, lo que le costó convencerlo para que Peque pudiera irse a vivir a ese cuchitril en el barrio de Salamanca. ¿No pensaba en las consecuencias? Quizás fuera simplemente una tontería, no era la primera crisis que tenía con Guille. Pobrecito. ¿Qué habían hecho mal con ella? Se lo habían dado todo. Incluso se enfrentó a Ricardo, que Dios se apiade, para que Peque tuviera la libertad que ella no pudo disfrutar.

—Nena, ¿no crees que quizás te estés precipitando con el musulmán? —dijo, tratando de moderarse—. Guille te quiere muchísimo y estoy segura de que tú a él también, quizás sean los nervios de vivir juntos, la boda…

¿No se daba cuenta de que hasta ese momento siempre le habían marcado un rumbo fijo a seguir? («Este verano podrías ir a EE. UU.», «Deberías estudiar arquitectura, ¿no te parece?»…).

—¿Por qué no te quedas hoy aquí? Descansa, cariño. Mañana será otro día y lo verás todo de otra manera.

Acarició su pelo, tranquilizándola, como cuando era pequeña y se disgustaba. Y, justamente, ocurrió lo peor que podía ocurrir.

La puerta del despacho de Ricardo chirrió.

—¡Es que no se puede trabajar tranquilo en esta casa! Gloria, ¿qué demonios ha pasado? Acaba de llamarme Juan…

Estaba realmente enfadado porque el padre de Guillermo le molestara con historias de niñatos. «Juan, por el amor de Dios, son historias de chavalitos, que se comporte como un hombre», tuvo ganas de decirle al padre de ese niñato. Si no se llevara tan bien con él, sobre todo en los negocios, los hubiese mandado al cuerno hace ya tiempo.

Entró en la sala y vio a Peque junto a Gloria. Peque tenía los ojos hinchados de haber llorado.

—Tú, escúchame bien —le señaló—: te dejarás de esa tontería de Turquía y jamás volverás a viajar a ese país. Le pedirás perdón a Guille y volverás a su casa. Os casaréis inmediatamente.

El rumbo fijo había vuelto.

—Pero padre…, yo no quiero a Guille… Yo quiero a Onur.

¿«Onur»? ¿Peque con un musulmán? La suya era una familia de bien.

—¡No quiero escuchar ni una palabra! Me da igual lo que quieras. No permitiré que manches el legado de mi padre, ni de mi abuelo, ni el honor de esta familia. Suficiente hemos tenido con Ana como para empezar ahora contigo. ¡Qué os pasa a las mujeres de esta familia, por el amor de Dios! Padre decía: «El hombre debe tener un proyecto bajo el brazo, un sueño siempre en la mente y actitud en el trabajo. El hombre debe tener dos virtudes por si acaso, la sencillez para el triunfo y el valor para el fracaso. El respeto se gana. La honestidad se aprecia. La confianza se adquiere y la lealtad se devuelve».

Peque estaba obligada a respetar. Por eso agachaba la cabeza. Se lo había dado todo. Se lo había consentido todo. Y lo único que pedía a cambio era respeto. Si padre, que Dios lo guarde y el honor lo salve,

se levantase de su tumba y viera que su única nieta estaba liada con un musulmán… Qué asco. Se giró, no podía ni mirarla.

—Juro que, si no te comportas como es debido, no volverás a entrar por esa puerta. —Señaló la puerta de la entrada—. Tengo mejores cosas que hacer que ocuparme de tonterías de niñatos que no saben lo que es la vida.

Él se marchó.

Gloria permaneció callada.

Y Peque, ¿qué haría Peque?

Desde la ventanilla del avión en dirección a Madrid, recuerda aquellos días tristes y pesados en casa de padre y madre. No sabía qué hacer: se encontraba en el dilema de enfrentarse a madre y a padre o acabar por fin con Onur.

Había momentos del día en los que pensaba que todo lo que había sucedido estos últimos meses era una auténtica locura y con ello había originado una catástrofe.

No podía quitarse esa sensación de encima, en especial, cuando mamá la llamaba para preguntarle qué tal había ido la mañana y dónde estaba: «En el trabajo, dónde voy a estar». La conocía bien, intentaba controlar sus movimientos. Incluso tuvo la paranoia de que un compañero (sabía que conocía a padre) la miraba continuamente, como si la vigilara.

Guille no daba señales de vida, a pesar de que ella le había escrito un par de veces para ver qué tal estaba.

Papá no le hablaba ni la miraba, hacía como si no existiera, había dado orden en casa de que no cenaran juntos. Ella cenaba sola, en la cocina, aunque apenas tenía hambre. Ni siquiera Lucía la acompañaba, se replegaba a su habitación, situada al lado del garaje, por miedo a que el jefe tomara represalias.

La mitad del día se sentía sola, desanimada, triste y sin rumbo fijo. Su estado de ánimo cambiaba cuando recibía, cada mañana, un mensaje de Onur:

Günaydın, askim. Sevi çok seviyorum…

Las dudas se deshacían entonces. Él le escribía a diario, cada dos o tres horas más o menos, y la llamaba brevemente por videollamada cuando conducía o esperaba en el tráfico infinito de Estambul, o cuando caminaba por la calle, o cuando tomaba un té en cualquier lugar. Él sonreía, gastaba alguna broma y hablaban de banalidades: qué habían hecho durante el día, cómo se echaban de menos,

recordaban y se reían de los momentos vividos en Estambul, nueve en total, nueve días claramente muy insuficientes, por eso hablaban sobre sus vidas, cómo habían sido sus infancias, qué habían querido estudiar, qué harían cuando volvieran a reencontrarse… Él la tranquilizaba y le decía que tuviera paciencia; no había necesidad de discutir, todo se solucionaría.

Y entre consejos, risas, bromas, miradas a la carretera, intercalaban numerosos *askim, tatlum, yerim ben seni*…

De algún modo, conseguía sacarla de ese estado áspero y espeso del que provenía.

Transcurrió algún tiempo hasta que madre llamó definitivamente a la puerta de la que había sido su antigua habitación. Todas sus pertenencias seguían en casa de Guille, por lo que estaba utilizando la ropa que había dejado antes de irse a vivir con él. En este tiempo había reflexionado sobre muchos aspectos de su vida: ¿cómo había sido su infancia?, ¿por qué había estudiado Arquitectura? A ella le hubiese encantado ser profe de yoga. ¿Por qué salió con Guille? ¿Por qué había insistido tanto en irse a vivir con él?

Sabía que papá esperaba una respuesta: o ese islamista o España.

—Nena, tenemos que hablar. —Mamá se sentó a los pies de la cama.

Escondió el móvil para que no la viera hablar con Onur. Justamente había llamado en el momento en el que mantenían una conversación importante por WhatsApp: Onur le preguntaba por qué no se mudaba con él a Estambul, le ayudaría a encontrar un trabajo allí y empezaría desde cero con él. En verdad estaba esperando a que se lo preguntara. Al fin y al cabo estaba sin casa, en un trabajo que no le gustaba, con una Visa Oro que no era suya; el novio al que sus padres no querían ni ver en pintura vivía a más de 3.000 kilómetros y sus amigas estaban prácticamente desaparecidas.

Quería a Onur y le encantaba Estambul. El problema era su familia. ¿Por qué no podían aceptar que estaba enamorada de Onur? No se trataba de que fuera turco, ni tampoco musulmán (eso también se lo había dicho su maestro de yoga, al que había acudido en busca de un consejo, un destello, algo que aliviara esa presión de pensar en su novio como un musulmán terrorista, que era lo que ellos querían, que pensará en él de esa manera, y alejarla definitivamente de él para arrejuntarla nuevamente con el buen españolito de Guille); pero Onur era Onur y ella se había enamorado de él por quién era, no porque fuera turco, aunque ser turco formara parte, lógicamente, de su personalidad, y ser musulmán también, pero ninguna de esas

circunstancias lo definían en la manera en la que sus padres lo juzgaban.

Lo que no podía entender era, por muchas vueltas que le diera al asunto, que padre y madre vieran en Onur un problema; ella era Carla, y él, Onur. ¿Cuál era el problema? Además siempre había obedecido, a excepción de sus descuidos cuando bebía; en cierta manera era escapista, no tonta. Escapista de esa pesadez, perfección, falta de aire que caía sobre su familia.

Ahora lo ve con mayor claridad.

En las sucesivas conversaciones con Onur, aunque fueran por Internet, se descubría en una nueva versión de sí misma: una versión más ligera, más tendente a la risa y a quitarle importancia a la vida, prestar más atención a la simpleza, sin necesidad de grandes lujos ni grandes palacios. Eso le gustaba. No solo se había enganchado a él, sino a esa versión de sí misma que había permanecido tan escondida y que Onur, sin saber cómo ni por qué, conseguía despertar y hacer florecer.

Pero su familia continuaba en la senda de la falsedad de ser una familia perfecta, modélica y aparentemente feliz.

—Cariño, escúchame. Papá me ha pedido que cenemos hoy juntos. Quiere que hablemos los tres.

Conocía a papá y no era una persona que, precisamente, hablara. Papá decía: esto, así; esto, asá. Papá vivía acostumbrado a dictar órdenes y, sobre todo, a que el resto las acatara, en su bufete, en casa, en reuniones con los amigos.

Ni rechazó ni accedió, sino que se preparó para afrontar la conversación pendiente: «No volverás a ver a ese musulmán integrista», a lo que le acompañaría «el honor es mi divisa» y «España es el mejor país del mundo».

Antes era igual que padre. Antes de conocer a Onur. Onur le había cambiado —literalmente— la vida.

En madre veía algo de esperanza. Madre le preguntaba con cierta curiosidad cómo era ese musulmán. Le molestaba que se refiriese a Onur como «ese musulmán», aunque, al menos, omitía cualquier otro adjetivo, como «islamista» o, peor aún, «terrorista». Le contaba a madre, sonriente, en ese aura de enamoramiento reciente, cómo Onur le abría la puerta para que ella pasara primero (madre reaccionaba sorprendida); le confesaba lo mucho que él la quería, que le escribía una media de seis veces al día y la llamaba una o dos veces como mínimo (madre reaccionaba sorprendida); era además un chico muy divertido, se reía mucho con él, se tomaba la vida con ligereza (madre reaccionaba sorprendida)…

Madre la miraba con curiosidad y hasta una pizca de envidia. Veía a Peque muy contenta cuando hablaba del musulmán.

—Cariño, he hablado con la tía Ana y me ha dicho que hace mucho que no te ve. ¿Por qué no vas a visitarla? Creo que tiene ganas de verte en persona.

Al menos madre daba órdenes con cierto cariño y hacía un esfuerzo por escuchar.

Al menos Peque había accedido a ver a Ana y a cenar con Ricardo y con ella.

Quizás todo lo ocurrido con padre y madre, la tía Ana, Guille, Onur, Cansu, *anne*… haya sucedido precisamente por un motivo, piensa ahora, después de tanto tiempo. La vida la ha puesto en el mayor aprieto que jamás ha sufrido. Quizás necesitaba darse cuenta, reflexionar. Tía Ana le dijo: «Las relaciones de destino se presentan en la vida para empoderarnos». Quizás tía Ana tenga razón. Necesitaba salir de esa burbuja en la que era tan infeliz.

Cómo ha cambiado ahora, tras mudarse a Estambul y volver definitivamente a Madrid. Antes de que se mudara a Estambul, pensó que todo sería mucho más fácil. Onur le prometió que le ayudaría a buscar un trabajo, no tendría mayor problema teniendo los estudios que tenía y hablando los idiomas que hablaba, en especial el inglés, que lo dominaba tan bien, además del castellano, un idioma muy demandado en Estambul.

Así que preparó las maletas y la documentación que necesitaba para vivir en Estambul.

Aquel último viaje Madrid-Estambul fue uno de los más extraños de su vida: no se había despedido de padre, madre lloraba desconsolada en su cama, de la que no salía desde hacía algunos días, tía Ana le deseó la mayor de las suertes y le recordó una vez más que podía funcionar o no, pero tía Ana era tan zen… y siempre andaba con esas cuestiones del universo, el destino, las herencias invisibles… Le insistió en que recordase que podía funcionar o no…

En Estambul se acordó mucho de sus palabras y del aura de tía Ana. Hizo bien en hacer caso a madre e ir a verla, antes de aquella cena tan determinante con padre y madre.

—Tía Ana… —Se emocionó al verla, en la puerta principal de su casa. Tía Ana la abrazó muy cariñosa.

—Nena, estás guapísima. Siento tu energía, siento amor. Date la vuelta. Qué guapa estás.

La invitó a sentarse en el sofá de su salón tan iluminado, lleno de libros, plantas de todos los tamaños y cuadros muy raros.

—Siéntate, siéntate. Qué alegría verte. Tienes que contármelo todo. ¿Qué tal estás?

La invitó a tomar un brebaje que había elaborado para limpiar el interior del cuerpo de las toxinas que creaba la polución. Tía Ana se había vuelto medio budista, aunque ella no se declaraba de ninguna

religión. Carla la había animado a apuntarse a las clases de yoga.

Tía Ana lo soltó seria y sincera:

—Me ha llamado tu madre muy preocupada. Dice que estás muy rara. Has dejado a Guille —de lo cual no te culpo, querida— y has conocido a un… ¿cómo lo dijo? Ah, sí, un musulmán integrista. —Le entró la risa—. Cómo son tus padres… ¿Has vuelto a casa, verdad? Bastante bien has salido. Me ha pedido que hable contigo, aunque ya le dije que no sabía muy bien cómo podía ayudar a mi niña favorita, mi (única) sobrina, ya que no me he casado ni he tenido hijos…

Bla, bla, bla.

—Tía Ana —la cortó Carla. La conocía lo suficientemente bien para detener su tendencia a trenzarse en su propio relato.

—Perdona, querida. —Respiró (uno, dos, tres, cuatro), como le había enseñado el maestro de yoga—. No sé cómo puedo ayudarte, nena.

—No necesito tu ayuda, tía. En realidad nadie puede ayudarme. Estoy… Me siento… como si estuviera en un túnel oscuro y húmedo, sin salida. No consigo salir de ahí.

—¿Quieres a Guille?

—No.

—Ya lo sabía yo. —Casi dio un brinco de la emoción—. Se lo dije mil veces a tu padre: no la presiones, no puedes obligarla. A ese chavalito le faltan más luces… Si no fuera por sus padres, no sé cómo sobreviviría.

—No hables así. Guille es muy bueno. No tiene la culpa de nada.

—En eso estamos de acuerdo. Pero escúchame, el amor no es pena. No te cases con él por pena o porque tus padres esperan eso de ti… Cásate porque le quieres de verdad. Si no, en unos años te sentirás la persona más infeliz del mundo, te darás a los antidepresivos —«como tu madre», omitió, pensando en todo lo que había tenido que soportar esa pobre mujer con su hermanito «el soldadito de los negocios», a cambio de una estúpida casa bonita y una Visa de Oro infinita—. O al alcohol, o a cosas peores, cariño, te lo digo por experiencia.

Con «cosas peores» se refería a esos tiros de cocaína que borraban el día, el sueño, el hambre… hasta que la echaron del trabajo. No es que necesitara trabajar. La herencia de su padre era más que suficiente para vivir con holgura, pero fue la dignidad o, mejor dicho, la falta de ella; ni siquiera su hermanito «el soldadito de los negocios» pudo arreglar aquel desastre en el que se metió ella solita: reconocerse como una adicta a la cocaína.

En aquel momento se vio rota, sola, destrozada. Ahora, tanto tiempo después, completamente recuperada, lo ve como un punto de inflexión que la hundió para lanzarla hasta arriba: revisarse a ella, a

padre, a madre, a su hermano, al abuelo, a la abuela.

Le costó mucho encajar toda su historia personal y familiar; ese cúmulo de silencios, hechos, traumas…, todo ese cúmulo que caía ahora sobre su sobrina favorita. Era una niñata consentida, ya se lo había advertido a su hermano, pero él la mandó callar, como hacía con todo lo que no le gustaba escuchar.

Y ahora la tenía allí, con cara de pena, ojos tristes y pelo apagado.

—Sí, eso lo sé. La cuestión es que me he enamorado de otra persona.

—Sí, de un «musulmán radical». —Le entraba la risa de pensarlos en ese drama nacionalcatólico que llevaban encima. Seguramente temían una reconquista de Al-Andalus.

—¡Qué manía con llamarle de esa manera! Se llama Onur. Lo que no entiendo es por qué no me apoyan.

—Cariño…

—Siempre me he portado bien. Siempre he obedecido. Incluso estudié Arquitectura por ellos. Y ahora solo pido tiempo, respeto, apoyo.

Bla, bla, bla.

«No es poco lo que pide la niña», pensó tía Ana. Se vio reflejada en ella, hace ya tanto tiempo… Le vendría bien una terapeuta como la suya: «No tienen la obligación de respetarte, no tienen la obligación de apoyarte, estás esperando su permiso y no lo necesitas, estás buscando su aprobación y ya eres adulta, no la necesitas».

—Pero cariño…

—Lo único que quiero es que me escuchen. Pero ellos se quedan con que es musulmán y además integrista. No lo conocen. Y él es tan bueno, tía…, deberías conocerlo.

—¿Es bueno o está bueno?

Ambas estallaron de risa. A su edad, ya estaba acostumbrada a desdramatizar.

—¿Y dónde lo has conocido? ¿En Lavapiés? —Se rio de nuevo, pero Carla no le siguió el juego.

—¡¿En Madrid?!… ¡Nos hemos conocido en Estambul!

Tía Ana se quedó con cara de bloqueada. Estambul… Recordó aquella sesión de constelaciones familiares. ¿Debería decírselo? ¿Estaba preparada para escucharlo? Era todavía tan inocente… Aunque tenía fuerza, se estaba atreviendo a romper el pilar de la gran falsedad en la que se había sustentado la familia: ese sistema que se cimentaba en el gran secreto.

El secreto mejor guardado en aquella habitación cerrada con llave en esa vieja mansión en la que vivían padre y madre, dentro de esa habitación cerrada a cal y canto. Allí encontró la prueba, cuando padre murió, a pesar de la advertencia de su terapeuta: «Hay secretos

que es mejor no desvelar».

¿Debería decírselo? ¿Carla tenía la capacidad de ver? Dudaba de si debía decírselo. A pesar de esa verborrea que le salía de vez en cuando, había aprendido a filtrar lo que pensaba, a contenerse para protegerse: la mayoría de las personas quieren conocer la verdad, pero no quieren escucharla. «Tienes el don de ver. Antes de hablar, primero comprueba que tienes permiso para decir lo que ves, y después comprueba que sabes, quieres y puedes». Había aprendido a cuidarse, es decir, había aprendido a saber qué decía ante quién y en qué situación.

Si se lo decía a Carla, «el soldadito de los negocios» se enfadaría. Y ella ya no estaba para discusiones. Ya no pertenecía a la guerra, había construido su propia paz. La paz exige mucho más sacrificio que la guerra. En la paz sirve únicamente el amor, la aceptación y el perdón; de nada vale el reproche que solo estanca, la autocompasión que solo victimiza y las ansias de reconocimiento exterior que solo restan energía.

Y allí estaba su sobrina favorita, la consentida, la niña que siempre le había dado pena por el ambiente en el que se había criado, a pesar de tanta Visa Oro y lujos por doquier. La niña consentida estaba en ese enredo de reproches, autocompasión y ansias de reconocimiento.

Estaba definitivamente en el infierno.

La pregunta era, mientras le relataba sus dos viajes a Estambul y lo maravilloso y galán que era ese turco, incluyendo las cosquillas deliciosas (nunca habían hablado en esos términos), la pregunta era: ¿se quedaría en el infierno o se enfrentaría a la verdad para salvarse?

Ninguna de las dos opciones era fácil ni bonita.

Eso bien lo sabía ella.

Estambul era la clave tanto para permanecer como para salir de ese infierno.

Pero su sobrina favorita no lo sabía.

Ocupó su lugar en la mesa central del comedor decorado al estilo napoleónico. Madre sonreía feliz de ver a la familia al completo, padre se erguía en su seriedad. Hablaron sobre el tiempo, acontecimientos sociales en Madrid… Carla estaba a la espera.

—Bien, cariño. ¿Qué tal te encuentras? —Madre abordó de esta manera el tema por el que en realidad habían sido convocados para cenar juntos, tras varias semanas en las que padre no le había dirigido la palabra a Peque—. Han llegado tus cosas de ese cuchitril en el que… —Evitó acabar la frase—. La madre de Guille me ha comentado

que él está bien, aunque yo creo que debe de estar destrozado.

—No lo sé, madre. Le he escrito varias veces, pero no contesta a mis mensajes.

—Estará disgustado, cariño. Se le pasará y todo volverá a la normalidad.

El aire era pesado, la cena protocolaria y los gestos parecían acordados.

—¿Piensas volver a la vida real? —le preguntó directamente padre.

—Ricardo, por favor.

—¡Cállate, mujer! Le he preguntado a ella y quiero que conteste.

Hubo una pausa de silencio: esa calma tan tensa que precede a una fuerte tormenta.

—No voy a volver con Guille.

Se preparó para defender su territorio.

—¿Y tienes intención de continuar con la tontería del musulmán? Por Dios, mi hija mezclada con… —El revestimiento complejo de conceptos simples.

—Exactamente.

—Te lo voy a preguntar por última vez: ¿tienes intención de continuar con esa estupidez del musulmán?

—Se llama Onur. Y no es ninguna estupidez. Nos queremos.

Bla, bla, bla.

Ricardo dio un golpe seco en la mesa. Gloria reaccionó asustada, en cierta manera lo temía; no por una reacción de violencia física, él no tenía ese estilo tan directo, era mucho más retorcido, más bien del estilo de personas que estrujan muy lentamente hasta asfixiar: soltaba lo suficiente para que el oxígeno entrara, pero nunca lo necesario para llenar el pulmón al máximo. Y Peque —eso no lo sabía él, a pesar de que era su padre— no era como ellos. Peque no estaba acostumbrada a recibir órdenes tan directas ni tampoco estaba acostumbrada a no hacer lo que quisiera.

En ese instante de calma previa a la tormenta, pensó en la información que había recibido sobre Turquía. Se había dado cuenta de que Peque no se despegaba del móvil, parecía que sonreía ante la pantalla cuando, deducía, estaba hablando con ese tal Onur. ¿Quién era ese chico? ¿Cómo era? ¿Y Estambul?…

Le preocupaba la situación de la mujer en Turquía. Lo que veía en las telenovelas turcas —sus amigas le habían recomendado que las viera— no le gustaba en absoluto, a excepción de esos hombres que eran tan guapos (decían además que los turcos eran muy buenos en la cama). Su pregunta era si esas telenovelas turcas reflejaban la realidad de Turquía.

Ante la inquietud, rebuscó y encontró información horrible sobre

la sociedad turca. Miraba espantada los datos y las noticias, pensando en su Peque, solita y desamparada.

Había acompañado a Ricardo a muchísimos países, incluidos países árabes, cuando él era consejero de una importante empresa constructora, pero él siempre había rechazado ir a Turquía. Ante el lío que había armado Peque, había recordado las veces en las que Ricardo no quiso ir a Turquía, ni por negocios ni por vacaciones. No quería saber nada de ese país. Lo odiaba con todas sus fuerzas.

Intuía que si Peque no accedía a acabar con esa estupidez, tal y como Ricardo llamaba a ese enamoramiento repentino de su hija, padre e hija se enfrentarían. ¿Y si Peque decidía irse a Estambul? ¿Y si decidía mudarse a Estambul como revancha a las represalias de Ricardo?

Intentó hablar con él para convencerle de que la dejara tranquila; se le pasaría con el tiempo. Pero Ricardo se lo tomó como una ofensa personal: si Peque no accedía a dejar a Onur y a olvidarse de Turquía —creía firmemente que la cuestión de Guille había pasado en estos momentos a un segundo plano— cancelaría la Visa Oro que le regaló cuando cumplió los dieciocho años y forzaría que la echaran del trabajo; al fin y al cabo, la habían aceptado por ser quien era.

Y ahí se desencadenaría lo inevitable: Peque se marcharía con su musulmán a Estambul. La perderían.

—No permitiré ninguna deshonra en mi propia casa. Si no me respetas, asumirás tus decisiones.

El silencio se impuso. Fue quizás una de las cenas más tensas que habían protagonizado los tres bajo el techo de esa casa, cuyo tejado se caía a pedazos.

16
Un beso en la mejilla

Sucedió lo predecible: padre forzó su despido y canceló su Visa Oro. Entonces se dio cuenta de que sin padre no tenía nada en la vida. Eso le hizo sentir un miedo aterrador. El miedo aterrador no provenía de haber perdido un trabajo que no le entusiasmaba, lo que le dolió fue descubrir esa faceta de padre que no había visto hasta el momento: la crueldad. Padre no se había puesto en su lugar.

Ahora, de vuelta a Madrid, pasado un tiempo y con todo lo vivido a sus espaldas, entiende que quizás no supo hacerlo de otra manera. Padre también es persona y, quizás, pensó que forzando su despido ella recapacitaría y daría marcha atrás. Pero consiguió exactamente lo contrario.

Cancelarle la Visa Oro tampoco consiguió hacerla retroceder en su deseo de probar suerte con Onur en Estambul. Qué preocupada se sintió al principio por no tenerla. En Estambul pasó tanto tiempo sola… Jamás en la vida se había sentido tan sola en el extranjero, y por primera vez en su vida se veía con poco dinero, no se hablaba con la familia a excepción de la tía Ana, y no tenía amigos.

Ser despedida del trabajo por la mano invisible de padre y ver que la Visa Oro había sido cancelada por no cumplir sus deseos supusieron un último empujón para decidirse a mudarse a Estambul.

Cómo es la vida. Ahora está de vuelta, tras despedirse definitivamente de Onur.

En aquel momento pensaba que se despedía de su vida anterior, en aquel vuelo al revés del que realiza ahora, desde Madrid a Estambul, cuando decía adiós a la vida europea y a las iglesias, al castellano en el aire y en la sangre, y se enfrentaba a una incertidumbre y nerviosismo que no había sentido nunca: lo dejaba todo atrás para arriesgar con Onur, su Onur, pero un Onur que había conocido, al fin y al cabo, a lo largo de nueve días, aunque habían hablado mucho por WhatsApp y videollamadas a lo largo de varios meses. «Puede funcionar o no». Tía Ana siempre tan acertada.

En aquel vuelo Madrid-Estambul divisó de nuevo a las primeras mujeres con velo. Cuando aterrizó y salió con su maleta en la mano, Onur volvía a esperarla de nuevo con un ramo de flores, apoyado en una de las columnas de ese gigantesco aeropuerto, cuyo ambiente era completamente diferente al de España: personas de todos los estilos, facciones más árabes, ropas mucho más discretas, mujeres con velo, sin él y otras completamente cubiertas.

Corrió hacia él, llena de nervios y emoción. Lo había echado

mucho de menos. Había necesitado ese intervalo de tiempo para ponerlo todo en orden, aunque en realidad en España nada estaba en orden, todo estaba patas arriba: Guille no le hablaba, madre seguía en la cama, ni siquiera los antidepresivos a los que estaba enganchada le hacían levantarse (Lucía tenía que darle de comer y tenía que obligarla básicamente a levantarse de la cama para que se duchara) y padre se encerraba durante horas y horas en su despacho. La única que parecía sobrevivir con dignidad a ese caos que se había instaurado en su entorno simplemente por conocer a Onur, la única que parecía sobrellevarlo con una dignidad que daba envidia era precisamente la que había sido señalada —también por ella misma, debía admitirlo— como la oveja negra de la familia. Ahora tía Ana daba consejos a diestro y siniestro.

Cuando le vio en ese asqueroso aeropuerto de Estambul que tanto odia ahora, corrió hacia él. Onur la abrazó y le dio muchos besos en la mejilla, y ella sintió que efectivamente su lugar estaba junto a él. Había tenido dudas de si lo que hacía era correcto, pero nada más verlo, sin importar el tiempo que estuvieron separados, le inundaba la extraña sensación de que lo conocía desde siempre, y que esos escasos días en los que habían estado físicamente juntos, nueve en total, habían sido tiempo suficiente para comprobar, una vez más, en ese momento de reencuentro postcaos familiar español en el frío aeropuerto en Estambul, que su alma estaba irremediablemente unida a la de él. Daba igual si era turco o musulmán, porque Onur era Onur y era para ella.

Se fueron rápidamente hacia el coche aparcado en el aeropuerto, como buscando la intimidad que allí no podían tener, y una vez dentro de él, entre risas y alegría, Onur le dijo nuevamente «Te he echado de menos, *askim*», y se acercó para darle un largo beso en los labios.

En todo este tiempo la había echado muchísimo de menos y había dado gracias por lo afortunado que había sido al conocerla. Atrás quedaba esa mala época que había pasado después de anunciar su ruptura con Merve y haberse mudado a Asia para poner distancia con *anne*. «Yo también te he echado de menos», le respondió al fin Carla. Y él la besó nuevamente en los labios, tan contento de escucharle decir aquello a su novia. Era la primera vez que se lo decía, y al escucharlo tuvo la sensación de que había ganado la batalla de conquistarla.

De allí se dirigieron a la casa; él conducía y ella miraba por la ventanilla del coche, mediando pocas palabras, con el volumen de la música a toda pastilla. Al llegar, las cosquillas deliciosas reaparecieron, y bebieron vino y raki para celebrar su reencuentro. Decidieron qué hacer los próximos días, tiempo tenía para instalarse.

Todo discurrió en la alegría de verse otra vez juntos, en una

ciudad tan fascinante como Estambul, con todo lo que tenía para ofrecerles, aunque Carla ya no tenía la sensación de que estaba en Estambul de vacaciones, sino de que vivía allí. Se preguntaba cómo sería su nueva vida: esas ropas de mujeres tapadas o con velo, ese ambiente tan diferente en la calle, ese estilo que no terminaba de ser árabe pero sí musulmán le hicieron pensar en cómo sería su día a día allí, es decir, la vida de una mujer occidental que estaba acostumbrada a determinadas libertades en Europa.

17
Vida nueva

Su nueva vida en Estambul se lanzó en ese contexto de dudas, ruptura e impacto de verse a sí misma en una ciudad nueva, sin trabajo y con muy poco dinero; en casa de Onur, quien trabajaba y pasaba mucho tiempo fuera, mientras ella permanecía en una soledad recién estrenada que no sabía con quién aliviar, preguntándose no solo cuál era su lugar en Estambul, sino también su lugar en el mundo.

La alegría de estrenar una ciudad tan fascinante se disipaba día a día, a medida que más conocía la verdadera Turquía, en pleno papeleo de documentación y sin explicarse por qué se sentía tan triste y enfadada: tanto tiempo sola, el ruido y el ritmo frenético de la ciudad, que comenzaban a comerla por dentro, y la miseria que veía en la calle (ella nunca fue de fijarse en estas cuestiones). En Madrid nunca se había topado con demasiada pobreza, dado el origen de su familia, pero cuando salía a dar una vuelta, Onur trabajando, para respirar el aire libre (no podía decir puro), se daba cuenta de que veía a personas que parecían muy pobres, y muchas otras que caminaban con cara de cansancio, cansancio quizás por vivir en un lugar donde los vaivenes políticos, sociales y económicos siempre los azotaban, aunque ellos reaccionaran tan bien, con tanta supuesta alegría, y con esa felicidad que debía de ser una máscara; cansancio quizás por ese ritmo frenético de una urbe tan grande como Estambul.

Día a día, se daba cuenta de que vivían acostumbrados a una inestabilidad política que no los abandonaba: ella sentía en Turquía cierto aislamiento respecto del exterior; a pesar de la hospitalidad y la amabilidad de la gente, era un país muy encerrado en sí mismo. Onur había viajado bastante, entendía que por su posición social, pero cuando iba sola a la calle se daba cuenta de que muy poca gente hablaba inglés, y cuando hablaba con las novias o mujeres de los amigos de Onur notaba que, en cierto sentido, se esforzaban en demostrar que eran europeas, y a primera vista daba esa sensación, por su vestimenta, pero internamente parecían muy arraigadas a las tradiciones turcas.

No llevaban velo, vestían bastante ceñidas e iban superarregladas (esto último le llamaba la atención, ni siquiera lo había visto en Madrid). Tampoco había visto a tantas chicas jóvenes con bótox en la cara y en el trasero. Eran tan modernas por fuera, hablaban inglés y habían viajado, y al mismo tiempo tan tradicionales por dentro, que le sorprendía incluso a ella, que se había criado en una familia nacionalcatólica. Hablaban de Europa, criticaban al Gobierno por

intentar islamizar el país, criticaban a esas mujeres que iban con velo, cuyo objetivo era, decían, enseñarles a las turcas pro-Atatürk que acabarían exactamente igual: tapadas. Hablaban sobre el trabajo, las vacaciones en el Egeo Turco, al que tenía muchísimas ganas de viajar, pero que dado el trabajo tan intenso de Onur no podían visitar aún. Las novias y mujeres se debatían en una especie de modernidad europea superexagerada, con un agarre interno a la cultura turca que le llamaba muchísimo la atención: hablaban de sus matrimonios (y se mostraban muy celosas), de los hijos, los padres, las obligaciones…

Poco a poco descubría, en el entorno en el que se encontraba, cómo era de verdad Turquía. Tenía muchísimas ganas de salir unos días de Estambul e ir a Bodrum, una ciudad muy al estilo andaluz, ubicada en el Egeo turco, con callecitas blancas adornadas con flores coloridas, el mar brillante… Le encantaron las fotos de la ciudad que había visto en Internet. Pero Onur no paraba de trabajar, así que no podían ir. Prácticamente solo libraba los domingos, al parecer era lo normal en Turquía, donde comenzaba a comprobar que las condiciones laborales eran aún peores que las de España (nunca había sido sensible tampoco respecto de estas cuestiones); los sueldos no debían de compensar tantas horas, no ya por Onur, que no sabía ni cuánto cobraba, ni tampoco por sus amigos y sus novias o mujeres, sino porque en la calle se veía que no había mucho dinero: el agotamiento reflejado en la cara de todas esas personas que caminaban por ella… debía de ser también por el exceso de trabajo y el salario no correspondido.

Se fijó aún más en las tradiciones y las costumbres de Turquía. Aprendió que lavarse las manos es muy importante, por eso los establecimientos como restaurantes, cafeterías, comercios, etc., ofrecían colonia de limón. Otra tradición que interiorizó es que los zapatos no se metían en el interior de las casas porque entraba la suciedad de la calle. La costumbre de beber mucho raki y cerveza y poco vino la conocía de sobra. Anotó mentalmente que cuando se juntaba un grupo de amigos en una casa o cuando se visitaba a alguien, las mujeres lo preparaban todo en la cocina mientras los hombres bebían un té, una cerveza o un raki en el balcón o en el salón. Otro detalle: en España el trabajo se organizaba según los horarios de las comidas, sin embargo, cuando salía a airearse del aburrimiento que le generaba estar aislada en esa casa, siempre veía a gente comer, daba igual la hora del día que fuera.

El paso de los días desmantelaba esa visión turística que había tenido de Estambul. Se seguía percatando de más detalles. Por ejemplo: Onur siempre escribía sus WhatsApp o sus mensajes en Facebook acabándolos con puntos suspensivos; pues bien, también se había dado cuenta, cuando las novias y mujeres empezaron a

agregarla en Facebook (después lo hicieron los amigos, siempre después de cada novia o mujer), de que siempre acababan sus mensajes con puntos suspensivos.

Tenía tanto tiempo durante el día que se obsesionaba con interpretar lo que veía en la calle y lo que descubría en casa, y, en esas exploraciones mentales diarias, dedujo que esos tres puntos suspensivos era una consecuencia de que los turcos no dicen las cosas directamente, sino que parecen moverse siempre en un terreno prudente con un aura de misterio que lo envuelve todo.

En esos devaneos mentales que mantenía día a día, se preguntaba cuáles eran sus propias resistencias culturales a la hora de adaptarse a otro país tan diferente. (Aunque Onur y su entorno se declararan europeos, e incluso creyera que sí se acercaran sutilmente, a ella no le parecía que aquello fuera Europa, al menos la Europa occidental en la que ella se había criado y a la que estaba acostumbrada).

Pasado el primer impacto de felicidad por verse nuevamente junto a Onur, se dio cuenta de que era una mujer occidental sola en una urbe tan grande. El cambio a Estambul suponía para ella una oportunidad para comenzar una nueva vida, debería sentir que Estambul era una maravilla de ciudad con muchísimos rincones por descubrir. Sin embargo, se dio cuenta de que no le apetecía hacer turismo. Ya no era una turista. Y en contra de esa felicidad que debería sentir, caía en una inseguridad que no había sentido jamás: en realidad no tenía a nadie en Estambul, se trataba del entorno de Onur, no el de ella; no hablaba turco, no tenía trabajo, tenía muy poco dinero, se sentía además culpable por la tormenta que había desatado en España; se sentía frágil, muy sensible, cualquier comentario le afectaba; se sentía sola, sin saber cuál era su lugar en el mundo, ¿Estambul?, ¿Madrid?…

Una vez que tuvo tiempo de verse en Estambul se dio cuenta de que no era lo mismo viajar a la ciudad por vacaciones, cuando se tenían por delante cuatro o cinco días para disfrutar al máximo antes de volver a una vida llena de rutina y cotidianidad que se repetía sin las variables de la emoción…, y vivir en Estambul.

Quizás lo que la salvaba de todo ese cúmulo de sentimientos y emociones que tenía era lo bien que marchaba su relación con Onur. Estaba sorprendida de que cada día continuara siendo como era, esa serenidad con la que afrontaba la vida, muy en la línea de esa templanza que se sentía en la sociedad turca; le encantaba cómo Onur empujaba la vida hacia la risa, tan atento y cariñoso hacia ella, con esa ternura que tanto la cautivaba.

Onur podía llegar a trabajar hasta diez o doce horas al día, volvía con cara de cansado, y, sin embargo, le prestaba atención de verdad, le daba un beso, le decía lo mucho que la había echado de menos, le

recordaba lo mucho que la quería, y lo guapa que era, y lo lista que era, y le preguntaba qué había hecho durante el día. Disfrutaba hablando con ella, tranquilamente, tomándose su raki habitual, haciendo bromas. Charlaban sobre España y Turquía, Europa y Asia, Oriente y Occidente… Y Onur no mostraba ninguna prisa en irse pronto a dormir, para levantarse al día siguiente con la energía suficiente para hacer frente a más horas de trabajo.

Incluso en días laborales, venían algunos amigos con las novias o mujeres a casa y se quedaban a dormir. Al ser una ciudad tan grande era muy complicado quedar con un grupo grande de personas. La vida se estaba volviendo, en contra de lo que había experimentado en toda su vida en España y de sus expectativas antes de mudarse a Estambul, muy casera. Las distancias eran tan largas y el tráfico tan pesado que la movilidad se veía reducida por un factor que no se suele tener en cuenta: el cansancio.

Se encontraba en ese vórtice de sentimientos, descubrimientos, autodescubrimientos… cuando empezaron los problemas de verdad.

18
Llamadas

No tenía trabajo, apenas tenía dinero, al menos no en las cantidades que estaba acostumbrada a manejar (se daba cuenta de que nunca había sido consciente de los gastos en los que incurría hasta que perdió el trabajo y la Visa Oro); no tenía a su familia a su lado, el enfado con padre y madre se disipaba en los momentos en los que les echaba de menos, o quizás lo que más echaba de menos era la seguridad de saber que estarían allí para cualquier cosa que necesitara; no tenía a sus amigas, era verdad que en España en los últimos tiempos tampoco quedaban demasiado, pero echaba de menos hablar con ellas, más concretamente, hablar con ellas en castellano y desahogarse, hacer bromas, reírse de sus escapadas y sus descuidos; en Estambul ni siquiera podía hablar su idioma, no tenía ni idea de turco, solo manejaba lo básico para pedir un pan, un café o una cerveza, dar los buenos días y las buenas noches, decirle a Onur un «te quiero»…

En este contexto de dudas, incertidumbre, preguntas, descubrimientos, inseguridades, amor…, empezó a recibir llamadas telefónicas. En las llamadas creía oír: *«Orospu, orospu…»*. Miraba la pantalla del teléfono extrañada, tan extrañada que había pensado que quizás no era *anne* quien la llamaba, sino otra persona que se había equivocado, o quizás era *anne* y quería llamar a otra persona y no a ella, a Carla. En la pantalla veía «*anne*». Onur le había grabado su número en el móvil nada más aterrizar en Estambul, no fuera a tener un problema urgente y él estuviera ocupado en la oficina y no pudiese responder a la urgencia, en esa línea de tener cuidado en Turquía.

Eso que identificaba como *orospu* le hacía pensar en la palabrota que Onur le había enseñado y con la que bromeaban muchas veces. Carla no tenía ni idea de turco, únicamente lo básico, pero las palabrotas, como suele pasar, las dominaba a la perfección.

Onur le había enseñado palabrotas en turco como en secreto, en un ambiente íntimo, sin que nadie les escuchara. Carla había aprendido que *salak* significaba estúpido, *amınakoyum* podría traducirse como «meter algo en tu vagina» y *orosputzuyu* significaba hija de puta. Después, cuando quedaban con sus *kanka*, él le pedía que reprodujese esas palabrotas. Todos reaccionaban con una risa muy nerviosa y Onur se reía de una manera muy tímida, como queriendo tapar su boca, un niño grande que se ríe de algo muy grave que no puede saberse. Quizás porque ella era *española* y tenía otro acento, o puede que porque fuera mujer, y las mujeres no debían utilizar esas palabras tan feas.

Carla le seguía el juego porque en España era algo muy común decir palabrotas. En España la gente estaba más que acostumbrada a utilizar en su día a día insultos o increpaciones como «cabrón», «hijo de puta», «la madre que te parió»… A diferencia de Turquía, donde apenas las escuchaba en las conversaciones de la gente, a no ser que Onur estuviera muy enfadado cuando conducía, entonces sí soltaba un *amınakoyum* o un *orosputzuyu*. Se sorprendía del contraste entre lo tranquilo que se mostraba en el día a día, incluso cuando tenía problemas en la oficina, y lo nervioso que reaccionaba al volante.

Cuando escuchó por teléfono ese *«Orospu, orospu»* y miró la pantalla del móvil y en la pantalla del móvil aparecía *anne*, no se lo podía creer. ¿Le había dado un ataque de locura a esa mujer, o qué le sucedía? Onur llegó de trabajar, como era costumbre, a la tarde-noche, tras haberse ido por la mañana muy temprano. Carla había comenzado a preparar la cena, o al menos a intentarlo, no tenía ni idea de cocinar (nunca se había preocupado de estas cuestiones). Le contó que *anne* la había llamado por teléfono y había gritado *«Orospu»*, explicando así que la madre de su novio la había llamado para decirle que era una hija de puta.

Onur reaccionó con gesto de que aquello no podía ser, era una mujer mayor, tenía problemas con la vista. ¿Cómo iba *anne* a llamar a Carla para insultarla? ¿Cómo iba *anne* a llegar a ese extremo? Ya habían hablado sobre el tema y *anne* se había callado, no se había opuesto (eso Onur no lo decía en alto, sino que lo pensaba para sí). En aquella conversación en el coche hacia el hospital, *anne* no había respondido, por lo que ese silencio significaba una oportunidad, aunque en aquel primer desayuno se le fue un poco de las manos, pero dedujo que era la primera impresión y debía tener paciencia con que *anne* aceptara a otra mujer que no fuera Merve. Seguramente se había confundido de persona al llamarla a ella. También le pidió a Carla que le mostrara el teléfono para ver el registro de las llamadas. En el registro vio una llamada de *anne*. El número era el correcto: quizás él se había equivocado a la hora de añadirlo en contactos, aunque… Lo que podía ser era que Carla apenas sabía turco y, si bien era verdad que había aprendido muy bien las palabrotas, seguramente no había entendido bien lo que *anne* quería decirle. O, quizás, ¿Carla era como Merve y mentía? ¿Puede que *anne* efectivamente sí la hubiese llamado y Carla manipulase sus palabras?

Las mujeres turcas eran expertas en ponerte entre la espada y la pared. Al principio parecían muy dóciles y tan amables…, tan arregladitas y muy modernas, incluso muchas de ellas se autodefinían como feministas, y después, cuando te tenían entre sus garras, te forzaban hacia ellas y te obligaban a separarte de *anne*. Él nunca había estado en esa situación, pero algunos amigos habían tenido grandes

discusiones con las mujeres (una vez que se casaban y sacaban su verdadera personalidad, porque cuando eran novias eran diferentes). Las mujeres de sus amigos, no todas, pero sí la mayoría, les acusaban de que no se separaban de sus *anne*, y les recriminaban que hacían lo que las *anne* querían, y que ellas, sus esposas, se situaban prácticamente en la última posición de la cadena de importancia para ellos. Merve podía ser posesiva y muy celosa, pero no había sido de ese estilo, ya que la familia de Merve era muy amiga de *anne* y de *baba*. ¿Pero quizás Carla sí fuera como ellas?…

La miraba, la veía triste, contenida, intentado hacer una cena que estaba malísima. Él disimulaba y volvía a mirarla: no veía rastro de malicia, nunca le había presionado con la cuestión del matrimonio, ni siquiera había sacado el tema, parecía más bien lo contrario, no estaba obsesionada con la idea de quererlo para ella, casarse con él y vivir de él. Parecía una chica independiente. Las mujeres turcas únicamente tenían que preocuparse de buscar un buen marido; incluso las que se hacían pasar por mujeres supermodernas, cuando encontraban un buen marido, se olvidaban de la necesidad de trabajar y de las preocupaciones de sustentar el hogar y la familia, porque en Turquía eso correspondía a los hombres.

Carla callaba y recobraba el sentido, él tenía razón. ¿Se estaba volviendo loca o estaba paranoica?…

Las llamadas continuaron, mientras Carla hacía un esfuerzo por no prestar atención. Pero aquellos *«orospu»* calaban en ella. Se hundía, se hundía, se hundía. La hacían sentirse más insignificante, más insegura aún en ese cúmulo de dudas, preguntas, inquietudes, incertidumbres que ya traía. Optó por no volver a comentarlo con Onur. Aquella primera y única vez que se lo dijo se dio cuenta de lo absurdo que sonaba esa tontería de que su suegra —en realidad su suegra no, porque no estaban casados, su medio suegra— la llamaba casi a diario para decirle que era una hija de puta.

Hasta que las llamadas cesaron y se elevó el nivel de la tensión: comenzaron las visitas a casa.

19
¿Necesitas algo?

Carla vagueaba por la casa: un desayuno ligero (nada de un desayuno turco a diario); una sesión de yoga y meditación para destensar el cuerpo y, sobre todo, anclar la mente; recoger la casa, pensar en qué preparar para cenar. Se pasaba prácticamente todo el día sola en casa, así que no prestaba mucha atención a las comidas: alguna ensalada ligera, algo de carne a la brasa, pescado cocido…

Andaba para aquí y para allá en el interior de la casa, dejándose el café por todos los lados en esa rutina que poco a poco iba creándose, cuando, de repente, sonó el timbre. Miró hacia la puerta, medio dormida aún. ¿Quién podía ser a esas horas? Onur no le había dicho nada de que esperaran un paquete. El timbre sonó de nuevo. Abrió la puerta del portal. Permaneció atenta hasta que sonó el de la puerta. Esperó unos segundos. Una mujer hablaba en turco. ¿Quién podía ser? Abrió la puerta unos centímetros, se sorprendió de encontrarse a *anne*, ya que Onur estaba trabajando.

Empujó la puerta con la mano y pasó decidida. Carla tuvo que echarse a un lado. *Anne* miraba hacia todos los lados y hablaba en turco, pero Carla no entendía absolutamente nada. «Onur…, Onur está en el trabajo. Estoy sola», le decía en castellano, como si *anne* fuese capaz de entenderla. Comenzó a gesticular, intentado hacerle entender que Onur no estaba, pero *anne* no le hacía caso. «*Onur is at work, I'm alone here*», tradujo al inglés, sonaba ya algo desesperado. «*Turkçe, Carla, Turkçe*», *anne* medio gritó en señal de que tenía que aprender turco, porque no había manera de entenderse.

Anne abrió el armario repleto de zapatos en la entradilla. Parecía que buscaba algo. No se descalzó, sino que seguidamente entró en el salón y continuó abriendo los escasos armarios que acompañaban a la gran pantalla de la televisión. Después pasó a la cocina e hizo lo propio con cada armario.

Carla la seguía, agarrándose a la taza de café, sin saber qué decir, cómo reaccionar; no entendía la situación. ¿Qué estaba haciendo *anne*? ¿Estaba buscando algo? ¿No se daba cuenta de que Onur no estaba? ¿Necesitaba algo urgentemente? *Anne* hablaba en turco, en un tono algo enfadado, como si le reprochara algo. Carla empezó a ponerse nerviosa: en pleno bloqueo emocional de no entender la reacción de *anne*, quien seguía hablando en turco, Carla se hundía, se hundía, se hundía.

No le importaba la cara descompuesta de la españolita que había llegado a Estambul para casarse con su Onur y quitarle el dinero a la

familia, y de paso convertirlo al catolicismo. Sí, esa españolita que se abría de piernas a la primera de cambio era una enemiga para Turquía que debía ser aniquilada, aunque Onur no debía enterarse, delante de él debía guardar las apariencias.

Carla observaba sus movimientos y repetía «Onur no está en casa, *Onur is not at home*. Onur está en el trabajo, *Onur is at work*», lo decía una y otra vez, tanto en castellano como en inglés, en un intento desesperado por que *anne* la entendiera. De lo que Carla no se daba cuenta es de que daba igual lo que dijera o hiciera, nada podía hacerle entender a *anne* lo que Onur y ella estaban haciendo: desobedecer.

Anne continuó a lo largo del pasillo hasta que llegó a su dormitorio. La cama estaba sin hacer, a través de la ventana entraba el aire fresco del exterior y la luz inundaba la habitación. Abrió todos los armarios, mientras Carla asistía por detrás de ella espantada ante el espectáculo que estaba viendo: ¿qué quería?, ¿qué buscaba?, ¿necesitaba algo tan urgentemente?

Empezó a sentirse sola, más sola que nunca; empezó a sentir que *anne* violaba su intimidad, la única intimidad y seguridad que le quedaba en Estambul: había dejado todo y a todos para instalarse en esa ciudad tan monstruosa, y el único lugar que había sentido como seguro era la casa de Onur. Cada paso que *anne* daba era una marca en contra de ella.

Anne cogió toda la ropa de Carla y la tiró, desordenada, sobre la cama. Miró hacia un lado y hacia el otro. No había más armarios y cajones que abrir. Vio a Carla llorar, decía algo en castellano y en inglés, le pareció hasta que decía «*Dur, dur*», pero le daba igual, no le importaba en absoluto cómo pudiera sentirse esa sabandija.

Efectivamente, Carla pasó del bloqueo al llanto. Lloraba porque no entendía la situación. Lloraba de angustia de verse ocupada por *anne*. ¿Por qué se comportaba de esa manera con ella? ¿Qué había hecho para que la tratara de esa forma? ¿Era el mal karma por su comportamiento con Guille? ¿Era el mal karma por haber desobedecido a padre y haber dejado a madre en la cama?

Lloraba de soledad, de impotencia, de lo perdida que estaba, de no entender ese nuevo mundo en el que se veía: ella pensaba que todo iba a ser fácil, bonito, un descubrimiento junto a Onur, un disfrute con él, un dejarse fluir en Estambul. Pero nada estaba saliendo según lo previsto. Todo sucedía exactamente al contrario de lo que ella había imaginado.

Anne volvió al pasillo, recorrió nuevamente el salón, seguía hablando en turco y como si le reprochara algo, pero ¿el qué?… Hasta que se puso nuevamente la chaqueta y se fue sin más.

Carla se quedó allí, violada en su único espacio seguro en Estambul. Dejó la taza de café sobre la encimera de la cocina, miró a

su alrededor. *Anne* había dejado todos los armarios abiertos. Volvió a la habitación: su ropa yacía desordenada sobre la cama sin hacer. Todos los cajones, todos los armarios, todo tocado por la mano de esa bruja que se había puesto como objetivo hacerle la vida imposible; a ella, que nada le había hecho.

Al fin Carla acertó a entender qué era lo que tan ansiosamente quería y buscaba *anne*.

Onur intentó tranquilizarla y le pidió, una vez más, que le contara qué había sucedido. No lograba entenderla entre tanto sollozo. Desde su despacho, reaccionó extrañado. ¿Otra vez el asunto de *anne*? ¿*Anne* había abierto todos los armarios de su casa? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Era Carla acaso una manipuladora o entendía muy mal todo lo que sucedía a su alrededor? ¿Por qué Carla no reaccionaba a su propio estado de ánimo y se alzaba de una maldita vez? Se sintió enfadado.

Anne nunca se había comportado de esa manera. Cierto que nunca había estado con una mujer que no fuera Merve, pero incluso en esos vaivenes con Merve que llevaban a interrupciones de relación constantes, *anne* jamás había intervenido, nunca había visitado a Merve, quizás alguna vez la llamó por teléfono, eso sí, y no le gustaba, aunque en Turquía fuera lo más común que una suegra llamara a su nuera, pero jamás se le hubiese ocurrido ir a casa de Merve a invadir su espacio.

Carla estaba tremendamente sensible, de eso no cabía duda; al principio, cuando se mudó a Estambul, se la veía muy contenta, pero a medida que avanzaban los días el ánimo decaía, y se la veía más apagada e insegura, como si necesitara su ayuda para todo. Intentó tranquilizarla, prometió que hablaría con *anne* y le pediría una explicación de lo ocurrido.

Una vez que habló con *anne*, se quedó más tranquilo. Su madre le dijo que había ido a preguntarle a Carla si necesitaba algo, ya que se había mudado recientemente a Estambul, y tal como dicta la hospitalidad turca, había acudido por si necesitaba alguna cosa. Sin embargo, Carla se había mostrado muy reacia, además no avanzaba en estudiar turco (ahí Onur replicó y le pidió paciencia, solo hacía algunas semanas que había aterrizado definitivamente en Estambul y no se le podía exigir que tuviera un máster en turco, ya hablaba otros idiomas perfectamente y aprendería muy fácilmente). Carla tampoco le había ofrecido un té ni había tomado su chaqueta ni había hecho un gesto para tomarle sus zapatos (ahí él contestó que Carla era extranjera, no tenía importancia, no conocía las reglas de la hospitalidad turca, no sabía que debía ofrecerle un té; Carla además

no era la típica mujer que sabía manejarse en la cocina, más bien lo contrario, se le daba tremendamente mal, lo corroboraba cada noche, así que no se le podía exigir el trato que hubiese dado una turca a su suegra en una visita).

Anne escuchó la palabra suegra. Tal vez sí se habían casado en secreto, no solo en secreto, sino que esa víbora de Carla habría empujado a su Onur a casarse por la Iglesia, convirtiéndolo al cristianismo, a él, que era un musulmán (musulmán turco, por supuesto, nada que ver con el resto de musulmanes de países árabes, ellos no eran árabes, pero sí musulmanes).

Onur insistió en que *anne* la había visitado porque estaba preocupada por ella. Añadió además que según la hospitalidad turca —omitió que no le había ofrecido un té a *anne*, ni le había cogido la chaqueta, ni le había preguntado por sus zapatos, ni tampoco la había acompañado al salón— era muy común que *anne* fuera para ver si necesitaba algo, y en caso de que así fuera pudiera ir en un momento a comprarlo, y al no estar muy acostumbrada a tratar con extrajeras, empezó a revisarlo todo por sí misma.

Carla se quedó callada, ya no sabía ni qué pensar: ¿esa mujer tenía un problema con ella o se estaba volviendo loca en aquella ciudad? Quizás ¿estaba demasiado sensible y todo se lo tomaba mal? ¿Era cierto que quería ayudarla?

Lo dejó pasar y se recompuso, al menos, hasta el siguiente asalto.

20
El escaso momento de disfrute

No fue más tenso, no porque no hubiera tensión, sino porque Carla no se enteraba ni de la mitad de lo que ocurría.

Mientras Onur trabajaba, ella añadió a su pequeña rutina aprender por su cuenta el idioma turco, pero la soledad la carcomía todo el día, no hablaba con nadie, no se relacionaba con nadie, perdía alegría y motivación de vida. Después de su comida ligera, salía a la calle, daba un paseo, tomaba un café o un té, miraba algunas tiendas.

Pensaba en los horarios establecidos del trabajo y el rechazo que tanto le solían provocar antes. Echaba de menos tener una rutina: levantarse a una hora fija, ir a trabajar, sus clases de yoga con el maestro, quedar con sus amigas. Echaba mucho de menos hablar espontáneamente en español, sin necesidad de quedar con alguien *online* para desahogarse. Echaba de menos el ruido, la cerveza, el vino y la comida españoles.

Echaba muchísimo de menos España.

Había vivido en el extranjero, en una situación diferente de aquella en la que se encontraba ahora: sin Visa Oro, sin trabajo, padre todavía enfadado, madre que la llamaba para preguntarle qué tal iba todo y ella volvía a convertirse en la mentirosa de las mentirosas porque no quería admitir en público que no se encontraba nada bien.

Cuando Onur volvía a casa, la besaba, le sonreía, servía para ella una copita de vino bien fría, para él un raki, se sentaban juntos y charlaban. Era el momento más maravilloso del día, el escaso momento de todo un día en el que podía compartirse con alguien, en el que se dejaba fluir, en el que se permitía desconectar de su propio ruido interno, en el que disfrutaba.

Justamente el siguiente asalto se dio en ese escaso momento de disfrute diario. Onur apareció un pelín más tarde de lo habitual, lo que enfadó a Carla, y cuando él consiguió apaciguar la discusión, el timbre volvió a sonar.

Carla miró hacia la puerta, en señal de alarma. Nada bueno traía el ruido de ese timbre. ¿Quién sería a esas horas? No esperaban ningún paquete. Habló brevemente en turco. Se giró hacia Carla y le dijo: «Es *anne*». Ella le devolvió la sonrisa desde el salón, recolocándose en su papel de mentirosa.

Anne subió las escaleras y reapareció ante la puerta. Onur le dio la bienvenida con un abrazo muy caluroso, cogió su chaqueta, le ofreció unas zapatillas y la invitó a entrar en la casa. Carla se quedó en el sofá, desde donde alzó la mano, dándole la bienvenida sin preocuparse

en todo lo que desgranaba esa falta de atención cuando se recibe una visita en Turquía.

De eso sí se dio cuenta *anne*, quien calló y se dejó llevar por su hijo hasta el salón. Onur la invitó a sentarse en el otro sofá y le ofreció un té.

Carla estaba ya en señal de alarma, pero la actitud de *anne* era bastante normal. Quizás Onur tuviese razón y se lo tomaba todo muy a pecho. No ocurría nada de lo que preocuparse.

La pobre Carla no se daba cuenta que *anne* había llegado para calificarla, si es que no le había puesto ya nota desde mucho antes de que la conociera, exactamente, desde el preciso momento en el que Onur le habló de ella. *Anne* había ido en busca de la atención de Onur. Por eso únicamente le miraba a él y hablaba con él, en turco.

Anne había ido sin expectativas de que Carla hiciera lo que debía hacerse. Primero, en el recibimiento, darle un abrazo, un beso… *Anne* tendría que contarles a sus amigas que efectivamente Carla era como ella la había identificado: fría.

Por segunda vez Carla tampoco tomó su abrigo, en este caso su chaqueta, ni tampoco se molestó en levantarse del sofá para recoger sus zapatos y darle unas zapatillas. *Anne* tendría que contarles a sus amigas que efectivamente Carla era como ella la había identificado: nada cuidadosa.

Carla tampoco se había levantado del sofá para acompañarla hacia el salón, ni le había ofrecido un té, ni había prestado atención a que tomara el último sorbo para servirle uno nuevo. *Anne* tendría que contarles a sus amigas que efectivamente Carla era como la había identificado: una maleducada.

En aquella única ocasión en que acudió a su casa, no le ayudó a colocar ni un vaso sobre la mesa, tampoco a recoger nada. Y en esta visita no es que no hubiera prestado toda la atención que se exige a los anfitriones en Turquía, es que no tuvo ninguna en absoluto. En Turquía hay anfitriones que permanecen al lado de la puerta únicamente para prestar atención a sus invitados y a sus necesidades. Ella misma, cuando era joven, se había sentado al lado de la puerta por si sus invitados necesitaban algo y evitar así atravesar la sala y pasar frente a ellos. Pero Carla no se había inmutado, ni siquiera se había levantado del sofá, además se sentaba en este como si anduviera por su casa, cuando era la casa de Onur.

Vista la situación, ni siquiera se molestó en comprobar hasta qué punto estaba limpia la casa. En la anterior visita, cuando Onur estaba en el trabajo, se había dado cuenta de que había polvo en muchos de los armarios (había pasado el dedo por encima y estaban verdaderamente sucios). Carla tenía todo el día para limpiar: no trabajaba y, por lo poco que hablaba turco, parecía que tampoco se

dedicaba mucho a aprender el idioma, así que dedujo que era una auténtica vaga.

Anne tendría que decirles a sus amigas que Carla no sabía cuidar bien a su *misafir*. Por lo tanto, no podría pedirle a Carla que también la llamara *anne* (algo muy común que se dice en Turquía a las nueras, sobre todo, cuando viven con los hijos después del matrimonio). No sabía qué ocurría con Onur, desde la ruptura con Merve estaba insoportablemente rebelde.

Onur de vez en cuando le traducía a Carla lo que estaban hablando, pero después *anne* absorbía su atención. El escaso momento de disfrute al día se esfumaba: *anne* hablaba con Onur y no hacía ningún esfuerzo por hablar con ella, a quien ni miraba.

Aquel pequeño detalle, sumado a las llamadas de *«Orospu»* y a la violación de su espacio, la hundía más en ese fango en el que estaba cayendo. *Anne* no hacía más que empujar y empujar hacia abajo, con una sonrisa, siempre en turco, nunca de una manera directa y clara, jamás delante de Onur.

Le ganó con las llamaditas insultándola. Le ganó la batalla abriéndole todos los armarios y desnudando así la escasa seguridad que sentía en Estambul. Y ahora le ganaba la batalla en un asunto muy peliagudo en Turquía: las visitas se producen de sorpresa, por eso se debe tener la casa siempre limpia. No es que fuera especialmente divertido para *anne* ir a visitar a Onur, pero en Turquía funcionaba de esa manera: una parte de la socialización se produce en visitas a casas para tomar un té o un café. El invitado habla en su entorno de cómo ha sido tratado por la anfitriona, y la anfitriona (mujer) recibe una especie de calificación social. Las mujeres en Turquía, desde bien pequeñitas, son educadas para aprender a recibir una visita: ofrecer un buen servicio, preparar un buen té, un buen café, para luego cuando se tenga una suegra poder servirle bien.

Anne tuvo ganas, mientras hablaba con Onur, de decirle a su *gelin* (su nuera): «Tú deberías hacer el té, tú deberías hacer el desayuno, tienes que aprender a cocinar». Pero, en vez de eso, fue más lista. Le dijo a Onur que le comunicara a Carla que quería invitarla a una reunión con sus amigas para presentársela. Onur se lo dijo a Carla muy contento, y ella preguntó si las amigas de *anne* hablaban en inglés. (Si no hablaban en inglés, ¿qué pintaba en esa reunión?) Él le pidió que aceptara la invitación, por favor. Eran reuniones importantes para las mujeres y si *anne* la había invitado era porque quería presumir de su nueva nuera (por primera vez mostraba un signo de aceptación hacia Carla). Carla asintió, no porque le apeteciera lo más mínimo acompañar a esa mujer, sino más bien para complacer a Onur.

La calificación que Carla había recibido, sin siquiera darse cuenta,

no era un suspenso, sino más bien un hundimiento social en toda regla, que vería por sí misma en esa reunión de mujeres turcas en la que no comprendería nada, pero lo entendería todo.

21
Reunión de mujeres

Una vez concretado el día y lugar en que *anne* se reuniría con sus amigas, Carla no tuvo más opción que acudir. Al menos ese día estaría con más personas… Aunque a veces es mejor estar sola que mal acompañada.

Onur quiso llevarla en coche hasta la misma puerta de la casa de *anne*. Él pasaría a recogerla cuando se terminara la reunión. Carla estaba nerviosa. No entendía nada de turco, ellas no hablaban inglés, ¿qué haría en aquella reunión?

Carla recibió un abrazo muy afectuoso de *anne*. Se extrañó de que la tratara tan cariñosamente, mientras que por detrás de Onur seguía con aquellos «Orospu, orospu…» y no dejaba de invadir su escaso momento de disfrute del día. Pero oficialmente *Anne* se comportaba como si nada, lo cual hasta le había hecho dudar al principio sobre si lo que sentía era real.

Anne cogió los zapatos de Carla y colocó su chaqueta. Les invitó a acomodarse en la sala y seguidamente les sirvió un té. Carla se quedó extrañada: ¿no iban a casa de una amiga de *anne*? Eso es lo que había entendido. Onur le dijo que sí, que esperara un poco, *anne* debía de terminar de prepararse. Si ya estaba maquilladísima y parecía completamente preparada… Además, no le gustaba beber tanto té, le ensuciaría los dientes. Muchas mujeres llevaban esos dientes tan blancos (y tan artificiales, sería superabrasivo para el esmalte), al contrario de muchos otros que tenían los dientes ennegrecidos. Se tomó el té a disgusto.

Finalmente *anne* volvió preparada. Intercaló algunas palabras con Onur en turco y miró a Carla: «*Adi, adi*», le dijo con prisa. Habían estado durante un buen rato en aquel salón y ahora tenía prisa. Onur cogió una especie de tarta empaquetada para ayudar a *anne* y se encaminaron hacia la casa de su amiga.

Una vez que Onur las hubo llevado hasta la misma puerta, se despidió de Carla con un beso en la mejilla y le recordó que disfrutara, como pudiese, de una reunión muy turca. Le había contado que, hace ya bastante tiempo, incluso, en determinados lugares de Anatolia, también en la actualidad, esas reuniones de mujeres tenían como objetivo apoyarse las unas a las otras. Carla lo miró con gesto de curiosidad, preguntándole qué quería decir con «apoyarse». Onur le explicó que las mujeres muy tradicionales, queriendo excluir de ese grupo a su *anne*, porque *anne* era una mujer supermoderna pro-Atatürk, se reunían una vez al mes en la casa de una de ellas. La

anfitriona —porque en Turquía es muy importante cuidar bien al invitado, se sea moderna o tradicional (un mensaje indirecto que Carla no entendió)— preparaba comida y té, y cada una de las amigas traía oro. Por lo que la anfitriona recibía de cada una de ellas una porción de oro, y ese oro le servía para pagar deudas o para asegurarse frente a determinadas circunstancias (Carla tampoco lograba entender ese aire de no decir las cosas directamente). Cada mes la reunión saltaba de una casa a otra, hasta que recorrían todas las casas de las mujeres que conformaban el grupo. Por supuesto eran espacios no solo para socializar y hablar, charlas entre mujeres, sino también para el cotilleo y para buscar esposa o esposo para sus hijos o hijas.

¿Mujeres que se reunían para buscar esposa o esposo a sus hijos? Eso no sucedía en España desde… Lo suyo con Guille no podía ni compararse… Cierto que en España las expectativas de los padres podían dañar, de hecho, dañaban (Tía Ana le habría respondido: «No son las expectativas de los padres las que dañan, sino tus propias expectativas»). En eso había pensado mucho durante tantos días aburridos hasta que llegaba el escaso momento de disfrute cuando Onur volvía del trabajo. Incluso podían adivinarse las intenciones de algunos padres en España, sobre todo, si pertenecían a un nivel social muy alto y los hijos/hijas se conocían desde muy pequeños y esas uniones, siempre dando un empujón pero jamás determinándolas, pudiesen fortalecer los respectivos negocios, pero lo que no había escuchado en la vida es que se dieran reuniones de mujeres para buscar pareja a sus hijos.

Onur le aseguró que *anne* y sus amigas eran muy modernas. No tenía de qué preocuparse. El único objetivo de que fuera a esa reunión era que *anne* precisamente presumiera de ella.

Carla respiró (uno, dos, tres, cuatro) y siguió los pasos de *anne*. Una mujer de edad avanzada, muy emperifollada y con bótox en los labios les dio un abrazo superafectuoso. Carla entró y el espectáculo comenzó.

Todo espectáculo requiere de una sala de exhibición. Una gran alfombra dominaba el suelo y dos sofás generosos se ubicaban uno a la par del otro, acompañados de tres butacas. En el centro reinaba una mesa pequeña, repleta de pequeños platos con dulces típicos turcos y vasos de té vacíos. La sala era grande y la iluminación contrastaba con esa decoración tan majestuosa y sobria. Frente a la mesita, la chimenea se erguía poderosa, y en el centro de la tarima se situaba un reloj al estilo de la película *La Bella y la Bestia*. A cada extremo del reloj había un candelabro, cuyas velas encendidas daban a la estancia

un aire de mucha elegancia.

Las paredes estaban revestidas de una madera color claro y, las columnas, grabadas con adornos decorativos tallados en la madera. Sobre las paredes colgaban unos cuantos cuadros: una mujer que parecía una emperatriz, un soldado que batallaba en tiempos antiguos…

Libros viejos forrados con pieles muy antiguas ocupaban algunas estanterías, así como imágenes en blanco y negro de personas lejanas en el tiempo y fotografías más actuales de una familia al completo.

Cada detalle con cada detalle. Una combinación global pensada al milímetro.

Tres mujeres ocupaban uno de los sofás y una butaca. La anfitriona desapareció, probablemente para dar el último toque al té y servirlo seguidamente con suma atención. Cada una de las amigas de *anne* saludó con un fuerte abrazo a Carla, tras observarla rápidamente de arriba abajo, rematando la operación con un *«çok güzel, çok güzel»*.

Carla daba las gracias: *«Teşekkür ederim, teşekkür ederim»*. *Anne* le indicó que se sentara junto a ella en uno de los sofás tan elegantes (y tan incómodos). Se fijó en las mujeres turcas: guapísimas, supermaquilladas y se sentaban muy rectas. Madre se habría sentido impresionada.

Carla miraba hacia un lado y hacia el otro, volvía la mirada hacia ellas, intentando adivinar qué decían, pensando en dónde estaría Onur. *«¿Turkçe? ¿Turkçe?»*, le preguntó una de las amigas de *anne* con una gran sonrisa. Aquella gente destilaba amor y cariño. Ella respondió avergonzada: *«Biraz, biraz»*. El resto rio hasta que *anne* retomó la conversación en turco.

Carla bebió un primer té, las miraba: bebían té sin pausa y charlaban animada. Como no entendía nada, se fijaba en el salón, en los libros y en las fotografías. Nada más se le acabó el té, la anfitriona le llenó nuevamente el vasito y le acercó el platito de los dulces típicos. Bebió otro té y aceptó un pastelito, no porque tuviera hambre, sino por educación. Todas hablaban y ella no entendía nada, a veces la miraban, y eso le hacía pensar que quizás hablaban de ella, pero después seguían a lo suyo.

El timbre sonó. La anfitriona y *anne* salieron del salón. La tacita de Carla estaba nuevamente vacía. Una amiga de *anne* se la volvió a llenar, sonriéndole y ofreciéndole otro dulce típico. Ella lo aceptó, otra vez por educación. Recomenzó su observación minuciosa del salón. Escuchó la voz de una mujer joven, las risas y las palabras en turco que no conseguía descifrar, a pesar de que ponía toda la atención del mundo: le sonaban tan extrañas…

Las voces se acercaban, hasta que una mujer joven con la cabellera morena tan bien cuidada, tan guapa y delgada, entró en el

salón. Nada más llegar, saludó a cada una de las amigas de *anne* con un abrazo muy caluroso. Después se dirigió a Carla en inglés:

—Hola, ¿qué tal estás? ¿Eres Carla, verdad?

¡Hablaba en inglés y sabía su nombre! El karma le había enviado a alguien para recompensarla y hacer del día un día en el que quizás tuviera dos escasos momentos de disfrute.

—Sí, soy Carla. ¡En un placer poder hablar con alguien en inglés!

Carla tuvo ganas de darle un abrazo, estaba muy emocionada de poder comunicarse con alguien. Le preguntó:

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—*Memnun oldum*. Yo soy Merve.

Anne sonreía por fuera y por dentro.

Merve se sentó entre *anne* y Carla, en esa misma separación que se daba en el exterior de ese salón de exhibiciones, aunque Carla no lo supiera. *Anne* las colocaba a su antojo.

Hablaban en turco. Carla logró entender formalidades básicas como «qué tal estás», «gracias»… Merve parecía una chica muy simpática, irradiaba mucha educación y ternura, como eran las mujeres turcas, que hablaban como si cantaran, alzaban el tono de voz de una manera muy melódica. Parecían siempre tan dispuestas, tan cariñosas, tan dulcecitas… Quizás pudieran ser amigas, así podría compartir con una mujer turca cómo se sentía, qué le chocaba, qué no le gustaba.

—*Anne* me ha pedido que venga para ayudarte a hablar con todas. Quieren saber qué tal estás en Estambul.

—Estoy bien, gracias, aunque la adaptación está siendo más difícil de lo que me creía.

—Por supuesto, debe de ser muy duro dejar a toda tu familia, a tus amigos y a tu novio en Madrid.

—No tengo ningún novio en Madrid —replicó, con aire de que aquello no le había gustado.

—Disculpa, pensaba que una chica tan guapa como tú tendría por supuesto un novio en casa.

Merve le sonrió y le tocó la pierna en señal de aparente paz.

Carla pensó en responderle que su casa ahora estaba en Estambul, pero no estaba del todo segura de esa afirmación, así que rechazó la idea. Para cuando quiso decir que su novio era, de hecho, el hijo de *anne*, Merve la cortó. Le preguntó por sus estudios y cuántos idiomas hablaba.

—Preguntan si sabes cocinar.

Carla se quedó extrañada. ¿Qué clase de pregunta era aquella?

—Nunca me ha interesado la cocina, me imagino que como a cualquier chica de mi edad. Ahora tengo más tiempo y estoy aprendiendo, aunque debo admitir que se me da mejor el yoga. —Estalló una pequeña risa que se difuminó nada más Merve tradujo y vio las caras paralizadas del resto de las mujeres. En ese preciso momento volvía a hundirse, a hundirse, a hundirse. Todas la miraban.

Más que oxígeno, se respiraba contención en el ambiente.

—Preguntan si has aprendido a cocinar comida turca.

¿Cocina turca? Si apenas sabía hacer una paella, cómo iba a preparar una comida turca en condiciones. Negó con la cabeza. Se hundía, se hundía, se hundía. Todas la miraban.

El tono de la conversación no le gustaba. En España le habían preguntado muchas veces cuándo iba a casarse con Guille, incluso padre y madre insistían en que se casara antes de vivir con él, padre y madre eran bastante tradicionales («ese rollo nacionalcatólico», recordó las palabras de tía Ana), pero nunca le habían preguntado sobre cocina. Era demasiado joven para ser una experta culinaria. Solo tenía treinta años.

Las preguntas siguieron en ese tono: la cocina turca, el idioma turco, las tradiciones turcas; qué pensaba de Turquía, si era católica o si tenía intenciones de convertirse al islam. ¿Convertirse al islam? La reacción de padre y madre si la vieran con ese pañuelo en la cabeza… Con lo que le gustaba llevar la melena al viento.

Se hundía, se hundía, se hundía. Todas la miraban.

Comenzó a sentirse la persona más extranjera del mundo. No era musulmana, no estaba casada, ni siquiera lo había hablado con Onur porque no era una prioridad para ella; no tenía expectativas de tener hijos, al menos a corto plazo; le daba exactamente igual la limpieza de la casa, y odiaba que su lugar fuera la cocina. Comprendió, a pesar de no entender nada de lo que decían, que no era ni sería nunca turca.

Esta nueva sensación de sentirse no turca la hundía, la hundía y la hundía en esa duda que comenzaba a planteársele sobre si Estambul era de verdad su destino. Si ser turca significaba sonreír a cada segundo, megamaquillarse para parecer una muñeca de porcelana que podía romperse si el marido de turno propiciaba una caída (era muy exagerado ver hasta qué punto se arreglaban); si ser turca significaba tener que saber, obligatoriamente, desenvolverse en la cocina como la gran chef que —se veía a leguas— no era…, entonces prefería ser una extranjera.

No había salido de un entorno nacionalcatólico por parte de padre y madre para meterse en un entorno de opresión clara hacia la mujer. Ella se había criado en Europa, en España, quizás padre tuviera razón y España fuera el mejor país del mundo, o simplemente, más allá de esa cuestión, Estambul no fuera un lugar para ella. Cada día se

acercaba más a esa idea, pero dudaba por todo lo que quería a Onur.

No hablaron de él. Le pareció raro que no le preguntaran. Quizás en la cultura turca era lo más normal del mundo no hablar de hombres en estas reuniones tan protocolarias de mujeres que decían ser tan modernas, aunque no le parecía que llevar tanto rímel, bótox en la cara y una minifalda fuera mucho más moderno que esas musulmanas tapadas a las que padre tanto criticaba. Nada más lejos de la realidad. Antes de que Merve apareciera en la reunión, *anne* y sus amigas hablaban sobre un posible candidato para una de las hijas que seguía soltera, su edad avanzaba estrepitosamente y buscaban un marido antes de que se convirtiera en una chica vieja.

La conversación al principio se dirigió hacia Carla, pero cuando obtuvieron las respuestas, continuaron en turco. Había perdido la cuenta de cuántos tés había bebido, a este paso tendría que blanquearse los dientes. El bolso se había quedado en la entradilla. ¿Había llamado Onur? Ojalá fuera a buscarla cuanto antes. Tenía ganas de que se acabara esa estúpida reunión de mujeres cotillas.

El tiempo transcurría tan despacio… Las demás mujeres charlaban muy animadas y ella se hundía, se hundía, se hundía. Como no entendía nada, había desarrollado una habilidad especial para analizar lo que ocurría en su entorno. En cuanto a las conversaciones, se dio cuenta de que se repetían de la misma manera: una persona (en este caso, mujer) hablaba, el resto la escuchaba atentamente, como si lo que fuera a decir fuera superimportante, y no respondían hasta que la persona en cuestión había terminado de decir lo que tenía que decir. Tendrían que ver lo que era una reunión al estilo de España: todas hablando a la vez sin escucharse, tapándose las unas a las otras, muchas ni siquiera hablarían porque otras dominarían la conversación de principio a fin, convirtiendo lo que iba a ser una reunión en un monólogo narcisista. Por lo que veía en Estambul, aquí se escuchaban y respetaban los turnos.

Merve anunció que se iba. Le hubiese gustado hablar más con esa chica joven. No le había prestado mucha atención.

Al rato, todas se levantaron y se despidieron de la anfitriona, dándole las gracias: *«Teşekkür ederim, teşekkür ederim»*. Se dieron un fuerte abrazo y dos besos, como en España.

Agarró el móvil por fin y leyó varios WhatsApp de Onur. Lo había echado muchísimo de menos:

¿Qué tal va la reunión, askim? ¿Todo bien? En breve voy a recogeros…

Onur las recogió en la puerta de la casa. Una vez dejaron a *anne* en la suya, se dirigieron a una terraza para contemplar las vistas de Estambul con una copa de vino bien fría.

—Cuéntame. ¿Qué tal ha ido? ¿Te han mirado de los pies a la cabeza?

—Ni que me hubieran hecho un examen. ¡Me han preguntado si sé cocinar! Qué preguntas más raras.

Onur se rio. Le encantaba que uno de los fuertes de Carla no fuera precisamente la comida.

—Si sé cocinar, si aprendo turco… Menos mal que ha venido esa chica para traducir, porque no entendía nada, aunque total, para lo que he hablado... —Resopló del aburrimiento extremo que había soportado, entraba en unas meditaciones tan profundas que salirse de esos estados resultaba difícil.

—¿Qué chica?

—Una muy simpática que hablaba muy bien inglés.

—¿De verdad?

—Sí, se llama Merve.

Por primera vez desde que lo conocía, Onur dejó de sonreír.

22
Lebrek al horno

Los siguientes asaltos se dieron en torno a la comida, durante las visitas incesantes de *anne*.

Onur y *anne* charlaban en el salón. Carla luchaba por hacer algo digno para cenar. La madre de Onur se había presentado una vez más en el escaso momento de disfrute del día, tras la dosis de soledad sufrida a lo largo de él, exactamente igual que el anterior: levantarse, desayunar algo ligero, hacer yoga y meditación para recentrar la mente y situarse en un presente que se le hacía difícil de soportar.

Enfrentaba la soledad en un mundo que le resultaba extraño; no se reconocía en esa nueva faceta solitaria, hasta que se mudó a Estambul había sido realmente muy sociable. Al principio Estambul parecía idílica y llena de magia, pero la magia se perdía en el transcurso de los días, con la excepción del fin de semana, más concretamente, del domingo, cuando Onur libraba y ella lo libraba de ir a desayunar con *anne* y Cansu. Le gustaba hacer otros planes, salir durante todo un día de aquella casa; empezaba a aborrecer esas cuatro paredes que la aprisionaban.

Justamente en ese escaso momento de disfrute, *anne* monopolizaba la atención de Onur y llenaba la conversación de un idioma que Carla no comprendía, a excepción de algunas palabras sueltas que conseguía identificar: *ev* (casa), *araba* (coche)…, términos simples que aprendía a base de escuchar conversaciones y preguntar a Onur qué significaba esto y aquello.

Onur y su madre charlaban en el sofá. Echaba tanto de menos España que en vez de preparar comida turca le había dado por preparar comida española: iba y venía del salón a la cocina para vigilar que la cena no se quemara en el horno. Onur le había pedido que preparara algo de arroz para acompañar al pollo. En Turquía, más que comer un plato único, tenían la costumbre de comer platos combinados: un poco de arroz y algo de patata asada junto con el pollo asado.

Las visitas constantes de *anne* la irritaban. La enfadaba además tener que hacerse cargo de la comida: ellos hablaban tranquilamente.

Él parecía no darse cuenta del enfado cada vez más notable de ella, o hacía caso omiso de él. Hasta que ella, suspirando ya sin preocuparse de parecer una maleducada, en ese día en concreto, después de tantas visitas de *anne* en ese escaso momento del día, llena de rabia e impotencia, le dijo explícitamente a Onur que por qué no se levantaba a comprobar cómo iba la cena, mientras ella descansaba en

el sofá de un día tremendamente aburrido que culminaba con una visita más aburrida aún, dado que no entendía nada de nada. *Anne* no hacía ningún esfuerzo por incluirla en la conversación y Onur traducía al principio, pero después lo dejaba, sumergiéndose en la conversación.

Entre palabras y risas de madre e hijo la devoraba la tristeza, el aburrimiento y, en esta ocasión en concreto, el enfado de verse una vez más excluida. Excluida, sola, aburrida y sin perspectivas de futuro. *Anne* no hacía más que acrecentar esa sensación: se hundía, se hundía, se hundía.

Lo repitió en un tono más directo. Onur le respondió, notablemente harto de verse entre la espada y la pared (que eran la una y la otra), que estaba cansado; había trabajado mucho y solo quería disfrutar un rato de una conversación con su madre. Carla se sintió más enfadada aún por mostrarse tan egoísta y replicó, harta de verse entre la espada (*anne*) y la pared (*anne*), que era ella quien estaba cansada de sus constantes visitas justamente en el único momento del día que tenían para ellos, y de paso, de hacerse cargo de una cena que no le importaba un pimiento. Le preguntó por qué no se buscaba a una turca, ya que ese era el estilo que se llevaba en Turquía, una mujer que le sonriera nada más llegar del trabajo, tan dulcecita y tierna, le tuviera la cena preparada, tan buena cocinera, y de paso le diera un masaje en los pies en señal de agradecimiento por mantenerla, en un día que había sido más aburrido que el anterior.

Onur se quedó callado, mirándola desolado (la segunda vez que no sonreía).

Anne dedujo la situación y calló delante de su hijo.

Carla comenzó medio a gritar y se replegó a la habitación llorando sin consuelo.

Desde la habitación no comprendía las palabras de *anne*, pero entendía su tono: si se comportaba de esa manera por preparar una de las cenas más simples que podían cocinarse, cómo iba a actuar cuando se casaran (si es que no se habían casado ya en secreto, convirtiéndolo a él en un católico que comía ese apestoso animal que era el cerdo); y si se comportaba de esa manera por recibir visita, cómo iba a comportarse cuando tuvieran hijos (se daba por supuesto que tendrían hijos, sobre todo tras ese matrimonio en secreto, los hijos además son lo más sagrado en Turquía, los hijos no solo pertenecen a los padres, sino también a los abuelos, por lo tanto también a ella).

23
La muy…

Una vez *anne* se marchó, hablaron largo y tendido. Onur le dijo que la entendía y que estuviera tranquila, no pretendía que fuera la típica turca. Al día siguiente, se levantó más tranquila, como si la noche anterior hubiera expulsado todo lo que llevaba en su interior. Deambulaba con la taza de café en la mano, para un lado y el otro de esa casa que no eran tan mala, en esa ciudad que todavía tenía mucho que ofrecerle, con la firme convicción de que Onur tenía razón: tenía que aprender turco para integrarse mejor. Una vez que hablara turco, haría muchísimas amigas y entendería todo a la perfección, por lo que desaparecería buena parte del aburrimiento que la consumía día tras día.

Iba de un lado para otro, cuando el timbre sonó. Abrió en señal de alerta, anticipando que, como siempre, sería *anne*. Sin embargo, Cansu la acompañaba en esta ocasión. Carla omitió al completo, exactamente como había hecho hasta el momento, el ritual de bienvenida que se le debe a un invitado en Turquía: sabía lo que tenía que hacer porque se fijaba mucho en lo que ocurría en su entorno (dar una bienvenida supercalurosa, recoger chaquetas y zapatos, proveer de zapatillas de casa, invitar a un té, prestar una atención infinita…), pero no lo hacía para darle de morros a *anne*. No tenía ninguna intención de satisfacer a esa mujer tan odiosa.

Cansu y Carla hablaron en inglés, mientras *anne* daba sus respectivas vueltas por la casa, seguramente, para verificar que seguía tan imperfectamente sucia como el día anterior. Tampoco le iba a dar el gusto de mostrarle una casa impoluta para satisfacerla. Por las buenas o por las malas entendería que esa casa no era su casa: *anne* no mandaba allí.

Cansu le preguntó qué iba a cocinar para la cena. Carla respondió si pensaban venir. Cansu preguntaba simplemente por curiosidad. «Qué obsesión con la cocina», pensó Carla, que solo pensaba en que se fueran de allí para salir a la calle a encontrar un curso de turco en varios lugares que Onur le había señalado. Él quiso llamar a los cursos para preguntar por los horarios, pero Carla prefirió hacerlo ella misma. Se acercaría a varias academias que había en la zona de Kadiköy y preguntaría por los horarios y el precio.

Respondió rápidamente que cocinaría lubina al horno. Había descubierto que el horno era la gran herramienta para cocinar rico y fácil (eso no lo dijo).

Después de hablar con Cansu un buen rato, al fin se fueron. Carla

pudo empezar con su rutina de yoga y meditación y rápidamente salió a la calle en busca de las academias donde aprender de una vez turco. A las horas, ya había conseguido la información: prefería el horario de tarde, ya que durante la mañana se entretenía con mayor facilidad y era a partir de la hora de la comida cuando se hundía, se hundía, se hundía, alargándose la soledad infinitamente hasta el escaso momento de goce del día.

Con toda la información obtenida, se sentó a comer en una terraza de Kadiköy a observar la vida escandalosa de Estambul. Empezaba a parecerse a los turcos: se sentaba y veía la vida pasar. Pensó en su actitud en Estambul y sintió tristeza por la carga que estaba arrojando sobre Onur. Se comportaba como una niña estúpida que se enfadaba a la primera de cambio.

Después, pasó por el pequeño bazar de comida que ponían a diario en uno de los centros de Kadiköy. Había descubierto, a base de caminar y explorar el área, que el barrio tenía diferentes centros neurálgicos. En el bazar compró el pescado para ir a preparar la cena, de esta manera Onur vería que se esforzaba por cuidarlo y no era una chica que le sobrecargaba con sus historias personales.

Se había puesto guapa para recibirlo, la lubina se cocinaba ya en el horno. El escaso momento de deleite en casa le supo a gloria, quizás como compensación de la escena que había montado la noche anterior, medio gritando y llorando delante de *anne*. Se sentía avergonzada.

Al poco, el timbre volvió a sonar. *Anne* no podía ser porque había estado con Cansu por la mañana. Pero, cuando la vio detrás de Onur con una gran bandeja en sus brazos, el escaso momento de disfrute se difuminó como si cayera a un precipicio.

Onur tradujo que *anne* había traído una gran lubina para los tres. Carla se quedó con una cara… «La muy zorra». Lo había hecho queriendo. Había traído a Cansu, que hablaba inglés, para saber qué iba a cocinar. Había preparado la lubina para competir con ella. *Anne* competía con ella. ¿Por qué Onur no se daba cuenta de lo que ocurría?

Hablaban en turco y no entendía nada. Era increíble: ante Onur se mostraba supercordial, como un ángel, pero cuando él no estaba se mostraba como quien era, una zorra usurpadora que aborrecía que las cosas no se hicieran como ella quería que se hicieran. Y él no se daba cuenta. ¿Cómo podía no darse cuenta? ¿Acaso no venía a casa para demostrar una y otra vez que Carla no era una mujer digna de Onur? La trataba así porque no era turca.

Lo soltó en el momento, tal cual, claro y conciso. Onur le pidió que por favor se calmara, tenían visita. Ya estaba harta de tanta visita. ¿Era normal que *anne* se metiera (día sí, día también) en su casa? ¿Era normal que justamente Cansu le hubiese preguntado qué iba a cocinar

y se presentara horas después con el mismo plato? ¿Era normal que no la respetara y le hiciera la vida imposible cuando estaba en otro país y no tenía amigos ni sabía el idioma? ¿Era normal que él no se diera cuenta de lo que verdaderamente estaba pasando ahí?

Harta de todo, se refugió de nuevo en el dormitorio, llorando sin consuelo. Onur se quedó sin palabras y, por tercera vez, con la sonrisa nuevamente congelada.

La que realmente disfrutaba era *anne*. Por supuesto, sin que su querido Onur viera la amplia sonrisa derivada del truco de su lubina perfecta.

24
Egeo turco

Tomaron un vuelo desde el aeropuerto Sabiha Gökçen, situado en la parte asiática de Estambul, para aterrizar al poco tiempo en Bodrum, ese destino de vacaciones por excelencia, no solo para Onur, sino para muchos turcos en Estambul que huían del calor y del asfalto en verano para resguardarse y disfrutar en esa ciudad de esencia mediterránea, cubierta de un blanco que resplandecía en fachadas y callecitas, con lujosos yates en la Marina, playas de ensueño y una de las vidas nocturnas más activas de toda Turquía.

Onur viajaba en vacaciones a Bodrum: se olvidaba del cansancio acumulado en el trabajo, del estrés y de la rutina de horarios, pero, en especial, conseguía desacelerar del ritmo estrepitoso de Estambul. Una ciudad tan grande, tan emblemática y llena de historia, requería de su opuesto para restablecer el equilibrio. El Egeo turco explotaba en una calma a pie de mar que refrescaba el alma. Decidieron irse unos días para descansar mentalmente y deshacerse de esa bola de enfado, irritación y reproches en la que estaban cayendo.

Bodrum es una de las ciudades más peculiares que pueden visitarse en el suroeste de Turquía. A día de hoy aún puede percibirse el paso de numerosas culturas por ella; lugar de historiadores como Heródoto y Artemisia I de Caria, con un pasado persa, incluso pasó por las manos de Alejandro Magno hasta formar parte del Imperio otomano. Carla se daría cuenta de que Turquía no solo estaba hecha de tradiciones.

Al llegar al lujoso hotel y ver la decoración del patio interno y la piscina que les esperaba, Carla se sintió de nuevo en casa. Al enseñarle Bodrum, le pareció volar a una Andalucía que tanto echaba de menos: había transcurrido una eternidad desde aquellos viajes exprés con sus amigas a Málaga o a Cádiz. Bodrum le recordaba a las casas y ciudades de Cádiz: fachadas blancas, flores rojas cuyo color estallaba en la marea blanca que lo inundaba todo, el mar que se respiraba libre, bares cuyas terrazas tenían una decoración exquisita…

Le impresionó el Castillo de Bodrum, San Pedro de Halicanarso, situado en uno de los laterales de la Marina, tal y como Onur denominaba al puerto marítimo. Al pasear por sus estancias y visitar los diferentes niveles y patios internos, le recordó nuevamente a Europa. En Estambul había visitado mezquitas y palacios, pero el castillo de Bodrum parecía de estilo medieval. Dentro del castillo se situaba además el Museo de Arqueología Submarina: quedó fascinada al contemplar un barco enorme que había en su interior. Y la vista

desde lo alto del castillo resultó impresionante: se veía el mar y parte de la ciudad.

La conclusión fue que Bodrum le gustaba mucho, en especial, sus restaurantes y bares espectaculares que tenían unas terrazas al aire libre maravillosas, desde donde llegaba el rumor del mar; se trataba, en realidad, del rumor de la tranquilidad.

Pero quizás, mucho más que Bodrum, le gustó un pequeño pueblo en sus cercanías con un nombre muy gracioso: Gümüşlük.

En el camino hacia Gümüşlük, Onur conducía y Carla miraba a través de la ventanilla. Se veían pueblos y tiendas que vendían lámparas muy raras (lámparas de calabaza elaboradas de manera artesanal, le explicó Onur). Gümüşlük no era un lugar de grandes magnitudes ni lujo exagerado, ni tenía edificios cuya altura impactara la vista.

La reconfortó descubrir ese aire bohemio muy mediterráneo que había intuido en Bodrum y que se sentía también en un lugar sencillo como este. Lo constató en un pequeño bazar que daba la bienvenida a este pueblecito lleno de encanto. En el bazar se vendían cuadritos preciosos, objetos como el ojo turco que se veían también en Estambul…, aunque los productos tenían un aire mucho más mediterráneo. Volvía a respirar, en todos los sentidos. Onur tenía razón y necesitaba una pausa en ese estrés incesante que la acosaba sin tregua.

Bajaron a través de la callecita donde las múltiples tiendas (puestos de un mercado al aire libre) vendían los productos tan mediterráneos, hasta llegar a una hilera de restaurantes que se situaban a pie de mar. La sorpresa final se produjo justamente en el embarcadero de Gümüşlük, donde el viento giraba y se internaba a través de las montañas que se situaban al frente. Los barquitos permanecían inalterados, mientras el sol bajaba a través de la línea divisoria del cielo y el mar.

Se veía el desfiladero de las terrazas cubiertas de los restaurantes, y en el mar, frente a esas terrazas, sobresalían —¡desde el mismo mar, eso era lo espectacular!— árboles desnudos pintados de blanco, de cuyas ramitas blancas colgaban objetos que los decoraban, como ojos turcos y las mismas lámparas de calabaza que se vendían de camino a este rincón tan fascinante del Egeo turco.

Al sentirse tan plena y tan libre, dudó, de nuevo, si Estambul era de verdad su destino. Se preguntaba si el amor hacia Onur era suficiente para compensar todos los males que últimamente le rondaban: la actitud odiosa de *anne*, y la propia Estambul que,

inexplicablemente, la corroía por dentro, en esa nueva soledad que la hundía, la hundía y la hundía.

Se consideraba a sí misma una persona de ciudad. Le gustaba pasar algunos días en el campo y en el mar, pero jamás hubiese cambiado el asfalto y la variedad de ocio por un lugar tranquilo. Sin embargo, Estambul comenzaba a resultarle demasiado grande, excesivamente bulliciosa, se veía además miseria que le resultaba muy desagradable; nunca había tenido especial interés por cuestiones sociales, pero aquellos niños pidiendo en la calle, aquellos hombres recogiendo plástico con esas bolsas enormes que acarreaban a sus espaldas, esa pobreza que podía sentirse y esas caras de cansancio que transitaban hacia un lado y hacia otro… Sentía una tristeza que no lograba entender de dónde provenía, como si hubiese perdido algo muy valioso que no supiese identificar.

Fue un acierto la decisión de Onur de pedir unos días libres para escapar de Estambul. No se había parado en pensar cómo sería el resto de Turquía, pero sin duda, Bodrum le permitía salir de ese infierno mental y emocional del que le resultaba difícil huir en Estambul.

En Bodrum se levantaba, se levantaba, se levantaba. La tranquilidad del mar y la serenidad en el ambiente contrastaban con el ruido de los coches y sus bocinas en Estambul, aunque en realidad no solo eran los coches y la manía de tocar las bocinas, sino el conjunto del ruido que inundaba Estambul: vehículos transitando a toda velocidad para aquí y para allá; el ruido de personas, demasiadas personas que hablaban, caminaban, comían, bebían; el ruido de los rezos; el ruido de las gaviotas al lado de la estación del ferri de Kadiköy, y el ruido interno de su cabeza, que no decía nada, pero que gritaba a todas horas.

En una de las muchas conversaciones que mantuvieron en Bodrum, en especial, en compañía del raki, que desataba la lengua y el alma, intentó hacerle entrar a Onur en razón: su corazón le decía que Estambul no era su destino. ¿Por qué no se mudaban a Bodrum?

Puestos a desatar la lengua y el alma…, Carla había llegado a la conclusión de que era europea, mucho más europea, sin duda, que Onur y toda su familia junta, aunque nunca se había visto como una europea progresista (eso no lo dijo). Echaba mucho de menos Europa, ella quería vivir en Europa (eso sí lo dijo). ¿Por qué no lo intentaban en Madrid? Allí podrían rehacer sus vidas, sobre todo, podían alejarse de *anne* (eso no lo dijo). Porque *anne* era el infierno e intuía que la única manera de deshacerse de esa mujer era en la distancia. Se inmiscuía demasiado, su presencia resultaba excesiva, no había manera de librarse de ella (eso tampoco lo dijo).

Onur apelaba a su trabajo fijo en Estambul, ¿cómo iba a dejar su trabajo tal y como estaban las cosas en el país? Turquía vivía en una

crisis constante… Además, ¿cómo iba a alejarse de *anne* si cada dos por tres necesitaba que la acompañara?, al hospital o… (eso lo dijo). *Anne* estaba sola, en especial, tras la muerte de *baba*, se había quedado muy sola, como si estuviera desamparada y necesitaba a sus hijos para sobrellevar su vida (eso no lo dijo). Cómo iba a darse el permiso de deshacerse de todas las obligaciones que su posición familiar exigía: si fuera por él, se lo pensaría, pero el problema principal que Carla no comprendía era que desde la muerte de *baba* todo dependía de él (eso tampoco lo dijo). Él prefería Bodrum a Estambul, aunque Bodrum en invierno fuera una ciudad que se vaciara y resultara mucho más aburrida, en eso Carla no pensaba, pero era cierto que Estambul, a pesar de esa magia y esa fascinación que sentían todas las personas que no vivían en ella, especialmente los turistas, se convertía en una ciudad agotadora cuando se vivía en ella: el tráfico, el ruido, las prisas y la cercanía de la familia que no les dejaba en paz (ese matiz no lo mencionó tampoco).

No conocía Madrid, pero Barcelona le encantaba: una ciudad con tanta apertura, tan moderna, bohemia, bonita, mediterránea. Barcelona lo tenía todo y, sobre todo, tenía una apertura que Estambul no podía ofrecerle, a pesar de ser europeo, liberal y tener una familia que también lo era. En Turquía había determinadas tradiciones que tenían que respetarse.

Irse de Estambul, ya fuera a Bodrum o, más locamente, a Madrid suponía… No pudo decirlo en alto, aun a riesgo de perderla. Carla se balanceaba entre el amor hacia él y el rechazo creciente hacia Estambul. Le entristecía la situación. Estaba cansado de luchar.

Onur comprendía que Carla era española y europea. No estaba acostumbrada a crisis políticas y económicas, al menos no en el grado en el que lo estaban los turcos. Y aunque Carla proviniese de una familia bastante tradicional (por lo que contaba parecían franquistas), se había criado en un ambiente de relativa apertura. Por eso le costaba tanto asimilar que en Turquía, daba igual que fuera Estambul o Bodrum, había determinadas tradiciones que debían cumplirse, se fuera joven o adulto, mujer u hombre (las mujeres tenían determinada posición y quehaceres, eso no lo negaba, pero tampoco podía negarse que los hombres las tuvieran).

Si Estambul era una ciudad muy difícil para los turcos, cómo no lo iba a ser para una mujer recién llegada de Europa. Porque Estambul, más allá de ser un lugar fascinante, lleno de historia, monumentos emblemáticos…, era una ciudad donde el dinero mandaba. Y en torno al dinero, lo había aprendido bien, había falsedad, corrupción, miseria, envidia y celos, pero, en especial, en torno al dinero había poder y el contrapeso del poder era la carga. Él tenía poder en la familia, de la misma manera que tenía una carga del mismo tamaño.

Carla hablaba muy fácilmente sobre una vida ficticia en Madrid, pero él, en esa posición de hombre que mantiene a la familia (eso tampoco lo dijo), no podía decirle que irse de Estambul significaba… Él mantenía a su familia, él se había hecho cargo de la familia desde que *baba* había muerto y, sobre todo (esto tampoco lo diría), *baba* había muerto de un ataque al corazón («el corazón representa la alegría»), él se opuso firmemente a que *baba* se divorciara de *anne* («el corazón representa la alegría) y *baba* había muerto de un ataque al corazón. No podía fallarles también a ellas, no podía desaparecer y hacer como que esa posición que tanto odiaba no le correspondía.

Respondió que tuviera paciencia y le prometió que todo iría mucho mejor en Estambul.

Una vez que volvieron a Estambul, Onur no pudo cumplir su promesa.

25
Era real

Los primeros días en Estambul Carla se sintió con energía suficiente para enfrentarse a todo lo que debía. La estancia en Bodrum le había servido para pensar con más claridad, echaba mucho de menos Europa, quería volver a España, pero quería hacerlo con Onur; lo quería demasiado para dejarlo escapar. En Bodrum pudo recapacitar también sobre su propia actitud y dar una oportunidad a una nueva vida en Estambul: podía cambiar su vida si así se lo proponía.

Comenzaría las clases de turco para integrarse más fácilmente. Estaba harta de aburrirse en conversaciones eternas en un idioma que no entendía. Al fin y al cabo vivía en Turquía y necesitaba aprender el idioma si quería hacer amigas, encontrar un trabajo…

Aunque también decidió buscar amigas antes de aprenderlo. Onur le preguntó si había buscado en Facebook grupos de mujeres extranjeras que vivieran en Estambul. Estambul era una ciudad muy grande y solo por probabilidad tendría que haber un montón de chicas extranjeras deseando reunirse con otras chicas extranjeras.

Al mismo tiempo, decidió que ya era hora de trabajar. Se quejaba mucho de lo que veía, pero dependía completamente de su novio. No solo necesitaba dinero (por primera vez en su vida se veía en esa tesitura), sino que, más importante aún, también necesitaba ocupar su mente. Era cierto lo que había hablado con Onur, pasaba demasiado tiempo sola, no entretenía la mente y creaba una bola mental que cada día se hacía más grande. Tenía que reducir, como fuera, esa bola. Cuando empezara a trabajar y ocupara su mente, todo iría mucho mejor, pero necesitaba trabajar, de lo que fuera, para ocuparse, tener unos horarios que le facilitaran una nueva rutina que la calmara y, sobre todo, la forzara a salir de esa casa donde se resguardaba de los problemas del mundo.

Empezó por una de las cuestiones que más a mano tenía. Encontró numerosos grupos de Facebook donde se daba información sobre Turquía: lugares para visitar, tradiciones y costumbres, música turca…, pero buscaba encontrarse con alguien para hablar sobre cómo se sentía. Necesitaba desahogarse. Por eso, buscó un grupo de chicas latinas que vivieran en Estambul.

Se puso en contacto con las chicas que formaban parte de un grupo en Facebook y quedó con algunas de ellas para tomar un café. Necesitaba quedar con alguna española o hispana para hablar español. Al encuentro acudieron cuatro mujeres latinoamericanas. Hablaron de

sus propias experiencias sobre Turquía: algunas de ellas se habían trasladado por amor y estaban muy contentas de vivir allí, habían aprendido turco, se habían amoldado a las tradiciones del país y habían encontrado un trabajo. Ella también necesitaba aprender turco y conocer mejor las tradiciones. Les preguntó por las suegras. Dos de ellas dijeron que las suyas en particular eran muy simpáticas.

«Vivo con mi novio desde hace tres años y no estamos casados. La familia de mi novio es muy moderna, pero mi suegra empieza a agobiarme y últimamente no hace más que preguntarme cuándo vamos a casarnos. Yo me veo joven para casarme, no soy como las turcas», le relató una vez colgó el teléfono, después de una llamada que había respondido en susurros. Era la suegra quien la había llamado, le preguntaba dónde estaba y cuándo iría a casa.

«He venido a Estambul por trabajo, vivo en Bursa. Hay mucha gente que piensa que Turquía es muy tradicional. Pero yo siempre he vestido como he querido. ¿Por qué se entiende que una mujer con velo es necesariamente tradicional? No tiene por qué ser así, hay mujeres con velo que también son muy modernas». Al oír aquello no supo qué contestar, ya que era, en comparación con ellas, una iniciada en Turquía, pero le chocaba muchísimo ver a mujeres con velo. «Mi marido y yo hemos decidido no tener hijos y no ocurre nada», siguió contando con alegría, parecía una chica muy jovial, aunque recibió también una llamada, que respondió también con susurros en turco. «Acaba de llamarme mi suegra —decía entre risas—, me ha preguntado cuándo voy a volver junto a mi marido». El marido, que se había quedado en casa mientras ella estaba allí por trabajo. Otra de ellas, que era amiga suya, bromeó diciendo que era mejor que al día siguiente partieran hacia casa: no quería ser motivo de ninguna separación.

Lo más sorprendente era esa capacidad de tomárselo con humor. ¿Era su suegra la más malvada de las malvadas en Turquía? ¿Era acaso su suegra la única que le hacía la vida imposible? Y Onur…, ¿cómo podía permitirlo? ¿Por qué no se enfrentaba a *anne*? ¿Por qué no defendía a su novia? Últimamente estaba enfadada con él. Ni siquiera se sintió así cuando padre canceló la Visa Oro ni cuando hizo que la echaran de su trabajo. Ni siquiera se sintió tan impotente ante la actitud pasiva y enfermiza de madre, que no decía nada, simplemente se quedaba todo el día en la cama. *Anne* era muy lista y todo lo que hacía lo hacía precisamente cuando Onur no estaba delante. *Anne* sabía cómo debía comportarse, esa mujer era… la más mentirosa de las mentirosas del mundo, la más malvada de las malvadas del mundo.

Tres de las chicas latinas se fueron tras recibir las llamadas de las suegras. Carla se quedó con la cuarta chica, una mujer chilena que

llevaba ocho años en Estambul. Se habían tomado un par de cervezas y la lengua empezaba a soltarse. Le contó su vida entera a la pobre chica: cómo había sido su historia con Onur, cómo fue la primera vez que lo vio (sonreía exhalando amor), cómo fue descubrir Estambul, cómo fue después España y los mensajes diarios de Onur, cómo fue dejar a Guille y enfrentarse a su familia, cómo había sido venirse a Estambul, una casa nueva, una vida nueva…, estaba realmente jodida, y *anne*…, la muy zorra (lo dijo), cómo la trataba. Y Onur que permitía todo aquello, no la protegía, él no se enfrentaba a su familia, como ella sí había hecho…

La chica escuchó sin interrumpirla, quizás acostumbrada al modo turco: una persona habla, el resto escucha sin interrupciones, y después, una vez que se termina de decir lo que tiene que decir, se responde o no. La respuesta no es obligatoria, lo importante es la escucha.

Carla se sintió tremendamente aliviada. No había podido compartir ese cúmulo interno de sensaciones, emociones, pensamientos, reacciones, silencios… con nadie que hablara castellano y que conociera Estambul lo suficientemente para entenderla.

La chica latina se quedó callada un momento y la miró con gesto de que efectivamente comprendía lo que estaba diciendo:

«El noventa por ciento de los divorcios en Turquía son por la suegra. Yo conozco muchos casos, pero al escucharte hablar he recordado a un amigo de mi marido que dejó a su novia porque no se llevaba bien con *anne*. También hay muchos casos de mujeres felizmente casadas con turcos que tienen muy buena relación con sus suegras, aunque la familia en Turquía, para bien y para mal, siempre está ahí. No todas las suegras son así. Pero es cierto que hay algunas…

»Tienes que entender que la posición de Onur no es fácil, en Turquía los hijos tienen la obligación de cuidar de sus padres, de hecho, se dice que el orden de importancia para un hombre en Turquía es: primero, la madre; segundo, los hijos; tercero, la esposa, y cuarto, el padre. Muchos turcos no entienden a la esposa como alguien que les acompañe.

»Y sí, has tenido la mala suerte de que te toque una suegra que te hace la vida imposible, ocurre muchas veces, no siempre, pero sí muchas veces. Además eres católica, mira, conozco un caso de un chico turco que se casó con una latina que era muy católica. Él accedió a que se casaran por la Iglesia. Antes de la ceremonia obligaron a los invitados a dejar los móviles fuera, y después, en el banquete, pusieron una pantalla donde apareció *anne*, y le mintieron diciendo que la boda solo había sido por lo civil. Conozco a otra chica cuya suegra la odiaba y, después de casarse con su hijo, sin que por supuesto *anne* acudiera a la ceremonia, *anne* destruyó las fotos de la

boda. Esa *anne* le pegaba, la insultaba…, terrible.

»Yo llevo ya muchos años en Estambul y tengo una relación normal con mi suegra, aunque es verdad que se mete mucho en casa y opina demasiado. He aprendido a poner la suficiente distancia, física y emocional, para que no me afecte. Un turco nunca cambia; si Onur ha puesto en primer lugar a su mamá…, pues lo tienes muy difícil, porque *anne* hace y deshace. ¿No conoces esa línea en el Corán que dice que debajo de sus pies está el Paraíso?».

Carla negó con la cabeza.

«La suegra en Turquía, con excepciones, por supuesto, se mete en todo, opina de todo… A veces pueden parecer mujeres muy modernas, no se cubren…. ¿No será que la suegra quería a otra mujer para Onur? Es algo que ocurre muchas veces. A veces las mujeres se reúnen y hablan entre ellas para adjudicar parejas a sus hijos o hijas, y a veces cuando se topan con la realidad, la suegra va en contra de la mujer que el hijo ha elegido libremente, porque no es la que ella había elegido para él. Sé de otro caso: la madre de un amigo de mi marido lo llamó diciéndole que había encontrado una chica para él. Se casaron. Pero les hicieron separarse porque la chica no se llevaba muy bien con *anne*».

Carla no sabía ni qué responder. Se encontraba entre la tristeza de comprobar que lo que le ocurría era verdad y la alegría de sentirse plenamente escuchada y comprendida, sobre todo, el alivio de encontrar una respuesta que despejara esa duda tremendamente dañina que tenía hasta el momento de escucharle hablar a la chica latina: no era su paranoia, *anne* le hacía la vida imposible. La muy puta (lo dijo).

«Estas cosas no se dicen así a la ligera en Turquía, en Turquía hay muchas tradiciones que tenemos que respetar, se ve también en las telenovelas… ¿Ves telenovelas?».

Carla negó con la cabeza.

«Deberías verlas. Te van a ayudar a comprender. La clave es la distancia con la suegra, a menos que la señora sea capaz de entender y respetar vuestro estilo de vida, que por lo que veo no es el caso. Tu suegra no parece muy moderna, más bien, conservadora, y es seguro que no te va a aceptar por muchos años y que te haga la vida imposible, pues en sus planes estaba, seguramente, que su hijo se casara con una chica turca. Por lo tanto, pon distancia, y mucho cuidado con lo que dices y cómo lo dices. Lo único que puedes hacer es darle gusto siempre que se pueda, tratar de asumir las costumbres familiares y apegarte a ellas lo más que se pueda…».

Carla volvió a casa con el alma y la lengua liberada. Pero, en especial, volvió con ganas de batalla: distancia, sí; satisfacer a *anne*, no.

26
Lluvia en Estambul

Solucionada la cuestión de las amigas, decidió probar suerte con la búsqueda de trabajo antes de matricularse en el curso de turco. Le preguntó a Onur dónde podía echar su currículum y Onur le aconsejó algunas páginas: al hablar español e inglés estaba convencido de que encontraría trabajo fácilmente. Lo intentó con algunas de las páginas que le había recomendado, pero no recibía respuesta, así que escribió a sus nuevas amigas latinas para preguntarles si conocían algún trabajo, el que fuera, que encajara con ella. A veces en los mismos grupos de Facebook se publicaban algunas ofertas. Al poco tiempo, efectivamente, la llamaron para una entrevista en un colegio: profesora de castellano.

La entrevista tenía lugar en la otra punta de la ciudad. Estaba nerviosa, no solo por la entrevista, sino por encontrar el lugar… La noche previa apenas durmió, se levantó muy temprano para prepararse, antes de salir de casa repasó mentalmente el trayecto… No se percató de que el cielo había amanecido ennegrecido. El colegio estaba lejísimos, tardó al menos dos horas en llegar al lugar y acudió completamente empapada… La entrevista fue fatal. Pero salió contenta, al menos había tenido una entrevista y volvía a estar en activo. Tardó otras dos horas y media en llegar a casa, completamente calada.

El escaso momento de disfrute pudo haber sido una maravilla: una ducha de agua caliente, algo que contarle a Onur y una merecida copa de vino. Pero *anne* estaba otra vez en casa. Nada más entrar por la puerta, cuando la vio tan empapada, *anne* la miró y se rio de una manera tan maliciosa… que las ganas de disfrutar del momento ducha caliente-Onur-copa de vino se diluyeron en una cara de bloqueo; se hundía, se hundía, se hundía… al son de risas maliciosas que la señalaban por lo patética que resultaba; se hundía, se hundía, se hundía…

Harta de aguantarla, del bloqueo pasó al enfado, exigiéndole en inglés —le importaba una mierda que no lo hablara— que se fuera de la casa. Llegó Onur en ese momento, sin saber qué acababa de ocurrir. El resultado al fin era el que tanto deseaba: Carla estalló y Onur se daría cuenta de que era una histérica. Entonces se separarían.

Tenía que saber lo que era de verdad la vida. Cómo funcionaban las cosas en Turquía. Esa niña europea no respetaba nada, creía que iba a cambiarlo todo. Jamás permitiría que Onur terminara con esa niña europea. Era una tradición familiar.

Su padre era muy jovencito cuando el abuelo le dijo que tenía que casarse con su *anne*. *Baba* no quiso y se fue una semana a cuidar a las ovejas al monte. Aún recuerda cómo se lo contaba *baba*. Al volver del monte, vio que se estaba celebrando una fiesta de matrimonio. Se preguntó para quién sería. Resultó que la fiesta era para él: estaba todo dispuesto, sobre todo el abuelo, el abuelo estaba más que dispuesto a que *baba* se casara con *anne*. Sucedió exactamente así.

A ella le sucedió algo parecido: *baba* le aconsejó casarse con su marido, en paz descanse, y ella accedió, no porque el marido le gustara especialmente —era bueno en los negocios, insoportable en el resto de las cuestiones—, pero accedió porque entendió que no tenía otra opción. No es que la obligara, pero cómo iba a contradecir a *baba*.

Ella había dado otra educación a sus hijos: no los obligaba a casarse, pero sí les aconsejaba. En el caso de Cansu estaba conforme, pero, respecto a Onur, creía firmemente que Merve era la mejor opción para él. Al principio, respetó que no quisiera estar con ella, al menos temporalmente (presionarlo demasiado generaría más distancia), pero no estaba dispuesta a aceptar esta relación, que era pura rebeldía.

Carla se replegó a su habitación, llorando.

Anne actuaba en su contra porque no era Merve.

Merve había ganado, pero Carla no lo sabía aún. Entonces sí que se replegaría.

27
La retirada definitiva

La función final llegó en poco tiempo.

Anne apareció de nuevo en otro escaso momento del disfrute del día, con la novedad de que en esta ocasión venía acompañada de dos mujeres: una anciana que vestía muy moderna y se apoyaba en un bastón, y Merve, la traductora de aquella reunión de mujeres tan aburrida.

Onur se mostró muy nervioso (primera vez que se ponía blanco). Besó la mano de la anciana y la acercó a su frente, en señal de respeto hacia los mayores. Miraba a Carla, como si no supiera dónde meterse. Carla no entendía nada, hablaban en turco. Conocía a Onur y esa expresión de su cara activó todas las alarmas. Onur alzaba incluso el tono de voz, notablemente enfadado, con gestos de rechazo e incredulidad. Carla necesitaba entender qué ocurría, qué había ideado *anne* para atacarla esta vez, y por qué había aparecido con esa chica tan simpática y con la mujer del bastón.

Sin el ritual de bienvenida, sin té ni formalidades de por medio, todos de pie en el salón, a excepción de la abuela moderna, sentada en uno de los sofás mientras daba leves golpes al suelo, como si estuviera nerviosa o, tal vez, como si quisiera acompañar las palabras de Merve. Pum, sonaba el golpeteo del bastón en el suelo, Merve hablaba, pum, pum, el golpeteo del bastón en el suelo, todos la escuchaban, pum, pum, Onur gesticuló preocupado, miró angustiado a Carla, a punto de echarse a llorar, pum, pum.

«Qué ocurre, Onur, dime qué ocurre», nerviosa, alarmada, tensa. Pum, pum. El ruido del bastón la estaba enervando, tuvo ganas de gritarle a la abuela. Pum, pum. «Qué ocurre, Onur», volvió a repetir. No reaccionaba. Pum, pum. La melodía del bastón que golpeaba la madera. Él tradujo medio llorando, entre la espada (Carla) y la pared (*anne*) con una bala de por medio (Merve) y la música de fondo, pum, pum, pum. Agachó la cabeza y susurró en inglés: «Merve está embarazada. Es mío». Pum, pum. En ese momento, Merve hizo un gesto de acariciarse el bajo vientre. Pum, pum.

Era imposible, no podía ser, ¿cómo podía ser?, ¿pero quién era Merve? «Es mi exnovia», Onur se quedó sin palabras. Pum, pum. La melodía final se acercaba. ¿Cómo la había dejado embarazada si estaba con ella? Pum, pum. «Te lo puedo explicar». «¿¿Me lo puedes explicar??» Pum, pum. Era el único ruido que se escuchaba en ese silencio grupal atronador que se creó, ese mismo silencio previo a una tormenta que se desata, pum, pum, cuando el viento se para, pum,

pum, no hay más ruido, pum, pum, todo se para y se escucha la propia respiración y el latido del corazón, pum, pum.

¿Cómo podía explicarle lo de aquella noche en la que Carla volvió a Madrid?… Él se quedó en Estambul, no podía acompañarla, no podía protegerla, no podía ir por un maldito visado, porque ellos eran muy europeos, pero el pasaporte llegaba hasta donde llegaba: hasta la frontera de Turquía. Se tuvo que quedar en Estambul, dejando que se marchara lo único que le había proporcionado algo de aire desde que rompió con Merve y puso frontera con *anne*. Cuando se quedó solo, en el aeropuerto, de vuelta al coche, a aquel aparcamiento en el que ya no miraba si le veían darle un beso a su novia, su novia que volaba en dirección a Madrid, surgieron las dudas: ¿qué sucedería si Carla se arrepentía y no dejaba a su novio?, ¿qué sucedería si Onur había sido un simple capricho? Carla era una niña de papá, una pija con dinero, había nacido en la libertad de elegir. Es cierto que su familia parecía un poco tradicional, pero en realidad no conocía lo que era la tradición, él estaba en ella, a pesar de que *anne* o Cansu fueran por ahí enseñando a media Estambul que eran mujeres supermodernas. *Anne* era como el abuelo, y él estaba inmerso en esa espiral que giraba y giraba, en torno a las obligaciones que cumplir por su posición tras la muerte de *baba*, la de ser el único hombre de la familia.

Cuando se subió al coche, solo, en ese mar de dudas, Carla en dirección a Madrid, sin saber a ciencia cierta si volvería a verla y se sentiría nuevamente, como nunca, libre, llamó a un par de amigos. Ahogaría sus penas con ellos.

Merve apareció, como buena amiga de la novia de su amigo. Hablaron en la oscuridad de aquella discoteca, bailaron… Había bebido tanto que llegó un momento en que no sabía si estaba con Merve o con Carla. Al día siguiente, cuando se despertó, no solo lo hizo con lagunas, sino con Merve a su lado.

Al escucharle decirlo, se quedó callada, al modo turco: lo importante no es la respuesta, es la escucha. Se escuchó a sí misma. Aterrizó de nuevo en las palabras de tía Ana: «Recuerda, puede funcionar o no». ¿Cómo podía ser que Merve tuviera esa cara de felicidad y se acariciara el bajo vientre de aquella manera tan descarada? *Anne* a la espera de que ella montara el *show*, la abuela se había relajado en el golpeteo, Onur medio llorando ante tanta presión por todos lados.

Ella las miró, lo miró a él y comprendió. Había perdido la batalla. O había estado perdida desde el principio. Ellos nunca cambian. Lo importante para un turco es, por este orden, la madre, los hijos, la esposa, el padre. Ahora Onur era padre de un hijo que no era de ella.

Se dirigió a la habitación para replegarse definitivamente, sin una sola lágrima. Daba por perdida la gran batalla por Estambul.

28
Tía Ana

El avión aterriza definitivamente en Madrid. Escucha el castellano. Se imagina la comida española, una caña en un bar cualquiera, sus amigas, tía Ana, madre y padre. Tía Ana la espera en el aeropuerto para acompañarla a instalarse temporalmente en su casa hasta que consiga ordenar su vida. Tía Ana la recibe con los brazos abiertos en ese frío aeropuerto de Barajas.

La ve acercándose, decidida y contenta. Antes de que se fuera a Estambul era tan patéticamente inocente, tan consentida y mandona, tan mentirosa… Aunque no conocía su fuerza: se ha atrevido, en cierto sentido, a romper el pilar de la gran falsedad en la que habían sustentado la familia, ese sistema que se cimentaba en el gran secreto.

El secreto mejor guardado en aquella habitación cerrada con llave, a cal y canto, en esa vieja mansión en la que vivían padre y madre. Allí encontró la prueba, cuando padre murió, a pesar de la advertencia de su terapeuta: «Hay secretos que es mejor no desvelar».

¿Debería decírselo ahora? Sintió mucha pena cuando la llamó desde Estambul preguntándole si sería posible que le comprara el pasaje para volver a Madrid y si le permitía quedarse en su casa una temporada, no quería volver a casa de su padre, «el soldadito de los negocios». Mudarse a Estambul no había funcionado. Lo extraño fue que no lloraba, ni parecía desamparada, sino que se expresaba con firmeza.

¿Debería decírselo ahora?, se pregunta, mientras la ayuda con el equipaje camino al aparcamiento de Barajas. Recuerda aquella vez que fue a visitarla, antes de que se mudara a Estambul, y dudaba de su capacidad para ver. Tal vez si se lo hubiese dicho, el resultado habría sido diferente.

«La maldición familiar» era el nombre que ella, Ana, le había dado al gran secreto de su familia: tanto padre (abuelo de Carla) como el abuelo (bisabuelo de Carla) habían caído en esa misma trampa familiar en la que estaba ella. Lo curioso es que la maldición siempre había recaído sobre los hombres. Carla era, que ella supiera, la primera mujer de la familia que caía en la trampa, quizás porque no había más varones en su línea generacional.

Esa trampa familiar se reactivaba en sucesivas generaciones. Había pasado del abuelo a padre y ahora a Carla. Lo curioso era que de dos hombres pasara ahora a una mujer.

¿Cómo podía contarle la verdad? Podía probar la historia de amor de su padre con aquella judía que había terminado en Estambul, a

pesar de que padre estuviera casado con madre y estuvieran a punto de tener a su hermanito «el soldadito de los negocios». ¿Esa judía con la que estuvo padre vivía aún? De ser así sería una anciana con bastón en una casa de algún barrio de Estambul.

La historia del abuelo no podía probarla; era una historia que, en sus diferentes versiones, había salido a través de las constelaciones familiares: no había una carta, un testimonio, una fotografía…, al menos que ella supiera. Tal vez su hermano supiera de su existencia, padre le cedió un baúl cerrado con llave en su herencia (solo para hombres). Pero al menos ella, Ana, no tenía forma de constatar la existencia de aquella historia de amor tan trágica del abuelo, sino que el conjunto de silencios, emociones, actitudes, repeticiones, recuerdos y posiciones familiares llevaban a la conclusión de que padre había heredado la maldición de su propio padre.

Tiempos antiguos, en los que las guerras salpicaban y los hombres salían de sus hogares durante años, sin que se supiera de su vida cotidiana, más allá de un puñado de cartas que mandaban a lo largo de los años. ¿Qué hacían esos hombres durante tantos años fuera del hogar? ¿Se enamoraban? ¿Tenían hijos? ¿O simplemente comerciaban, como era el caso del abuelo, o batallaban, supuestamente, tan heroicamente, como se contaba solo de padre? Después volvían con sus vivencias, sus nuevas vidas, a los hogares que habían dejado vacíos, donde permanecían las mujeres y las madres y las tradiciones. Esas tradiciones que no permitían que los hombres de determinada cultura se enamorasen de otras mujeres de otras culturas porque había que atender al propio hogar, a la esposa del propio hogar, a los (quizás) hijos del propio hogar.

¿Cómo podía explicarle que quizás lo que sintiera por Onur no fuera únicamente amor, sino que más probablemente se viera atrapada en la incesante espiral de una historia familiar que se repetía y se repetía, sin que hubiera alguien que pudiera parar aquel cúmulo de errores y desastres propinados por un pasado en el que no había oportunidades?

¿Y si su sobrina favorita era la solución? ¿Sería capaz de escuchar? A ella le había llevado al menos quince años de tratamiento revisar, cuadrar, reinterpretar, entender… ¿Cómo podía exigirle que la entendiera en una hora de conversación tras tan fallido intento de un amor en Estambul?

Aun cuando fuera la solución a «la maldición familiar», ya era demasiado tarde para esa historia amorosa que había acabado como una anécdota más que se sumaba a los antecedentes secretos hispanoturcos de su familia. Una auténtica pena. Había tenido fe en que la historia de su sobrina favorita con ese tal Onur pudiera hacer girar a la familia, aunque ni siquiera sabía en qué sentido.

Era normal que su hermanito «el soldadito de los negocios» no quisiera ni oír hablar de ese asunto del turco y mucho menos de Estambul. Odiaba Turquía con todas sus fuerzas. No solo porque fuera un facha y un racista, incluso un clasista, sino porque reconocer a Onur como un posible candidato para su niña preciada implicaba reconocer la existencia de aquella mujer que casi le robó el marido a su madre y que precisamente acabó en Estambul. ¿Cómo podía reconocerlo, si atentaba contra todo lo que había construido en su interior para obviar una de las historias que más le marcaron cuando era un mocoso y solo veía a su madre llorar y llorar desconsolada como si no hubiera un mañana?

Decidió ser inteligente y cuidarse. No le diría nada. No sabía si la historia con ese tal Onur era amor o maldición familiar, pero lo que estaba claro es que era muy curioso que volviese a darse en su sobrina favorita el mismo impulso inconsciente hacia Estambul, y que la caída volviese a repetirse, aparentemente, porque la ex de él se había quedado embarazada. Si la relación con Carla y Onur no había funcionado, significaba que «la maldición familiar» continuaba intacta.

—No quiero volver con Guille —le había dicho su sobrina favorita en aquel último encuentro en su casa, a la que se dirigen ahora una vez que ha vuelto definitivamente de Estambul—. Me gustaría que papá y mamá me entendieran.

—Eso es muy difícil, cariño. Ya sabes de dónde vienen. Tu abuelo era un militar franquista que luchó en la Segunda División de Alemania junto a los nazis, ¿cómo quieres que te entienda tu padre? Él se ha criado en eso.

Le había dado la pista a seguir: militar franquista que había luchado en la Segunda División de Alemania junto a los nazis. Allí conoció a una judía que acabó en Estambul. Tal vez la pista que le había dado no había sido suficiente para que indagara en su propio final. ¿Hizo bien no diciéndoselo? Admite que tuvo miedo. Esperaba una respuesta:

—Onur es mi camino.

—En tal caso, compórtate como una mujer y deja de lamentarte. Tus padres no te van a apoyar. ¿Estás preparada?

Asintió, no muy convencida.

—En ese caso, a por ello. Pero ten presente que te puede funcionar o no. Estás arriesgando. No lo conoces. Puede funcionar o puede no funcionar. Lo entiendes, ¿verdad?

Pobrecita, la mira ahora hablar, la mira callar, en dirección a su casa, de nuevo en Madrid. En realidad, si ella era la encargada de acabar con «la maldición familiar», hubiese sido muy complicado que

pudiera funcionar.

29
Pum, pum, pum

Abrió los ojos. Pum, pum, pum. ¿Dónde estaba? Solo había oscuridad. Se escuchaba un ruido: pum, pum, pum. ¿Y su hijo? ¿Y ella? Sintió frío y un ambiente húmedo. Pum, pum, pum. ¿Y ella? ¿Se habían reencontrado? Después de tanto tiempo, ¿se habían reencontrado al fin? ¿Dónde estaba? Pum, pum, pum. Pensó unos segundos. ¿Y padre? Pensó de nuevo unos segundos.

La última vez que vio a padre, yacía en el suelo. Lo forzaron a ponerse de rodillas, seguramente intentó no mirar la pared en frente de él. Se imaginó la escena de aquella manera. Lo encontró junto al resto de hombres que yacían en hilera sobre el suelo. Padre se había orinado encima. Esos cabrones, esos hijos de puta… habían tratado de vencer, pero… España venció. Traidores, él ayudó a que España venciera, lo hizo por su padre, para que estuviese orgulloso de él. Su padre, que en paz descanse, estaría orgulloso de él; su padre, que era un comerciante, un simple comerciante que acabó yaciendo en el suelo, con la orina que mojaba sus pantalones.

Pum, pum, pum. Y silencio. Trató de gritar, pero no pudo. Únicamente, pum, pum, pum, en ese silencio que calaba. Trató de golpear, pero tampoco podía moverse. Qué coño, qué era ese ruido…, ¿una taladradora? Pum, pum, pum. ¿Desde arriba? ¿Dónde estaba?

Ampárame, Dios padre todopoderoso…

Oscuridad.

Frío.

Humedad.

El ruido que golpeaba desde arriba.

Ampárame, Dios padre todopoderoso…

¿Estaba en el infierno? ¿Y ella? ¿Dónde estaba ella? Sus ojos marrones, su melena corta, esa forma de andar, su sonrisa. Los encuentros secretos. Él entre Madrid y ella.

Recuerda sus últimas palabras, antes de que se despidieran en aquel lugar: «Amor mío, nada podemos hacer, el final ya estaba escrito».

Nota de la autora

Turquía es un país de grandes magnitudes, con muchísimos matices y con sus luces y sombras, a pesar de que la tradición y las costumbres, la influencia de la familia y la importancia del honor se den en mayor o menor grado en todo el país... Por ello, *'Destino Estambul'* no representa a Turquía en su totalidad. Es imposible ejercer dicha función a través de una novela.

La autora le invita a entrar en el grupo que administra en Facebook *'Viajes slow: tradiciones, tabúes y mujer'*. Se trata de un espacio exclusivo que ha creado para que todos sus lectores puedan tener un punto de encuentro, donde seguir aprendiendo sobre cómo es verdaderamente Turquía, con sus luces y sus sombras, con sus tradiciones, para bien y para mal.

Al mismo tiempo, si el lector desea desgranar todas las cuestiones que aparecen en *'Destino Estambul'* puede escribir a la autora en el siguiente correo electrónico: josune@bravereaders.com La autora ha preparado un *e-book* gratuito *'Historia oculta de «Destino Estambul»'* donde explica todas las cuestiones que se abordan en la novela, así como la investigación que llevó a cabo para reflejar la sombra que ejerce la familia.

Muchas gracias por su confianza.

Sobre la autora

Josune Murgoitio (Arrasate-Mondragón, Guipúzcoa, 1985) es escritora, periodista e investigadora independiente. En el año 2016 publicó su primera novela, *'Colores prohibidos'*, que explora la violencia en el País Vasco sin nombrar a ETA. Licenciada en Derecho y en Periodismo por la Universidad Carlos III de Madrid, ha vivido en Bolivia y en Turquía, país al que viaja de manera regular desde hace más de ocho años.

Es autora de *'Viaje a Turquía: mujeres en Marmaris, Estambul y Diyarbakir'*, que aborda un recorrido que hizo en solitario a través de tres zonas diferenciadas de Turquía, y donde observa no solo qué ver, sino cómo cambia la situación de la mujer a medida que avanza en este viaje inolvidable. Asimismo, es autora de *'Pasatiempos a lo turco'*, un manual de entretenimiento y aprendizaje sobre Turquía a través de sopas de letras y crucigramas.

En la actualidad, cuenta con una exposición de fotografías sobre el grafiti político y social en el País Vasco, elaborada desde la cultura de paz en relación con el arte y con el espacio público, fruto de la primera investigación sobre el fenómeno «Paredes Pintadas», nunca explicado antes.

En su página web *Brave Readers* encontrarás artículos relacionados con el País Vasco y con Turquía, desde el punto de vista de los viajes *slow*, la memoria y la mujer.

Si quieres ponerte en contacto con ella puede escribirle a:

josune@bravereaders.es

También puedes encontrarla en redes sociales:

Blog de viajes *slow* a Turquía:
www.bravereaders.com

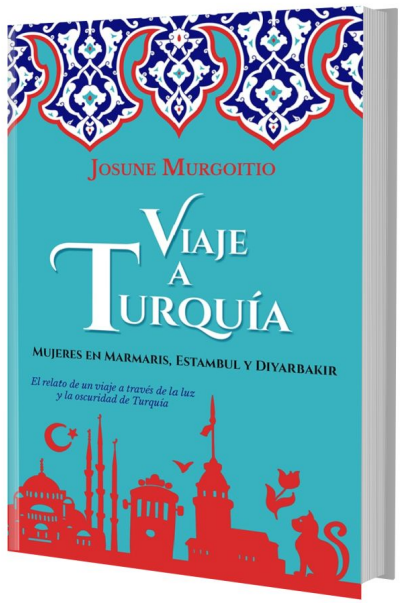
Grupo *Viajes slow* en Facebook exclusivo para lectores: https://www.facebook.com/groups/viajesslow

Instagram: https://www.instagram.com/josunemurgoitio

Otras obras de la autora

'Viaje a Turquía: Mujeres en Marmaris, Estambul y Diyarbakir'

El relato de un viaje a través de la luz y la oscuridad de Turquía.



¿Qué itinerario de viaje hacer en Turquía? ¿Existe una única Turquía o hay muchas distintas en un mismo país? ¿Cómo varía la situación de la mujer en el mapa de Turquía?

Lejos de las aglomeraciones y de los habituales clichés, Turquía reserva su esencia más auténtica a sus habitantes y a los viajeros que buscan salirse de los itinerarios marcados.

El diario de un viaje a través de tres zonas muy diferenciadas: el aire más abierto de las playas del mar Egeo, tan «mediterráneas»; Estambul, antigua Constantinopla y ciudad efervescente entre Europa y Asia, y, por último, la zona no recomendada al turismo y muy sensible por los acontecimientos sociales y políticos, Diyarbakir y sus alrededores.

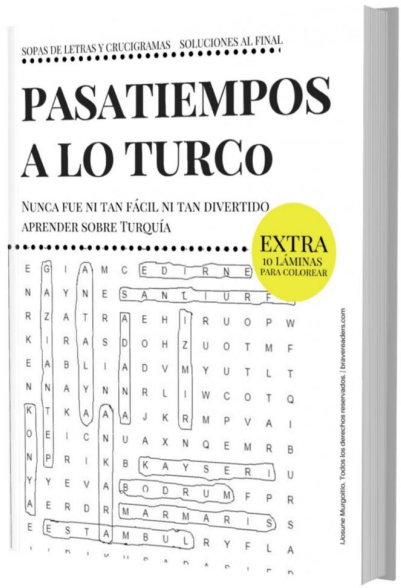
El relato de un viaje hacia el asombro, a través de la luz y la oscuridad de Turquía, para quienes creían conocer bien el país o para quienes desean descubrir una Turquía contradictoria.

Lee ahora '*Viaje a Turquía*'

Puedes encontrarlo AQUÍ en versión digital
y/o en papel en Amazon

‘Pasatiempos a lo turco: sopas de letras y crucigramas’

Nunca fue ni tan rápido ni tan divertido aprender sobre Turquía.



¿Quién dijo que aprender sobre Turquía fuera difícil? Diviértete aprendiendo sobre Turquía a través de sopas de letras y crucigramas. Descubrirás muchísimas cuestiones las ciudades principales de Turquía, los pueblos desconocidos del Egeo Turco, qué museos visitar, las playas maravillosas escondidas al turismo, los platos que conforman la gastronomía, símbolos turcos, tradiciones y costumbres…

Un manual cuyo objetivo es que aprendas sobre Turquía de la manera más fácil y divertida posible.

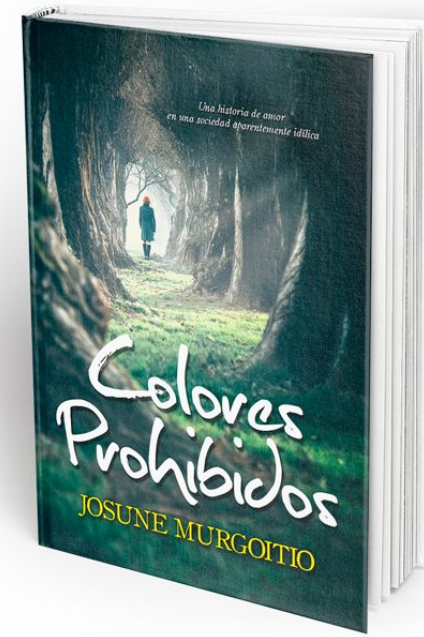
Todas las soluciones al final. Además, con un extra de 10 láminas para colorear.

Diviértete aprendiendo sobre Turquía

Para descargar el manual, puedes hacerlo AQUÍ.

‘Colores Prohibidos’

Una historiad de amor en una sociedad aparentemente idílica.



¿Has sentido en alguna ocasión haber recibido un guión de vida? Esa es exactamente la sensación que tiene Mara, siempre ha sentido que algo en su vida no encaja, como si viviera inmersa en una gran contradicción interna, acuciada por la claustrofobia que le provoca el lugar en el que vive, la Ciudad de Ensueño.

La historia de una lucha que no concluye, unida a sus circunstancias personales, la llevan a plantearse una serie de preguntas que omite en presencia de su tutora, Amelia —una mujer rígida y hermética—, de sus propias amigas (sus "agrupadas") o incluso del chico del que está enamorada.

En un contexto social y personal que no termina de comprender y revolucionada por un amor que desata locura, aparecerá en su vida una mujer excéntrica, que la empujará a enfrentarse al gran dilema del que huye, y cuyo secreto tendrá que verse obligada a desvelar.

Una historia de superación y amor, en un mundo lleno de prohibiciones y trabas incapaz de detener a una joven ciudadana resuelta a alcanzar la verdad... a cualquier precio.

Lee ahora ‘Colores Prohibidos’

Puedes encontrarlo AQUÍ en versión digital
y/o en papel en Amazon